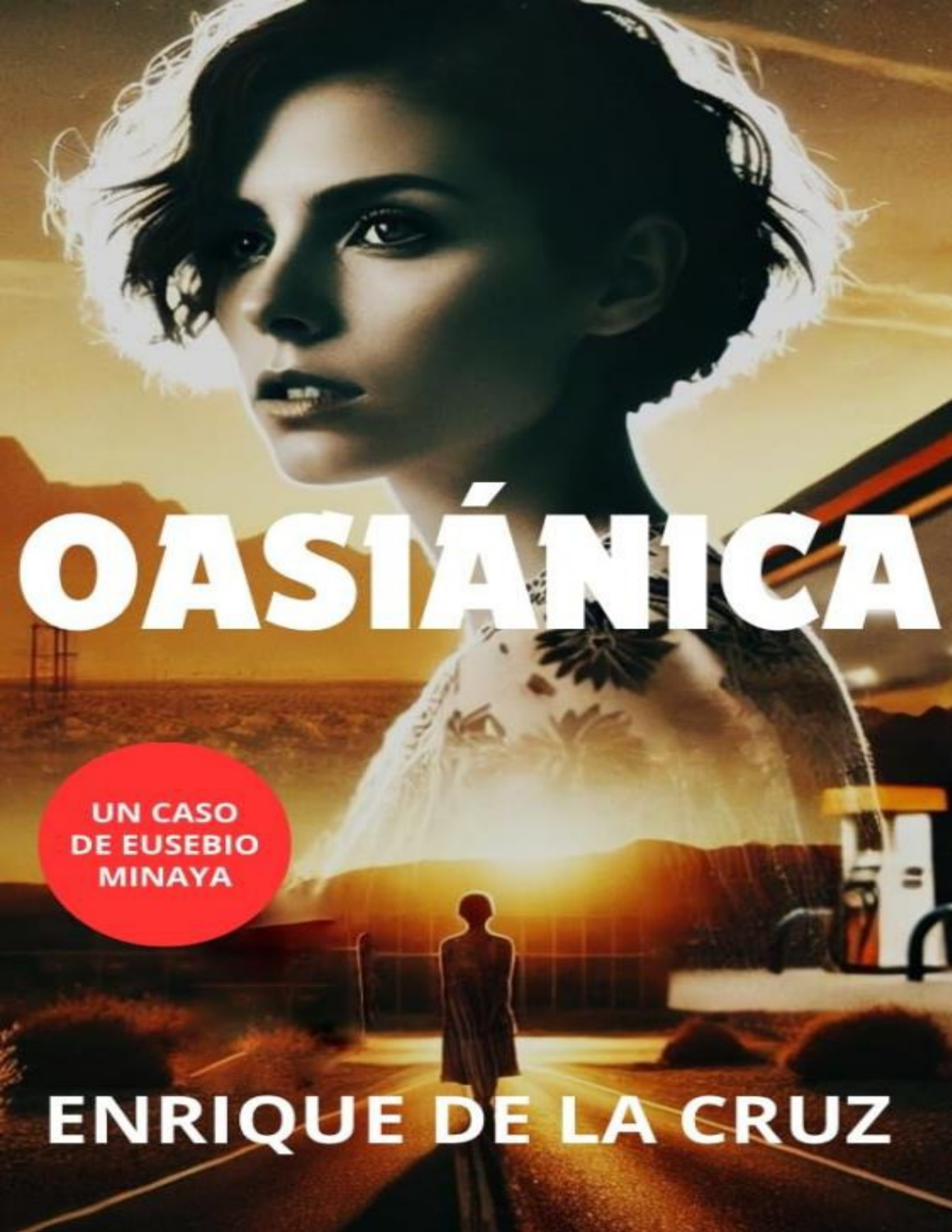

OASIÁNICA
UN CASO DE EUSEBIO MINAYA
ENRIQUE DE LA CRUZ

# Índice

Título
DefinicIón
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
Agradecimientos
Sobre mí
Otras obras

# OASIÁNICA
# (UN CASO DE EUSEBIO MINAYA)

Enrique de la Cruz

Copyright © 2025 Enrique de la Cruz
Todos los derechos reservados.

***Oasiánica***

1. sust. Descripción de historias o relatos cuya acción principal se sitúa en un oasis, configurándolo como epicentro narrativo y simbólico de la trama.

# 1

Pippo, que recibió el sagrado bautismo como Diego Filippo en la Iglesia de Santa María de las Ánimas del Purgatorio de Nápoles en el año de Nuestro Señor de mil novecientos ochenta y siete, es un hombre que resuelve problemas. No un sicario, ni un soldado, ni un guardaespaldas. Es un hombre que hace lo que hay que hacer cuando le mandan hacerlo. No es un idealista —no es cuestión de confundir—, lo que hace lo hace por dinero.

Diego Filippo, Pippo, es un hombre eminentemente mediterráneo. Tanto es así que una vez tuvo un encargo en San Sebastián y casi muere a manos de la caprichosa galerna despeñado por un acantilado. Desde entonces, no pisa otra costa que no sea la del mediterráneo, como le aconsejó su abuela materna siendo un niño.

Pippo habla tres idiomas: italiano, con irremediable acento napolitano; español, con natural acento italiano; y francés, que habla despacio, traduciendo cada frase, haciendo malabares con los adjetivos y los verbos.

Esto último dificulta su actividad en Marsella o en Niza, por ejemplo, donde podría tener más encargos y ahorrar así más dinero para alcanzar la que es su meta en la vida: regentar un pequeño restaurante en Villefranche-sur-mer.

Ahora tiene un encargo que le va a permitir ganar un buen dinero. No el último dinero, pero sí algo que le ayudará a acercarse mucho a su objetivo.

Diego Filippo, Pippo, aunque pueda parecer otra cosa, no es el protagonista de esta historia. Él es solo un eslabón más de la cadena.

# 2

El cielo lucía un velo de arena que atenuaba la fuerza del sol y ayudaba en los largos días de verano del centro peninsular.

El sonido de su moto resonaba en la tranquila mañana, y cada vez que pasaba por un bache su cuerpo vibraba con el impacto, pero no era algo que le importase. Dejar atrás el bullicio de Madrid cruzando carreteras polvorientas era la idea principal del viaje.

Encontró una gasolinera fuera del circuito de las grandes petroleras que operan en España, lejos de las autovías, incluso alejado ya de la nacional. Dos conjuntos de surtidores útiles y otro precintado de mala manera con unas tiras de la Policía Local por orden, según rezaba un folio mal sujeto, del ministerio competente.

Viajar de esta manera, sin rumbo fijo ni plan al que aferrarse, tenía estos inconvenientes. A veces te tropezabas con sitios que no salían en las revistas de aficionados a las motos.

Aparcó la Harley junto al surtidor sin número. Se bajó de la moto sin sensación de cansancio, pero sí tenía hambre. No soportaba tener el estómago vacío, era una de esas cosas que le enfurecían.

Mientras se quitaba el casco y los guantes, oteó para ver si aparecía alguien a atenderle. Le llamó la atención un BMW rojo reluciente, con una pintura tan pulida que el polvo de la calima no podía quedarse adherido a ella.

El motorista se colocó con la mano el pelo en un tupé que incluso en aquellas circunstancias se veía cuidado y bien trazado.

De detrás de la tienda salió un hombre pequeño con aspecto de tener alrededor de cincuenta años. El poco pelo que tenía en la cabeza era rubio.

—Buenos días, ya le atiendo —se apresuró a decir. Iba de un lado a otro como si estuviese muy atareado.

Al fin se acercó al surtidor y le preguntó por la cantidad de gasolina mientras se limpiaba las manos con un trozo de papel. El motorista le ordenó que llenase el depósito y le dijo, por charlar un poco, que tenía un hambre atroz. El hombre, de aspecto bobalicón, le dijo que las chicas le prepararían algo de comer.

Mientras descargaba la gasolina en la moto, salió de la tienda un hombre alto vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa de cuadros.

—¡¿Toñete, qué andas haciendo?!

—Estaba con la bomba del agua de la casa. Ya está solucionado.

—De puta madre, Toñete. Gracias.

—Estaba algo sucia, nada más.

—Escucha, hazte cargo de esto un rato, voy al pueblo —le dijo al hombre, que asintió con un gesto servicial—. Y despierta a Ainhoa, que ya son las once, yo creo que ya ha dormido bastante.

—Ya está despierta, me ha preguntado si podía usar la ducha.

Antes de subirse al BMW 320 se quedó mirando una furgoneta blanca que había al otro lado de la carretera, junto a una nave que parecía abandonada.

—Escucha, Toñete —insistió a voces—, ¿de quién es aquella furgoneta?

—No lo sé, ha aparecido ahí esta mañana.

—Cuando tengas un momento te acercas a echar un vistazo, ¿vale?

—Sí, claro.

El deportivo se incorporó a la carretera a más velocidad de la que dicta la prudencia y con el motor rugiendo en la yerma llanura.

—Es una buena moto —comentó el gasolinero. La camiseta de tirantes estaba anaranjada por una mezcla algo asquerosa de polvo y el sudor.

—No está mal.

—Pero es el modelo americano, ¿verdad? Cuesta una pasta.

—Bueno, esta es de segunda mano, un capricho que me he dado con los ahorros de varios años.

Asintió distraído observando detalles de la motocicleta mientras retiraba la manguera y la devolvía a su lugar de reposo.

—Puede pagar dentro.

—Vale, voy a aparcar la moto donde no estorbe. Gracias.

Cuando abrió la puerta se sorprendió ya que en lugar de la habitual tienda de gasolinera lo que se encontró fue un bar. La chica que había tras la barra le saludó de manera muy amable. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y tenía la cara con pequeñas manchas propiciadas por el sol.

—¿Algo más aparte de la gasolina, viajero?

—Sí, han sido veinte euros de gasolina. Y me ha dicho tu compañero que podríais prepararme algo para comer.

—Me queda para hacerle una hamburguesa completita o un sándwich a su gusto. Acaba de salir el jefe a por género.

Se sentó en un taburete de madera de la barra y se quitó la cazadora. Colocó los brazos desnudos sobre la barra. Entonces se produjo un juego algo absurdo en el que el motorista trató de esconder el reloj que lucía en su muñeca ya que notó que ella se fijaba en su brillo. La chica, al ver que su curiosidad había quedado al descubierto, se disculpó:

—Es que es igual que los que salen en las revistas de moda de hombres.

—Bueno, este es una imitación —dijo en un susurro, como si estuviese en un confesionario, como pidiéndole a la chica que le guardase el secreto.

—¿De beber? —preguntó ella cambiando de tema.

—Una cerveza, por favor.

Se desplazó hacia un lado de la barra y el motorista pudo ver que la chica vestía un pantalón vaquero muy ajustado y realmente corto. La muchacha abrió una cámara de frío y se agachó para sacar un par de tercios de cerveza que puso sobre la barra, frente al cliente.

—Perdona, te he pedido uno, que tengo que conducir.

La chica captó la broma y le siguió el juego:

—Beberé con usted —explicó mientras abría con destreza las chapas—, ya sabe lo que dicen: beber solo es de borrachos.

Entonces le acercó una de las botellas al hombre y, levantando la suya, le invitó a hacer chocar los vidrios.

—¿Y de comer?

La camiseta de algodón azul que llevaba la chica estaba bastante usada y en algún trasluz

permitía transparentar un top deportivo negro.

—Una hamburguesa completa.

—¿Huevo frito también?

—Si no no sería completa, ¿no?

La chica se dio la vuelta y se metió en la cocina por una puerta de doble hoja; se llevó consigo el tercio. Él se fijó otra vez en el culo de la chica y en los dos pliegues que asomaban por debajo del pantalón.

Desde la cocina comenzó a llegar la melodía de *Sweet dreams* y la voz de la chica le sorprendió por encima de la de Annie Lennox. No tanto por la entonación como por una pronunciación que no encajaba en aquella solitaria gasolinera de la llanura manchega.

La veía por el ojo de buey de las puertas cuando se desplazaba por la cocina en busca de algún ingrediente.

Se bajó del taburete y dio una vuelta por el bar. Era un garito anclado en los años noventa, con una mesa de billar y un par de dianas electrónicas. También había unas mesas de madera rodeadas de sillas de la misma madera. El sitio lucía antiguo y de poco tránsito, pero estaba limpio.

Salió de la cocina con la comida humeante. Varios pisos de carne, lechuga, bacon, queso y un huevo frito. El motorista volvió a su sitio dándole el último trago a la cerveza.

—Ponme otra, por favor. Cógela de las de la pared, que estará más fría.

Ella se dirigió de nuevo a la cámara y sacó otro botellín.

—Y estaba pensando que si vamos a beber juntos deberíamos presentarnos, ¿no?

—Yo me llamo Mireia.

—Encantado, soy José Francisco.

—Vaya nombre feo —bromeó—, te llamaré motorista.

—Como quieras.

Comenzó a comerse la hamburguesa con cuidado de no mancharse, pero al ver que no había manera limpia de meterle mano se despreocupó y empezó a disfrutar de la comida.

—¿Hacia dónde vas, motorista?

—Hacia el castillo —contestó después de tragar un bocado—. Y luego hacia el embalse. He leído que es una carretera bonita para ir con la moto.

—Lo es, mucho más bonita que la nacional, desde luego. La penas es esta calima que lo tiene todo hecho una mierda.

—También tiene su encanto.

Volvió a morder la hamburguesa, luego le hizo un comentario valorando la calidad del plato.

—Por el acento vienes de Madrid, ¿verdad?

Asintió con la cabeza porque tenía la boca llena. Bebió algo de cerveza, gesto que ella imitó.

—¿Viene mucho turista por aquí?

—No creas, esto es muy tranquilo. A veces viene un grupo de esos que salen en quad y hacemos algo de pasta. Por lo demás, tranquilidad.

Entre tragos y mordiscos acabó con la hamburguesa en poco tiempo.

—Tenías hambre, ¿eh? ¿Quieres un chupito para rematar? Tengo un licor de hierbas casero que es muy digestivo.

—Vale, pero sólo si te tomas tú otro. No me gusta beber solo, ya sabes lo que dicen.

Ella sonrió y preparó dos pequeños vasos que sacó de una de las neveras y sirvió un brebaje verduzco y algo más espeso de lo normal. Antes de beberlo, él se lo acercó a la nariz notando un leve olor dulzón a alcohol. Brindaron y se bebieron el chupito a la vez. Entonces ella le

sorprendió con una pregunta:

—Dime, motorista, ¿cuánto hace que no echas un buen polvo?

Él abrió los ojos en una expresión demasiado teatral.

—¿Por qué piensas eso?

—Vamos… un tipo con dinero, se compra una moto y sale a despejarse en un fin de semana solo por Castilla-La Mancha cuando lo normal es irse a la costa, a Ibiza… Estás recién divorciado, y ha sido ella la que te ha dejado. Y seguro que has tenido alguna esperanza de volver hasta hace poco y has aguantado sin buscarte a otra hasta que te has cansado de esperar y has decidido cambiar tus ahorros por un Harley y echarte al monte. ¿Me equivoco?

—Digamos que no estás desencaminada.

—Nunca fallo —dijo mientras llenaba de nuevo el vaso de él con más licor verde—. Tienes que beber.

Él rechazó la bebida. Ella insistió. Él se dejó convencer.

—Puedes adivinar tú si quieres.

—¿Y si fallo?

—Bebes.

—Mejor no, gracias. No quiero acabar borracho antes de la hora de la comida. Dime cuánto es, creo que es hora de marcharme.

—Veinte de gasolina y diez del menú de hamburguesa. A los chupitos estás invitado.

El motorista sacó dos billetes y los puso sobre la barra. Ella cogió el billete azul y lo metió en la caja registradora, el otro se lo guardó en el pequeño bolsillo del pantalón.

—Esto es para la cocinera, ¿sabes?

—¿Y ese acento tan bonito que tienes tú es asturiano? —preguntó mientras se levantaba de la banqueta con intención de marcharse ya.

Ella, que todavía no había recogido los pequeños vasos, rellenó uno de ellos y se lo bebió de un trago sin pestañear. Él rió de manera algo teatral.

—Muy buena la hamburguesa, muchas gracias.

—Viajero, si tienes cien euros te vas de aquí satisfecho del todo, te lo garantizo.

El tipo se quedó parado analizando la proposición y sonrió como un depredador.

—Vamos, ¿quieres buscarme un lío? No tienes ni dieciocho.

Ella se volvió hacia la caja y abrió un bolso. De él sacó una cartera y de la cartera un carnet de identidad. Mientras lo deslizaba para que él lo analizase, llenó el vaso del motorista. Él, tras observar la fecha de nacimiento y comprobar con dificultad que la foto era de ella, volvió a sonreír, después agarró el vaso y se bebió el licor del color de la absenta.

—Será mejor que me vaya —sentenció.

Entonces un ruido se escuchó en la cocina. Ambos se quedaron parados un momento, hasta que vieron entrar por la doble hoja de la cocina a una muchacha.

—Buenos, días, bella durmiente —saludó la camarera.

La chica tenía el pelo largo, moreno. Lo llevaba mojado, y las puntas manchaban la camiseta roja a media espalda. El motorista pudo observar que no llevaba sujetador. Los pezones parecían querer romper la camiseta.

—Joder, me muero de hambre.

Rebuscaba entre los muebles sin reparar en nadie.

—Ella es Ainhoa, mi prima. —dijo Mireia.

—Hola y adiós, Ainhoa —contestó el motorista mientras se ponía la cazadora.

Ainhoa levantó la cabeza, lo que vio la dejó algo descolocada.

—¡Joder, vaya chupa, ¿no?!

Salió de la barra sin perder un segundo y se acercó al cliente sin dejar de mirar la cazadora.

—¿Puedo probármela?

—Sí, claro.

Mireia se fijó en la cara de pánfilo del tal José Francisco. No dejaba de mirar a la chica, que ya tenía la cazadora puesta. Metió las manos en los bolsillos y dio un par de vueltas buscando la aprobación de los que la miraban. La adolescente dio unos pasos por el salón. El viajero puso sus ojos en las piernas de la muchacha que, lejos de ser estilizadas, lucían fuertes.

Mireia se acercó al motorista para susurrarle algo:

—Ciento setenta y cinco y nos tienes a las dos, viajero.

Él cambió la mirada hacia algún lugar de su cerebro, allá donde se esconde el subconsciente, quizás, y volvió a mirar a la camarera. Ella, que ya sabía el carácter irrechazable de la oferta, llenó los dos vasos de chupitos y le acercó el suyo para cerrar el pacto.

—¡Eh, yo también quiero! —gritó Ainhoa.—¿Qué se celebra?

—Un trío por ciento cincuenta pavos —contestó Mireia mientras le hacía un gesto cómplice a él.

—Paso del dinero, yo quiero la cazadora.

—¿Ciento veinte y la cazadora?—Mireia levantó el vaso.

—¡Hecho! —respondió José Francisco haciendo chocar los vasos.

El motorista sacó el dinero y lo puso sobre la barra.

Ainhoa lo llevaba cogido de la mano mientras atravesaban la cocina para salir por la puerta de atrás. La joven iba delante de él, con la cazadora por encima del hombro, sujeta con dos de sus finos dedos. Mireia iba más adelante, haciendo de guía.

En un vistazo rápido desde la pequeña explanada, el motorista vio un cobertizo a su derecha y dos casas prefabricadas frente a ellos. Eran iguales, pero fabricadas a distinta mano, entendió.

Salir al aire libre y andar un poco le hizo entender su estado: estaba algo borracho. La luz y el calor del sol eran apabullantes.

Por la puerta de chapa del cobertizo salió el trabajador bobalicón. Mireia, que llevaba la voz cantante, le dijo que atendiese el negocio y que le dijese a quien viniera que la cocina estaba cerrada.

Al motorista le sorprendió que el tipo asintiera con normalidad, como si ese paseíllo fuese cosa de todos los días. Sin embargo, la sorpresa se disipó fugazmente al mirar a las dos chicas que llevaba delante y fantasear con lo que estaba por venir.

Sus pasos les condujeron a la casa de su derecha, y, después de subir dos peldaños, Mireia abrió la puerta sin necesidad de llave.

El hombre se perdió por la esquina hacia la parte delantera. Él se quedó mirando y una de las chicas, al ver que no volvía de su ensimismamiento, le palmeó el culo:

—¿Entramos o no?

—Un momento—dijo antes de entrar—, vosotras dos sabéis mucho, ¿no?

—Si te refieres a que no es nuestra primera vez, has acertado.

Mireia desabrochó con cuidado su pequeño pantalón vaquero y bajó un poco la cremallera hasta que asomó la tira de unas braguitas de algodón.

—¿Entras o nos vas a dejar tiradas?

—¡A tomar por saco, vamos a follar!

—Así se habla, motorista.

El hombre tropezó en el último escalón sin llegar a caerse.

La chica más joven lanzó la cazadora sobre un sofá que había en lo que parecía un salón. El sitio estaba limpio y ordenado, lo que sorprendió a José Francisco.

—¿Vivís las dos aquí?

—Así es —respondió Ainhoa—. ¿Te gusta nuestra casa?

—No está mal —respondió mientras ojeaba los adornos—. ¿Puedo pasar al baño?

—Sí, claro, es esa puerta de ahí. Nosotras te esperamos en el cuarto de juegos.

El baño, en la misma línea que el resto de la casa, estaba ordenado y limpio, y era muy luminoso, debido a una gran ventana. El plato de ducha era moderno. El único elemento discordante era un trípode fotográfico que, aunque no tenía cámara en la cima, se podía decir que estaba orientado hacia la ducha.

Meó como pudo, intentando no ensuciar el suelo, pero alguna de las baldosas de azulejo negro quedaron impregnadas por alguna gota de orina rebelde.

Al salir se encontró a la chica más joven completamente desnuda esperándolo en el marco de la puerta. Automáticamente empezó el corazón empezó a bombear sangre con fuerza. Se acercó a ella y se quitó la camiseta. Ella, sin dejar de besarlo, empezó a desabrocharle el pantalón. El pecho estaba bien definido y los brazos lucían fuertes. Mientras ella acariciaba la zona metiendo la mano bajo el calzoncillo, él, sin dejar de besarla, miraba hacia dentro.

La otra chica, Mireia, estaba tendida en la cama, en ropa interior negra, de algodón. Pero eso no fue lo que le sorprendió.

Un entramado de cámaras y trípodes miraban a la cama desde los pies, atentos a lo que allí ocurriese. Las cámaras, de apariencia profesional, estaban unidas a un cerebro en forma de ordenador de sobremesa por un número indeterminado de cables ordenadamente dispuestos.

—Un momento —dijo apartando a la chica a un lado—, no pensaréis grabar esta mierda, ¿no?

—No, no —respondió Mireia desde la cama—. Está todo apagado.

—¿Y entonces? ¿Grabáis pelis porno aquí o qué pasa?

—Es para nuestro canal.

—Tenéis un canal de esos…

Detrás de las cámaras había unos burros llenos de disfraces, máscaras y pelucas.

—Quizás lo conozcas, se llama Oasiánica. —explicó Ainhoa dejando ver cierto orgullo—. Está en varias plataformas.

—Y por eso el trípode del baño —dedujo en voz alta.

—La ducha matinal en directo les encanta a nuestros fans.

El estudio era un decorado de película americana. Una habitación de adolescente donde predominaban los tonos rosas y blancos.

—No, no. Paso. Devolvedme la pasta y la cazadora. No hay trato.

—Vamos… —dijo Ainhoa mientras se acercaba de manera melosa al chico.

—¡Que no! Dadme mi pasta.

—Lo siento, motorista —replicó Mireia—. No hacemos reembolso. Si quieres, follamos, si no, te vas por donde has venido.

—Ya veo… ¿Queréis follar? Vamos a follar, pero a mi manera.

Se volvió y cerró la puerta.

Se bajó los pantalones lo justo como para liberar la polla y los huevos y se lo enseñó. Mireia, que no era nueva en estas lides, se sorprendió al ver el tamaño del miembro. Él la miró a los ojos

orgulloso, como si acabara de descubrir el último as de la baraja.

Agarró a Ainhoa por el culo con una mano y la empujó para hacerla caer en la cama. Mireia ya se había quitado las bragas y el sujetador. Una línea de vello bien perfilada adornaba su pubis.

La chica más joven se ofreció al hombre poniéndose a cuatro patas y retándolo con la mirada. La otra chica le palmeó el trasero un par de veces y le pasó el dedo por la vulva, rosada y depilada. Una invitación imposible de rechazar.

Antes de que él la penetrase, Mireia le frenó y le enseñó un condón que había aparecido como por arte de magia entre sus dedos.

El hombre sacudió de un manotazo el plástico de la mano de la chica, acomodó su pene a la entrada de la chica y dijo entre dientes:

—He dicho a mi manera.

Mireia se estremeció al ver los ojos del hombre, fuera de sí. Seguidamente miró a Ainhoa y pudo sentir el miedo de su compañera con cada embestida del hombre, que la tenía asida por el pelo. Entonces Ainhoa miró a los ojos de Mireia suplicándole ayuda, luego dirigió una mirada cómplice hacia la mesita.

Mireia entendió.

Abrió el cajón de la mesita y apretó un pequeño botón escondido en la parte superior del cajón. En el mismo movimiento, para distraer al furioso macho, sacó un juguete erótico y comenzó pasárselo por su cuerpo. El hombre, como un animal distraído por un señuelo, lanzó a Ainhoa a un lado y se centró en Mireia, a la que se acercó inmediatamente. La cogió del cuello y le quitó de las manos el vibrador. Comenzó a mover el aparato sobre los pechos de ella mirándola desafiante. Luego lo subió por el cuello, siguió por la barbilla sin despegarlo de la piel hasta meterlo en la boca.

Con dos dedos introdujo el vibrador suavemente hasta que le produjo arcadas. Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas. Entonces la puerta se abrió y apareció Toñete armado con una escopeta dispuesto a deshacer el nudo.

Se abalanzó sobre el hombre tras gastar un segundo en entender la situación. Le tiró un culatazo directo a la cabeza, pero el animal reaccionó con rapidez y lo esquivó, aunque el movimiento no fue suficiente del todo, y la culata resbaló sobre el hombro y le golpeó en el cuello, tirándolo al suelo.

Las mujeres estaban paralizadas mirando los movimientos de los contrincantes. El hombre se levantó de un salto y empujó a Toñete. Luego se fue corriendo hacia la puerta, abrochándose los pantalones con prisa.

Cuando estaba a la altura del salón, un inesperado puñetazo que le llegó desde la derecha lo tumbó sin piedad.

# 3

Pippo está fuera de la furgoneta reconociendo el terreno. Permanece sentado junto a la nave industrial abandonada; escondido detrás de un bidón. No es el día indicado, pero le extraña lo que pasa. Uno de los objetivos ha vuelto al lugar. Tiene prisa.

Pippo se eleva un poco para no ser visto y observa. Trata de escuchar, y, aunque oye gritos, no entiende lo que dicen.

Ve al tipo de la moto salir a toda prisa, nervioso y a medio vestir. El hombre arranca la moto como puede, es un manojo de nervios. Consigue situarla en el camino y pone rumbo al pueblo.

Huye despavorido. El rugido de la moto se pierde entre el polvo.

Entonces Pippo ve en la ventana la señal que indica que tiene que entrar en acción.

Avanza con paso decidido. Deprisa pero sin correr. Tras las gafas de sol hay unos ojos marrones que no dejan pasar nada de información. Apenas le quedan unos metros para llegar a la gasolinera cuando las voces se hacen nítidas. El objetivo número uno se ha desmadrado. El tipo no puede imaginar lo que se le viene encima. Pippo que, por si acaso, ha escondido de mala manera el subfusil en su espalda, como el novio que esconde un ramo de rosas, ya está en la puerta.

Pippo sabe que el tipo de la moto ha tenido suerte, de haberse quedado allí, moriría. Es lo que se llama «cabo suelto». Que es estar donde no debes estar cuando no debes estar. Es muy distinto a ser un «objetivo», que es que algo habrás hecho. Eso son los dos hombres y una chica que van a morir.

Algo habrán hecho.

Pippo conoce la casa como si la hubiese diseñado él mismo. Antes de entrar, se para a escuchar un poco más lo que está pasando dentro. Llama a la puerta con los nudillos.

El objetivo número uno le abre la puerta. Pippo le da los buenos días descerrajándole un tiro en el pecho con el subfusil. El objetivo número dos se presenta frente a Pippo de manera irresponsable, casi temeraria.

El objetivo número dos se retuerce al son del ruido de los disparos.

Una mujer se cruza en el camino de Pippo. Es la clienta, que le señala el paradero del objetivo número tres. Una muchacha a medio vestir que permanece paralizada de pie junto a la cama.

En sus ojos hay pánico, lo cual es normal. Los pequeños ojos azules y la expresión de horror hacen que sienta pena por ella, pero es un objetivo, y los objetivos se eliminan.

Ella sabrá lo que ha hecho, pero algo habrá hecho.

Pippo prefiere no hacerla sufrir, así que saca la pistola y le dispara en la frente.

# 4

Difícilmente iba a encontrar Minaya en su memoria un momento de felicidad tan prolongado como el que estaba viviendo. Había dormido seis horas de un tirón, no le dolía la espalda, —incluso después de la cabalgada con la que le había deleitado Sandra hacía apenas unos minutos —, respiraba como cuando tenía quince años y no había ni un atisbo de ansiedad por el tabaco.

«¿Esta mujer no sabe tener sexo normal?¿Solo sabe echar polvazos o qué?», pensaba tirado en la cama. Por un momento deseó que no le invitase a ducharse con ella, habría tenido que rechazar la proposición. Porque Minaya había rejuvenecido unos años desde que la conoció, pero no tanto como para repetir una faena con tan poco tiempo de recuperación.

Como contraprestación, decidió levantarse y preparar el desayuno. Se asomó por la puerta del baño y la observó un momento en la ducha.

—¿Te preparo el desayuno? —preguntó— ¿Qué te apetece?

—Si no quieres entrar a ducharte conmigo… —contestó con picardía.

—¡Me llevas con la lengua fuera, mujer! —replicó con sinceridad mientras cerraba la puerta del baño.

—¡Haz tostadas!

Después de más de un año de relación, él ya sabía cómo le gustaba el café y las tostadas a Sandra: Café con leche de soja con sabor a vainilla; pan cristal bien tostado, queso fresco y mermelada de fresa.

Cuando llega a la cocina todo está recién hecho, lo atestigua un aroma cálido y hogareño.

Le retira la silla con ceremoniosa actitud. Ella le sigue el juego. Va vestida con un suave vestido floral. «Ah, el verano», piensa él.

—Hoy tengo turno partido, te lo recuerdo. Tengo el servicio de la comida y la cena. Hoy no me quedo a las copas.

—Lo sé, lo sé —contestó resignado—. Oye, cariño, ¿por qué no dejas el trabajo? Sabes que tenemos dinero.

—Tienes, Eusebio —matizó ella en tono concluyente—, tú tienes dinero.

—Como si fuese tuyo, lo sabes.

—Verás, cariño —dijo mientras untaba una tostada—, mi madre decía que la verdadera independencia es la económica, y yo quiero seguir siendo independiente.

Dejó la tostada cercenada en una esquina de un mordisco.

—Pues que te arreglen los papeles del paro y te tomas unos meses de descanso.

—Que no, que el paro es para una emergencia, no para tomarme unas vacaciones siendo señora de Minaya.

»Además, mañana te mandan por ahí a resolver un caso y la que se queda aquí mirando al techo soy yo —Da otro bocado a la tostada.—. No.

—Bueno, yo solo quiero que sepas que la opción la tienes.

—Lo sé, cariño —Sandra levantó el pie el pedal.—, sé que estás ahí y que quieres ayudarme, pero vamos a seguir como hasta ahora. ¿Te parece?

—No, si yo estoy encantado.

Ella entendió el doble sentido y sonrió sin llegar a ruborizarse.

—¿A qué hora entras hoy?

—A las doce, ¿vas a llevarme?

—Si es lo que quieres, te llevaré a trabajar en lugar de quedarte en casa tranquilamente disfrutando de una buena peli.

Justo después de darle el beso de despedida en la puerta del restaurante, Minaya recibió un mensaje de su jefe. «No me jodas», pensó al leerlo. Incluso dudó de si lo había dicho en voz alta.

Entró al restaurante saludando a los compañeros de su novia con cierta timidez. Cuando Sandra le vio ya sabía lo que había pasado. Quizás no en detalle, pero sí la consecuencia principal.

—Que te vas, ¿a que sí? —Se comportaba como si hubiese activado sus dotes de adivina.— Te lo dije. Y tú querías convertirme en una esposa esperando en casa con el corazón encogido

—Lo siento, de verdad. No será mucho tiempo, me han dicho que echemos un primer vistazo y que luego vendrán de Madrid a resolverlo.

—Anda, vete —le dijo—. Haz tu trabajo y vuelve pronto.

Le habló de la misma manera en la que una madre le habla a un hijo. Serenamente resignada.

# 5

Los tres escalones del cuartelillo de la Guardia Civil tenían el polvo rojo de la calima africana que cubría la península desde hacía un par de días. El mármol blanco estaba teñido de naranja y resultaba algo resbaladizo.

Cuando el agente levantó la vista del teléfono móvil vio a un tipo con un casco negro bajo el brazo. Tenía la cara marcada a la altura del pómulo derecho y ese mismo ojo estaba cercado con un color morado que parecía reciente.

—Buenos días, ¿se encuentra usted bien?

—No, señor. No estoy nada bien. Vengo a denunciar un robo.

—Está bien, señor, pero primero quizás deba llamar al doctor para revisar ese ojo.

—No se preocupe, estoy bien. Quiero denunciar un robo con violencia.

—¿Es usted de por aquí? Creo que no le conozco.

—Estoy de paso.

—¿Y qué le ha ocurrido?

—¿No va a abrir archivo de la denuncia?

—Primero cuénteme un poco qué ha pasado, luego iremos con las formalidades.

—Le contaré un poco lo que ha pasado —remedó—, si es lo que quiere, para que se haga una idea mientras va encendiendo el ordenador.

»Han sido unas zorras de una gasolinera de la comarcal, seguro que la conoce. Me han tendido una trampa.

—Supongo que se refiere al Mirnoa.

—No, no, me refiero a otro. Creo que se llama Oasis. Tiene un cartel con palmeras y esas mierdas.

—Creo que las palmeras no le han dejado ver el bosque, si se me permite la broma. El sitio se llama Mirnoa. Antes, cuando lo abrieron, se llamaba Oasis, por eso el cartel. El nombre es por las dos chicas: Mireia y Ainhoa.

—¡Esas son las zorras que me han engañado!

Por la puerta del cuartelillo entró otro guardiacivil con un periódico bajo el brazo y unas latas de cerveza.

—Buenos días —saludó de manera general. Luego se dirigió a su compañero— ¿Qué hay, Molina?

—Verá, mi teniente, este señor quiere denunciar un robo con violencia en el Mirnoa.

—¿En el Mirnoa? Menuda sorpresa —respondió con sorna—. ¿Puede saberse qué ha pasado?

—Estaba intentando contárselo a su compañero. Siéntese y así se lo cuento de una vez a los dos.

—Tranquilo, señor. ¿Quiere una cerveza o algo?

—Quiero que me escuchen de una vez. Soy abogado, conozco los procedimientos. ¡Tienen que atenderme!

—Quieto, fiera —se mofó el teniente—. Como sabrá, el procedimiento dice que hay que conservar las cervezas más bien frías, así que voy a ponerlas en el frigorífico y ahora vuelvo. Mientras tanto, el cabo le tomará los datos como denunciante. Ya sabe, el procedimiento habitual.

El teniente entró en una sala que estaba al fondo del pasillo mientras el cabo acompañaba al motorista a un despacho. Guardó el pack de cervezas en un frigorífico algo antiguo y dejó el periódico sobre la mesa, junto a una bandeja de hojuelas. Cogió uno de los dulces y lo degustó con tranquilidad, aunque no con tanta como para sentarse. Se chupó los dedos y se fue a escuchar la declaración del motorista.

Los pasos, marciales, resonaban en el suelo del cuartelillo.

—Mi teniente —interrumpió el subalterno al verle entrar—, ¿quiere que le ponga al corriente?

—No, Mínguez, me engancharé al relato sobre la marcha. Continúen.

—Me decía usted que fueron dentro, a una de las casas…

—Sí, eso. Fuimos los tres, hablando un poco por el camino. Me llevaron a una habitación que tenía unas cámaras y unas luces de cine. Era un set de rodaje un poco cutre. Entonces nos empezamos a liar.

—¿Pagó usted por sexo? —intervino el teniente.

—No, solo me dijo una de ellas que quería mi cazadora. Le dije que se la regalaba.

—¿Eso era todo?

—Supongo que era parte del engaño. Lo único que querían era llevarme a la ratonera. Entonces, cuando empezábamos a enrollarnos entró el tonto ese con una escopeta y me quiso dar un culatazo. Me zafé y después de empujarle quise salir corriendo. Entonces estaba esperándome el chulo del BMW y me sacudió bien fuerte.

—¿Qué ropa llevaba? —interrumpió el cabo.

—¿Perdón?

—Sí, que si le había dado tiempo a quitarse la ropa.

—Iba sin camiseta, pero llevaba los pantalones y las botas.

—¿Cuánto le robaron?

—Tres cientos euros, lo que llevaba en la cartera.

—¿Era todo lo que llevaba?

—No, en las botas llevo algo. No hay que poner todos los huevos en la misma cesta.

—¿Y le dejaron marchar así, sin más?

—No, el chulo me sentó en el sofá encañonándome con la escopeta que le dio el tonto. Mientras tanto les gritaba a las chicas que no zorreasen sin él. También le gritó al tonto.

—¿El tonto es Toñete?

—Creo recordar que así le llamaron, sí.

Un teléfono comenzó a sonar. El teniente miró su reloj, en el que aparecía el nombre de quien llamaba. No intuía qué podía querer el Chatarra a esas horas. Descartó la llamada desde el mismo reloj.

No pasaron ni cinco segundos cuando el móvil volvió a sonar. Esta vez salió al pasillo para contestar algo inquieto. Si tanta prisa tenía quien llamaba, quizás era importante.

—Mínguez, venga un momento, por favor.

El cabo obedeció disculpándose con el denunciante.

—Dígame.

—Acabo de recibir una llamada del chatarrero —el teniente susurraba sin quitarle ojo al motorista—, me ha dicho que está en el Mirnoa y que Toñete está muerto.

—¿Y qué hacemos, señor?

—Pues de momento vamos a llevar a este hombre al calabozo y me voy allí a ver lo que ha pasado.

—¿Va a ir usted solo?

—Sí, claro. No hay nadie más. Vamos a meter a este en el calabozo entre los dos, luego llamas a Frutos a ver si puede incorporarse un par de días o algo.

—¿Cree que es peligroso?

—No lo parece, pero a lo mejor se está haciendo el tonto y nos la está colando. Por si acaso, llama al doctor y que le mire ese ojo. Y ya de paso que le tome muestras de saliva y de sangre. También sería bueno analizar ropa y manos por si hubiese restos de pólvora. No quiero que se nos escape nada.

Mínguez asintió mientras se esforzaba por anotar mentalmente toda la información.

Entraron en la sala de nuevo. El teniente comenzó dando un rodeo explicativo sobre que acababa de recibir una llamada y que se tenía que ausentar para hacer unas comprobaciones. El motorista preguntó en qué le afectaba eso a él. El teniente le dijo que habían llamado de la gasolinera y que era mejor que se quedase en las dependencias de la Guardia Civil, por su propia seguridad, hasta que se aclarase lo sucedido. El denunciante, que al principio adoptó la pose de indignado, pensó por un momento que aquellos tipos de la gasolinera no eran precisamente unas hermanitas caritativas y accedió a quedarse allí. El cabo le explicó que lo mejor sería ir al calabozo, a lo que se negó rotundamente.

—Muchacho —le dijo el teniente poniéndole una mano en el hombro—, si es verdad que sabes cómo funciona esto, entrarás en ese calabozo sin poner pegas.

—Pero yo no he hecho nada malo. ¡Yo soy la víctima!

—Te creo, muchacho, y por eso sabes que lo mejor es esclarecer esto cuanto antes. Y para eso necesito que no me hagas perder tiempo ni fuerzas aquí. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor —concluyó resignado.

# 6

Después de hablar largo y tendido con su jefe, Minaya se bajó del coche. El taxista había aparcado justo delante de la puerta del cuartelillo. Al ir a entrar, se encontró en la puerta con una mujer.

La había visto bajarse de otro taxi tirando de una maleta de ruedas. Por la tranquilidad con la que entró al edificio dedujo que era compañera del cuerpo. Entró tras ella y la siguió hasta que un cabo les salió al paso.

Minaya dejó una distancia prudencial para esperar su turno; desde ahí pudo escuchar a la mujer presentarse:

—Soy Ela Ribas, de la UDYCO. —Enseñó su placa.— Pregunto por el Teniente Coronel Fonseca.

No le costó deducir que la mujer venía de Madrid. Su acento era duro y rasposo.

—Un segundo, por favor —respondió el cabo, que seguidamente se dirigió a Minaya—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Teniente Eusebio Minaya.

—Les estábamos esperando —les dijo a ambos—, pasen por aquí, por favor. Pueden presentarse entre ustedes, van a trabajar juntos.

—Eusebio Minaya —se presentó ofreciendo su mano.

—Ela Ribas —respondió recogiendo el saludo—, encantada.

Entraron a una sala pequeña que solo tenía una mesa alargada y varias sillas. Todas las salas estaban bien acondicionadas y se veía que el mantenimiento era mejor que el de la mayoría de dependencias en las que habían trabajado.

El cabo les dijo que el oficial al mando llegaría en un momento y salió de la sala.

—¿Tú qué sabes de esto? —preguntó Minaya.

—Sé que hay tres muertos, de momento, y una mujer que no aparece. Conociendo a una de las víctimas, es posible sea un ajuste de cuentas. ¿Y tú?

—¿Conoces a una de las víctimas?

—Sí, bueno. Juan Sanchís, Jony, es conocido en los círculos de la droga. Lo que pasa es que ahora estaba menos activo.

»Perdona que te lo diga, pero tu nombre me suena.

—No sé qué decirte —se encogió de hombros—. Si has ido por Valencia quizás hayamos trabajado juntos.

—No, no es que me suene tu cara; es tu nombre, lo he visto escrito en algún sitio.

Minaya se encogió de hombros.

—¿A ti qué te han dicho de este asunto? —insistió Ela.

—Que abra los ojos muy bien y que haga un informe bonito para los listos que vendrán detrás a resolver el caso.

—No sé, a ver qué más nos dicen… pero no creo que haya que ser muy listo para resolver esto.

El cabo Mínguez interrumpió la conversación. Venía acompañado de otro policía. Un chico de unos treinta y pico años. Estatura y complexión medias, bien afeitado. No fue necesario decir que era un policía local, ya que iba vestido de uniforme.

—Él es el agente Emilio Rendón. Ellos son Manuela Ribas y Eusebio Minaya. Les dejo para que vayan conociéndose.

—Buenas tardes —dijo mientras tomaba asiento.

—Hola —contestó la mujer—, llámame Ela, por favor.

—Ahora no sé si esto es un grupo de trabajo o un *All Star* de cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado.

La broma de Minaya se desvaneció en el aire como una voluta de humo con el viento que trajo el séquito de tres hombres que entró en la sala.

El cabo Mínguez, teniente Ramos y el teniente coronel Fonseca, por orden inverso de entrada, irrumpieron en la sala. Con el único preámbulo de un cortés saludo y una mínima presentación comenzó su intervención.

Mínguez repartió sendas carpetas marrones. Rendón abrió la carpeta y miró las primeras fotos. Mínguez dio dos discretos golpes sobre la mesa advirtiendo al agente. Éste levantó la mirada y pasó de la advertencia.

—Está bien, cabo. Pueden abrir las carpetas. —El que hablaba ahora era el teniente Ramos. — En pocas palabras: triple homicidio y una desaparición. Los fallecidos: Juan Sanchís, Antonio Trena y Ainhoa López. La desaparecida, Mireia… Puertas. A falta de los informes definitivos, dos armas de fuego distintas, a saber: una escopeta y una pistola. No se han encontrado las armas en el lugar del suceso.

Rendón levantó la mano como un escolar bien educado:

—He oído que hay un sospechoso en estas dependencias, ¿es cierto?

—No del todo —respondió Ramos—. Hay una persona bajo nuestra custodia, pero no creemos que sea el autor de los disparos. Sí es verdad que tuvo un altercado en la gasolinera en las horas anteriores al suceso. Vino a denunciarlo aquí cuando el chatarrero me llamó con el hallazgo.

—¿Se le ha interrogado? —preguntó Minaya.

—Todavía no, estábamos esperando a que se formase el equipo.

—¿El equipo va a ser este o falta alguien?

—Ustedes tres, con la puntual ayuda del cabo Mínguez y del agente Frutos, que se incorpora mañana de su baja por paternidad. Por cierto, aprovecho para decirles que Manuela Ribas será la jefa de equipo y que, en principio, nos reuniremos todas las mañanas aquí mismo a las nueve para ver cómo va la investigación. Dada la hora que es ya, mañana no habrá reunión, así que el jueves a las nueve nos vemos, so pena de novedades reseñables.

»Sigamos: el chatarrero dio el aviso al teniente y, al ser preguntado, refiere que vio salir el BMW de uno de los fallecidos salir de la gasolinera a toda hostia, según sus propias palabras. También dice haber apagado un conato de incendio iniciado en una de las casas que hay en el recinto.

»Más cosas… —rebuscó entre sus notas— La escena está siendo procesada ya por un equipo científico. Mañana en la mañana se podrá entrar. Por supuesto, quedará custodiada a la espera de su inspección.

—¿El chatarrero ha sido interrogado formalmente? —preguntó Ela.

—No, ha sido una toma de declaración informal.

Ribas hacía rápidos apuntes en un cuaderno mientras el teniente hablaba.

—Yo creo que es todo por el momento, la investigación queda en sus manos. Sinceramente, no los conozco mucho, así que no tengo motivos para pensar que su trabajo no será impecable.

»¿Alguna pregunta?

—¿Por qué nosotros? —preguntó Minaya mirando al teniente coronel—Me refiero a quién ha formado este equipo.

—No voy a mentirle, Minaya —respondió Fonseca—, son lo mejor que han podido conseguir mis superiores en un puente de agosto.

Ribas levantó la vista de su cuaderno y levantó la mano.

—Adelante, Ribas.

—¿Esta va a ser nuestra sala de trabajo?

—Si le parece adecuada, está a su disposición. Y, por supuesto, pueden hacer uso de todo lo que hay en estas dependencias. Si hay algo que necesite, no dude en hacérmelo saber.

—De acuerdo, mi teniente coronel. Muchas gracias.

—Bien, una última cosa: lo que vayan conociendo, me lo reportan a mí, y yo al juez. Ni que decir tiene que a la prensa no se le da ni la hora. ¿Estamos?

—Sí, señor.

—Pues les dejamos trabajar entonces.

Los tres hombres salieron de la sala. El último, el cabo Mínguez, cerró la puerta tras de sí.

# 7

Ribas tomó la palabra para marcar las pautas de trabajo.

—Primero de todo, nos daremos nuestros móviles de trabajo y crearemos un grupo para mensajes. El orden a la hora de comunicarnos es: primero, llamada; si no se pudiera, mensaje de voz y, por último, en caso de ser imprescindible, mensaje escrito, que será breve y claro. Nada de emoticonos.

Los dos hombres asentían a la vez.

—Estamos trabajando a todas horas, incluso cuando estemos tomándonos unas cervezas. Estamos aquí para esclarecer esto.

Ambos repitieron el gesto de aquiesciencia.

—Nos reuniremos, si se puede, a última hora cada día. Aquí, en esta misma sala. Cualquier cosa de la que os enteréis, aunque os parezca insignificante, la exponéis en las reuniones. No quiero lamentos luego. No creo que sea necesario decir esto, pero lo diré: el equipo somos nosotros y lo que haya que hablar con los superiores lo hablo yo.

Minaya hacía pequeños ruidos para hacer ver que estaba atendiendo, pero la verdad es que estaba repasando la poca información de la que disponían en los dosieres. Rendón, sin embargo, miraba con atención cada gesto de Ribas.

—Bien. ¿Alguna pregunta?

—Señora Ribas —dijo el agente local—, me gustaría saber si puedo irme a casa ya. Tengo a la mujer encinta y me necesita en casa. Mañana ya llega mi suegra y puede ayudarla ella.

—¿Encinta, Rendón? —contestó Minaya.

—Sí, señor… preñada.

—Sí, claro —intervino Ribas antes de que Minaya saltase—. Vete tranquilo. Mañana irás a hablar con el chatarrero y luego preguntas por ahí a ver quién sabe algo.

—Gracias, señora.

Ribas prefirió no explicarle al agente que no debía llamarla señora y le dejó marchar.

—Minaya, dile al cabo que traiga al motorista a la sala de interrogatorios, por favor.

—Ahora mismo, jefa.

Ela entró en la sala de interrogatorios y dispuso su carpeta y su tableta ocupando gran parte de la mesa. Más de lo que realmente necesitaba. Luego llegó Minaya y le dijo que ahora subía el detenido.

—¿Prefiere empezar usted, jefa?

La mujer levantó la mirada de sus notas arqueando una ceja y dejó que sus ojos marrones expresaran su desagrado por el apelativo.

—Empieza tú, si quieres —dijo con total indiferencia.

Momentos después entró el detenido custodiado por Mínguez. Aunque visiblemente nervioso, entró en modo de espera, pasivo.

—Buenas noches —dijo mientras se sentaba.

—Buenas noches —se adelantó Ribas—. Mi nombre es Ela Ribas y él es Eusebio Minaya. Somos los encargados de la investigación de los hechos que han sucedido esta mañana.

»Debo informarle de que este interrogatorio está siendo grabado y que tiene usted derecho a que esté presente su abogado. ¿Conoce usted sus derechos?

—Sí, los conozco —respondió con seguridad—. Y me someto a este interrogatorio con la intención de colaborar en el esclarecimiento de los hechos.

—Empecemos entonces: ya hemos leído su primera declaración sobre lo ocurrido esta mañana en la gasolinera Mirnoa. ¿Ratifica esta declaración?

—Sí.

—¿Y qué sabe de los tres asesinados en ese mismo lugar?

—Que yo no tengo nada que ver. Yo no he asesinado a nadie. Yo he venido a denunciar un robo y quieren encasquetarme un triple asesinato.

—¿Le ha examinado un médico? —interrumpió Minaya—. Lo digo por ese ojo. No tiene buen aspecto.

—Sí. Me ha curado y también me ha tomado muestras de sangre y me han examinado manos y ropa. Quiero que conste que he colaborado desde el principio.

—Nos consta que ha sido así y se lo agradecemos —dijo Ribas retomando la conversación —. Díganos, cuando salió de la gasolinera en dirección al pueblo, ¿se cruzó usted con alguien sospechoso?

—No, nadie. Aunque tampoco sé a qué se refiere exactamente.

—Se refiere a algún coche con varios tipos dentro. Ese tipo de coches y gente que ajustan cuentas. Por los datos que tenemos fue todo muy seguido.

—No, nada.

—¿Vio usted a su agresor lo suficientemente bien como para identificarlo en una foto?

—¿A cuál de los dos?

—No se preocupe—intervino Ribas—, no creo que sea necesario por el momento.

»Dice usted que el agresor principal, el que le hizo lo del ojo, estaba muy enfadado y que les gritó a las mujeres. ¿Recuerda qué les dijo exactamente?

—Que no zorrearan sin él, porque era peligroso. La frase no es exacta, pero el verbo sí.

—¿Diría usted que estaba furioso?

—Sí, por supuesto que lo estaba.

—¿Cree que le tendieron una trampa?¿Le pareció que no era la primera vez que lo hacían?

—¡Por supuesto que no era la primera vez! Y todos tienen su papel.

—¿Mantuvo relaciones sexuales con las chicas?

—Sí.

—¿Completas? —dijo Minaya.

—¿Perdón?

—Que si se corrió —aclaró ella.

—No.

—¿Usaron condón?

—No lo recuerdo.

Ribas levantó la cabeza de sus notas y miró al hombre detenidamente. Él reaccionó reconociendo que no habían usado protección.

—¿Hubo sexo duro?

—La cosa se calentó un poco, lo reconozco.

—¿Quiere eso decir que quizás el forense encuentre heridas compatibles con una violación?

—¡¿Cómo?! No he violado a nadie.

—No hace falta que conteste a eso —explicó Ribas—. Es muy tarde, creo que por hoy es suficiente.

La mujer apagó la cámara y le ofreció algo de cenar al detenido. El hombre tardó en reaccionar, pero aceptó.

—Supongo que no es necesario que cene en el calabozo, podrá hacerlo aquí. Gracias por su colaboración.

—Un momento, jefa —interrumpió Minaya—. Tengo alguna pregunta más.

—Hemos terminado ya, Minaya.

—¿Es usted un tipo violento?

—No conteste, señor.

—No se preocupe, contestaré. No, no soy un hombre violento.

—¿Cómo lidia usted con los ataques de ira?

—Mire, teniente. No soy un mierda que se encuentre usted en la calle. Sé por dónde va. Admití un episodio de violencia dentro del matrimonio porque era lo mejor para todas las partes. Eso fue todo, una discusión que se nos fue de las manos… a los dos. A mi mujer y a mí. Tendría que haberse leído la sentencia entera, ella también admitió haberme agredido.

—Gracias —zanjó Ribas—. Es todo por hoy. Mañana pasará a disposición judicial y será el juez el que le informe de su situación. Llame a un abogado y procure descansar.

# 8

—Prefiero cenar algo rápido en la habitación, pero gracias.

Ribas modulaba su voz a la suavidad de sus palabras creando un rechazo tan cordial como distante.

—Está bien —contestó Minaya— ¿Mañana a qué hora, jefa?

—A las nueve listo para salir.

—Vale, voy a cenar algo y quizás a tomarme una copa.

Ribas entró en el hostal mientras Minaya caminaba en dirección contraria, hacia la plaza del pueblo. En el primer bar que vio se metió.

Era un bar antiguo, y no pretendía maquillar ese hecho. Estaba limpio, de suciedad y de gente. La clientela era exigua y de avanzada edad.

—Una cerveza, por favor.

El camarero le sirvió un tercio.

—¿Puedo pedir algo de comer?

—Claro: un mixto, un bocadillo de lomo a la plancha, bacon y queso, le puedo hacer una tortilla francesa…

—Un sándwich mixto con patatas, ¿puede ser?

El camarero se metió en la cocina tras asentir levemente con la cabeza. Minaya se giró en su taburete y le habló a un hombre que estaba viendo la televisión.

—Hay poca gente, ¿no?

—Son las fiestas del pueblo.

Minaya se quedó esperando una reflexión profunda llena de llana sabiduría, pero no hubo más respuesta.

Cuando el camarero volvió de la cocina con el sándwich y las patatas fritas le explicó la respuesta de su cliente:

—Son las fiestas de este pueblo y del pueblo vecino. Como coinciden, cada año se celebran las dos en un pueblo. Cosas de la crisis, ya sabe. Los pares les toca a ellos.

—Bien pensado.

—Espero que disfrute de la cena.

—Otra cosa: ¿han oído lo que ha pasado en la gasolinera?

—Sí, claro. ¿Es usted poli o qué?

—Así es. ¿Qué saben ustedes de esa gasolinera?

—Sé lo que todos por aquí, que eso es un puterío de los buenos y que allí van los chicos a por droga. Pero, vamos, que eso lo saben ya sus compañeros.

—¿Sabe si ha habido algún altercado últimamente allí?

—Allí siempre pasan cosas, pero nadie se para a investigar. El alcalde sigue ganando elecciones y los policías siguen mirando al techo. Todos contentos.

—¿Insinúa que la policía conoce eso y no hace nada?

—Mire, señor, yo no soy de los que insinúa nada. Yo le digo que la policía sabía lo que

pasaba allí como lo sabía cualquier hijo de vecino y que no hizo nada para cerrar ese sitio. Eso sí, a mí me cuentan las mesas de la terraza cada dos semanas.

—No le voy a quitar la razón, señor.

—Puede llamarme Jenaro.

—Dígame, Jenaro: ¿a qué hora abre por la mañana?

—A las siete ya está abierto, ¿por?

—Mañana la jefa quiere que madrugue, solo es eso.

Ela Ribas recordó que llevaba un paquete de galletas de chocolate y un par de plátanos en la maleta. Sacó la bolsa donde llevaba la comida y la vació sobre la cama. Cogió el paquete de galletas, lo abrió y lo puso junto a la tablet, sobre una mesa demasiado pequeña para lo que ella estaba acostumbrada.

Fue revisando el informe imagen por imagen, entre galleta y galleta, y párrafo a párrafo. Era lo que le habían enseñado, tenía que meterse de lleno en el caso, era lo mejor.

En otra aplicación, empezó a trazar un diagrama compuesto por globos y flechas. Trazó líneas y círculos durante un par de horas; escribió nombres y datos y los enlazó con líneas que a veces se cruzaban y a veces terminaban en un rincón alejado del centro.

Cambiaba de aplicación para recordar un dato, lo transcribía a su dibujo y volvía al informe. Cuando veía un nombre nuevo hacía un globo y ponía el dato dentro.

Una vez hubo terminado el paquete de galletas ya había leído todo el informe; y cuando tiró la cáscara del plátano a la papelera, dio por terminado el trabajo.

Entonces, deshizo su maleta y ordenó la ropa en el armario, que guardaba una manta que desde luego ella no pensaba a usar. Acomodó la ropa interior y los calcetines en los cajones.

Luego cogió el neceser y lo llevó al cuarto de baño. Se dio una ducha rápida y, sin secarse el pelo, se tiró en la cama, que tenía un colchón algo duro para su gusto.

Lo último que hizo antes de cerrar los ojos fue poner a cargar el móvil y programar la alarma para la mañana siguiente.

Bajo la camisa del uniforme había músculos escrupulosamente trabajados. Rendón sabía lo que no quería: unos músculos hipertrofiados.

A medida que se quitaba la ropa, iba dejando un reguero de prendas por la habitación. Su mujer, Lena, entró tras él recogiendo cada pieza.

—¿Por qué no dejas de limpiar y te metes en la ducha conmigo?

—Eso te gustaría, ¿verdad?

—Ya lo creo —contestó, ya dentro de la ducha.

—Pues va a ser que no, cariño.

Al salir de la ducha la mesa estaba puesta y el leve ruido de la lavadora se oía en el garaje.

—¿Qué tal tu día, nena?

—Aquí, aburrida. He ido a tomar un café a casa de Raquel y hemos pasado casi toda la tarde hablando mal de la gente, ya sabes.

»Por cierto, ¿te acuerdas de lo que hablamos de *la* Lucía? ¿Que se divorciaba de César porque era lesbiana y todo eso? Pues nada, le puso los cuernos con el carnicero del supermercado.

—¿Con el de los Carasucia?

—Con el pequeño, que no tiene ni veinte años todavía. Eso le han dicho a Raquel, que lo vieron entrando con el coche en la huerta del padre de ella.

—Espero que no haya movida —respondió el policía—. Por cierto, ¿has oído lo del Mirnoa?

—¡Claro que sí! También lo hemos estado hablando. Menudo *chocho* se ha montado, ¿no? Supongo que era cuestión de tiempo que hubiese tiros ahí.

—Me han metido en el grupo de investigación del caso. Han venido de Madrid y de Valencia, parece algo importante.

—Eso es cojonudo, ¿no? Los de Madrid sí que pagan las *extras*, ¿no?

—Supongo que sí.

Entonces sonó un mensaje en su móvil.

—Apaga el móvil ya, hombre.

—Ahora no puedo apagarlo, chica. Lo pongo en silencio, ¿vale?

# 9

Minaya esperaba en la puerta del hotel donde había dejado a su jefa la noche anterior. Desde que había dejado de fumar —definitivamente creía que podía decirlo ya—, estos ratos muertos los pasaba mirando el móvil. Noticias, libros, informes… lo que fuese con tal de no pensar en el típico cigarrillo de la espera, como él lo llamaba.

Empezó por la prensa local, por aquello de empaparse un poco del sentir de la zona. Aunque había leído el periódico local en el bar, mientras desayunaba, pensó que podría haber alguna ampliación de última hora en la web.

Ela Ribas apareció por la puerta a las nueve en punto.

—El desayuno está incluido, ¿lo sabes?

—Prefiero mezclarme con la gente de a pie. Hablando de la gente del pueblo, ¿dónde está Rendón?

—Le mandé a tomarle declaración al chatarrero, seguro que con él se suelta más que con nosotros.

—Vamos, tengo el coche a la vuelta.

Minaya conducía, Ribas puso el GPS. La estación de servicio era un vértice del triángulo que formaba junto con los dos pueblos que coincidían en fiestas patronales. Se encontraba a ocho minutos, según el teléfono de Ribas. La carretera era polvorienta y el sol ya empezaba a hacer estragos sobre el asfalto.

—¿Qué impresión le da, Minaya? Así, con lo que sabemos.

—No sé cuánto tiempo va a durar esto, pero es mejor que nos tuteemos. No creo que pueda aguantar mucho la formalidad.

—Por mí, perfecto.

—Pues una vez establecido el marco, te diré que huele a ajuste de cuentas, más que nada por eso que dicen de lo de la entrega. También te digo que ya tengo unos años y que sé que hay que meter las narices en el asunto para saber de verdad a qué huele.

—Meteremos las narices entonces.

En una carretera recta y de muy poco tránsito habría una manera de reducir los ocho minutos que marcaba el GPS, pero eso de exprimir el coche tampoco iba con Minaya.

—No aparques muy cerca, no quiero alterar nada.

—Claro, jefa.

—Una cosa, Minaya, vamos a llevarnos bien. Eso de jefa no tiene ninguna validez entre tú y yo, ¿estamos? No te digo que con Rendón sí exista esa distinción, porque es un agente de apoyo, pero entre nosotros no. Así que, por favor, no me llames jefa.

—No se hable más.

Primero dieron una vuelta alrededor de la gasolinera y el bar. Iban juntos, aunque mirando cada uno lo que más le interesaba.

Minaya se detuvo más tiempo del debido sobre una mancha, y la miraba como si se hubiese metido dentro de ella.

—¿Has encontrado algo?

Minaya salió de la mancha:

—No, no. Me preguntaba si no sería mejor que fuésemos cada uno a nuestro aire. Que no es obligatorio ir juntos, ¿no?

—Como tú veas —contestó algo despistada— Siéntete libre.

Minaya entró directamente al pequeño edificio que hacía las veces de tienda y bar. La caja estaba vacía ya que los agentes, protocolariamente, tenían que inventariar el dinero que encontrasen. Sí recordaba el registro del informe: Diecisiete #17# euros. Pequeñas monedas.

Pasó de la barra hacia la cocina y escudriñó entre las baldas. Abrió las puertas que encontró y pasó a la cámara frigorífica. Se acordó del cocinero de la tele que encontraba alimentos podridos en las cocinas de los bares. Allí no había programa, no había nada podrido, ni siquiera había nada desordenado. Tampoco es que hubiese mucho género, a decir verdad.

Por la ventana vio a Ribas revisando la parte de atrás y apuntando cosas en su *iPad*. Le pareció que miraba algo del suelo.

Se encontró con ella en el patio que había entre las casas y el edificio. Ambos se quedaron mirando las casas prefabricadas que tenían enfrente.

Como si de chalets pareados se tratase, eran idénticas, solo que de manos diferentes. Una tenía una pequeña ventana a la izquierda de la puerta, mientras que la otra la tenía a la derecha, de forma que las puertas quedaban una junta a la otra.

—Piénselo bien, señorita —Minaya puso voz de locutor de radio—. Debe elegir una puerta.

Los dos sabían por el dichoso informe que la puerta de la izquierda era la que tenía el premio: tiroteo con resultado de tres fallecidos.

—Vete tú a la izquierda, yo me quedo con el premio de consolación.

Desde su posición trazaron una V casi perfecta, llegando ambos a su respectiva puerta a la vez.

Minaya entró con cuidado de no pisar nada importante con sus zapatos nuevos. Miró a su alrededor, y fue como meterse dentro de las fotos del informe. Paseó por las estancias con tranquilidad, observando minuciosamente cada detalle. La habitación donde, según el testigo, tuvo lugar el acto sexual tenía todo el aspecto de un estudio de película porno, y los vestidos colgados del burro junto a la puerta eran un desfile de disfraces de los de apellido *sexy:* enfermera, maestra, colegiala, dominatriz…

Dio una vuelta alrededor de la cama hasta llegar a la mesita. Abrió el primero de los cajones para sorprenderse con el arsenal de artilugios que cabían en ese pequeño habitáculo.

Intentó abrirlo del todo, pero uno de los juguetes se empinó de tal manera que topaba con el borde. Lo agarró con cierto pudor por la punta y trató de colocarlo de forma que le permitiera abrir. En eso se encontró con que el dispositivo sexual estaba chocando contra algo que no era el marco del cajón. Se agachó para inspeccionar el interior. En él, un botón rojo escondido en la parte superior. Por supuesto, la curiosidad le hizo pulsarlo, sin que nada a su alrededor se viese alterado. Al pulsarlo se dio cuenta de que una pequeña luz azul se encendía indicando cada pulsación. A su vez, una luz se le encendió en la cabeza al entender que tanto aquel dispositivo como las cámaras que había en la habitación tenían que estar conectadas a algo.

No le costó encontrar un *router* detrás del burro de los disfraces. Pero solo actuaba como

repetidor, así que desmontó la toma a la que estaba unido el aparato a través de un cable ethernet. Siguió el cable que llegaba por dentro a la toma en busca del *router* principal.

Después de un rato abriendo tomas y tirando de los cables, llegó a una caja de derivación que tenía dos cables sin localizar. Ambos cables se perdían en sendos tubos que iban hacia el suelo. Aquello podía significar que las casas estuviesen conectadas y que el centro de comunicaciones estuviese en la casa del mafioso. También podría ser que la casa tuviese un sótano desde donde se controlasen las cámaras y se subiesen a la red las imágenes.

Comenzó a pisar el suelo del salón como si fuese un caballo de doma a paso concentrado. No pudo reprimir una sonrisa cuando detectó una respuesta distinta en un rincón del salón, justo junto a la pared donde encontró la derivación de los cables de comjnicación. Tras repetir un par de veces el proceso para cerciorarse de que estaba en lo cierto, se dispuso a abrir el suelo. Metió los dedos por una pequeña rendija que había entre el suelo y el rodapié y levantó sin dificultad una porción de tarima.

Un hueco considerable se abrió bajo sus pies, y una escalera de mano le daba paso al subsuelo de la casa.

Luis, el Chatarra, tenía una de esas furgonetas blancas con un altavoz encima. Por el mismo salía la misma cantinela que usaba su padre. El Chatarra heredó el negocio familiar que su hermano no quiso. Su hermano pasó de la empresa, lo que no quiere decir que pasase del dinero que generaba. Murió joven, pero no dejó un cadáver bonito precisamente. Dejó un cadáver que era un saco de huesos y, por si eso fuera poco, con todos sus órganos inservibles.

El mensaje que avisaba del paso de la furgoneta resonó dos calles más allá de donde estaba Rendón, así que el policía puso el coche patrulla en aquella dirección.

Cuando el policía bajó la ventanilla junto a la furgoneta, El Chatarra frenó y le saludó.

—Oye, Luis —dijo elevando su voz sobre el mensaje grabado que no cesaba—, tenemos que hablar.

—Estoy trabajando.

—Venga, te invito a un café.

—Paso de café —contestó tranquilo—. ¿Es algo formal?

—No, es sólo por si has recordado algo nuevo. Ya sabes… algún detalle que creas que puede ser importante.

—Nada, ya dije todo lo que tenía que decir. Lo dejé por escrito y firmado.

—De acuerdo, hombre, de acuerdo. Y ahora entre tú y yo: ¿qué crees que ha pasado?

Paró la furgoneta a un lado de la calle y quitó la cansina alocución.

—Mira, Sarna, entre tú y yo: me la pela lo que haya pasado allí.

Al policía no le hubiese molestado que le llamase así en otras circunstancias, al fin y al cabo era un mote familiar, pero el tono de Luis no era amistoso. A Rendón le pareció que exageraba un poco la indiferencia.

—Por el único por el que lo siento es por Toñete, que no era mal chaval. Todos los demás, bien muertos están. —Se santiguó ceremoniosamente.— Que Dios me perdone, pero es la verdad.

El Chatarra se montó en su furgoneta blanca y se marchó sin despedirse. Rendón llamó a su provisional jefa mientras observaba cómo se perdía entre las calles la tediosa cantinela.

Tras hablar con su jefa emprendió la marcha en busca de alguna información que llevarse a la oreja. Al llegar a la calle principal del pueblo vio venir a toda velocidad una mota roja y muy

ruidosa. Aquel coche no solo no le era ajeno, sino que le era familiar. Tanto como que el que lo conducía era su sobrino. Plantó el patrulla en mitad del cruce haciendo frenar al Golf de manera precipitada, aunque no brusca. Rendón se quedó junto a la puerta del conductor.

Dentro iban tres chicos y una chica. El conductor, hijo de la hermana de Rendón, bajó la ventanilla con disgusto.

—Buenos días, chicos. ¿Qué venís, de las fiestas?

El sobrino, Ufra, trataba de disimular su estado con la táctica de hablar poco. Un tímido «sí» salió de sus labios medio cerrados. La chica tomó la iniciativa:

—A casa nos vamos ya, que toca dormir un poco.

La niña, de apenas dieciocho años, era Nerea, la novia de Ufra. Una chica lista que estaba a medio verano de irse a Madrid a estudiar. Los dos que iban en los asientos de atrás se mostraban ajenos mientras miraban el móvil.

—No deberías coger el coche estando así, ¿lo sabes?

Ufra tenía la mirada avergonzada clavada en el tablero de mandos del coche.

—La próxima vez que os pille a alguno os hago soplar, ¿estamos?

Los dos de atrás asentían sin convicción.

—¡Eh! Vosotros dos, ¿qué coño estáis mirando ahí que os interesa tanto?

—Están viéndole el culo a la guarras esas del Mirnoa —respondió Nerea.

—¿Perdón?

—Pues eso, que el Loren tiene pirateado el *PriveDance* y están viendo los vídeos de las dos muchachas.

—¿Tenían un canal en *PriveDance*?

—¿No lo sabías? —dijo Ufra.

—Ni idea.

—Pues ya lo sabes —sentenció enfadado—. ¿Algo más?

—¿Y cómo se llama el canal? Si puede saberse.

—Oasiánica —dijo Loren mientras dirigía la pantalla hacia el policía para que le creyese.

Rendón le quitó el móvil de la mano y vio unos segundos de una de las chicas en la ducha.

—¿Vas a requisarle el móvil para pajearte o qué? —protestó el sobrino.

Entonces el móvil del chaval voló hacia la parte de atrás del coche lanzado con desdén por el policía, que se dirigió a su sobrino con desprecio contenido.

—Tira, anda, atontao. Y ten cuidado.

Ela Ribas entró en la casa y se fue directa hacia el despacho del narco asesinado. Todo estaba en orden, escrupulosamente colocado en su sitio. Y limpio. Las persianas estaban levantadas y la luz de la mañana entraba con fuerza. No tenía la pinta de esos antros donde los mafiosos proxenetas arreglan sus asuntos. Esos lugares oscuros decorados de forma que pareciera una competencia para ver quién era capaz de hacer la horterada más grande.

La mesa era grande y a simple vista se veía que costaba una pasta. En algo se parecía a los hampones de película, había una caja fuerte escondida tras un cuadro en la pared. En ella, para sorpresa de la policía, los compañeros no habían encontrado pasaportes ni documentación de las chicas. Aún así, quiso comprobar por sí misma si habían hecho bien su trabajo. La caja se hallaba vacía: el trabajo estaba bien hecho.

El sonido del móvil se duplicó en el iPad y resonó en la estancia.

—Dime, Rendón. ¿Qué tienes?

—*Dudas, señora Ribas.*

—Nos has salido escéptico, Rendón —bromeó.

—*El Chatarra se cierra en banda y no sé si tengo que ir con ustedes o seguir por mi cuenta.*

—Sigue preguntando por ahí, Rendón, busca alguien que tenga ganas de soltarse contigo. Alguien que pueda saber algo. Ya sabes, ¿no?

—*Supongo que sí, señora.*

Y colgó sin que ella tuviese tiempo de regañarle por llamarla señora.

Continuó inspeccionando la casa sin mucha esperanza de encontrar algo más de lo que ya sabían. Simplemente se dejó llevar por el ambiente, intentando que eso le dijese algo. Se sentó en el sofá que había en el modesto salón y cerró los ojos visualizando un día normal en esa casa.

# 10

Si algo se le da bien es esperar. No tiene problemas para dejar pasar el tiempo sin hacer nada. Escucha música. Observa a la clienta ir de aquí para allá pegada al teléfono y enviando y recibiendo mensajes. Es una *broker* de la delincuencia. El pelo corto y con volumen le dan un aspecto vivo. El cuello despejado. Sin duda, le parece bella.

La banda sonora a sus movimientos la pone Bruno Mars. Discazo. Pausa la canción para atender a los gestos que le hace mientras habla por el móvil.

Entiende que le está pidiendo que vaya a ver a la niña. Ha debido de haber un ruido en la habitación.

La niña duerme, por supuesto. ¿Cómo no va a dormir? Al moverse ha tirado la lámpara de la mesilla de noche. Pippo la recoge y se queda un momento mirando el plácido descanso de la niña.

Vuelve al sofá de la *suite* y se quita los cascos. Pone la tele. La clienta se mete en su habitación y cierra la puerta. El asunto tiene que ser importante.

# 11

Bajó por la escalerilla realmente intrigado. La sala estaba oscura y solo se veían pequeños destellos de luce azules, verdes y rojas que brillaban como los ojos de los zorros iluminados por una linterna en mitad de la noche.

Se hizo la luz cuando apenas estaba a mitad de la escalera, activada automáticamente por un detector de presencia colocado en la pared.

Una sala tan extensa como toda la planta de la casa se abrió ante él. Plantó los pies en el suelo y se paseó por el sótano. Un puesto de mando como el de un barco se extendía por la gran mesa que estaba colocada en el centro de la sala. Un teclado, un ratón ergonómico y dos monitores panorámicos completaban el bodegón tecnológico.

Tras una puerta situada en un rincón descubrió un aseo. Estaba limpio y bien rematado, sin duda, esto había costado una buena pasta.

Los ventiladores de los ordenadores bufaban bajo la mesa. Se sentó en una silla que le sorprendió por su comodidad y por un momento se sintió como el malo del Inspector Gadget. Movió el ratón haciendo un par de círculos y los monitores salieron de su letargo. Como supuso, lo primero que salió fue una caja solicitando una contraseña.

Tenía que avisar del hallazgo a la jefa.

Fue cuando salió de la casa, entusiasmado con lo que encontró, cuando se le encendió la bombilla y pensó que, si las casas eran gemelas idénticas puestas en espejo, en la otra casa tenía que haber otro sótano secreto. Preso de un entusiasmo duplicado, entró a explicarle a Ribas lo que había encontrado.

Encontró a la inspectora Ribas sentada en el sofá del salón, con los ojos cerrados. Primero pensó que se había dormido, pero en realidad estaba en una especie de trance meditacional. La respiración, profunda y amplia, se dejaba notar en su pecho, que iba y venía hinchándose de manera rítmicamente hipnótica.

—¿Ribas? —susurró con miedo a

la reacción de ella—. ¿Está bien, jefa?

La mujer hizo un par de respiraciones profundas antes de abrir los ojos. Minaya respetó el proceso como su educación le dio a entender. Lo que no pudo esconder fue su desconcierto.

—¿Nunca has visto a nadie meditar? —se defendió Ela.

—En medio de una investigación policial por un triple asesinato, no.

Ella se levantó del sofá sin dar más explicaciones y le pidió que le informase de sus avances.

Él, sin dejar de hablar, se acercó a la esquina donde suponía que estaría la trampilla hacia el sótano y buscó el asidero para abrir el suelo. Al igual que en la otra casa, había que quitar un trozo de rodapié para encontrar la rendija en la que meter los dedos. Pero en este caso el trozo estaba mal fijado a la pared.

Entonces levantó la trampilla:

—¡*Tachán*!

Ribas se acercó al agujero y se inclinó para mirar dentro. En este caso la luz estaba encendida

y lo que había bajo el suelo no era una sala de mandos.

—¿Qué es esto?¿Cómo lo has encontrado?

—Pues buscando el *router* de conexión a internet. Siguiendo los cables. En la otra casa hay una sala de ordenadores. Por cierto, tenemos que llamar a los peritos informáticos.

—Y como las casas son iguales…—la voz de Ela se perdió escaleras abajo.

Eusebio la siguió en su descenso. El resultado de comparar un sótano con otro no podía ser más elocuente. Lo que el subsuelo escondía en esta ocasión era una habitación de niña, con todo lo que ello conlleva: peluches, libros infantiles, disfraces Disney; además de una televisión de muchas pulgadas y una cama *princess size* deshecha. Ambos comprendieron, sin saber muy bien por qué, que aquello no era uno de esos decorados de película cutre. Aquello era la habitación, en tamaño enorme, de una niña de unos diez u once años.

Se miraron extrañados, haciéndose preguntas sin hablar. Cuestiones que iban y venían de una mente a otra.

—No toques nada —ordenó Ribas—, o ponte los guantes. Esto tienen que examinarlo los científicos.

—Mira por dónde, ahora ya hay dos desaparecidas, ¿no crees?

—Me temo que sí —murmuró Ribas—. Tenemos que saber quién construyó las casas, cuándo, cómo se han pagado. Esto coge forma, Minaya.

—No se entusiasme, jefa, solo hemos encontrado más dudas.

# 12

Ribas organizó una reunión de urgencia con su equipo para poner las cosas en orden. No quería meter la pata cuando tuviese que explicar los avances ante los jefes. Los tres estaban sentados a la mesa en Casa Pedro, el restaurante que recomendó Rendón. En la cocina del restaurante trabajaba su hermana, y era el mejor de la zona. Aunque era verano, tenían menú del día.

—Empieza tú, Rendón.

Habían pedido una mesa en un rincón para poder hablar tranquilos. Aunque no había mucha gente, ya se sabe que en los pueblos hay muchas orejas y muy bien entrenadas para el chisme. En el comedor sólo había otra mesa ocupada. Tres albañiles, supuso Minaya. Dos de ellos diría que eran padre e hijo.

—Las chicas tenían un canal de *PriveDance*. No sé el alcance del canal, no tengo cuenta en la plataforma.

—Habrá que seguir el rastro de esa facturación. A ver si el juez nos deja cotillear las cuentas pronto.

—¿Es posible que el motorista conociese el canal? —preguntó Minaya—. Lo digo por si no fue casualidad que cayese precisamente allí.

—No lo creo. A mí me parece que su declaración es bastante creíble.

—Nunca se sabe. Las cabezas están muy mal.

—¿Y de los sótanos qué sugerís? —preguntó la jefa.

Rendón ya estaba al tanto del descubrimiento de Minaya, pero prefirió no precipitarse al opinar.

—Creo que se nos ha abierto otra línea de investigación. Ahora no tengo tan claro el ajuste de cuentas entre bandas.

—Si hay un asunto entre narcos, lo tienen que saber los Del Río.

—¿Los de la Macarena? —bromeó Minaya.

La mirada de Ela Ribas fue lo suficientemente elocuente como para que Minaya se olvidase de bromear en un buen tiempo.

En eso entró una muchacha joven al comedor acompañada del camarero. Minaya calculó que tendría unos treinta años e iba vestida con un veraniego vestido verde.

Saludó de manera general y se sentó en una mesa cercana.

—Los del Río son un clan de gitanos que, curiosamente, viven cerca del río.

Minaya tuvo que hacer un ejercicio de contención para no hacer otra broma.

—¿Tenían problemas con Sanchís?

—Que yo sepa, no.

—Habrá que ir a hablar con ellos —dijo Minaya—, supongo.

—Iremos esta tarde.

Minaya miraba a la chica, que no despegaba la vista del móvil en ningún momento. Era morena y llevaba el pelo recogido de manera descuidada.

—Dejadme hacer una llamada antes —pidió Rendón—. No son amigos de visitas

inesperadas.

—Sí, claro. Pide audiencia con el patriarca, Rendón.

—Aparquemos la ironía, por favor. Y sigamos, ¿qué os sugiere la habitación de la niña?

—¿Una hija secreta, quizás?

—No tiene sentido. ¿Por qué iba Sanchís a ocultar una hija?

—¿Y si no es de Sanchís? Quizás sea la hija de Mireia, la desaparecida.

—No sé, podría ser. Hay que averiguar quién es la niña y quién es la tal Mireia Puertas. Por otro lado, tenemos que esperar a los científicos y a los informáticos. Yo creo que podemos echarnos una siesta antes de ir a ver a los Del Río.

—No seré yo quien se oponga —remató Eusebio Minaya—. Otra cosa, Rendón. La chica solitaria que tienes detrás, ¿es del pueblo?

—Yo diría que no.

—Vale.

—¿Periodista? —susurró Ribas.

—Me jugaría diez *eurazos* a que sí —sentenció Eusebio—. Bueno, ¿cómo hacemos para pagar?¿Cada uno lo suyo?

—No, pago yo y luego liquido los gastos, será más fácil.

Ribas solicitó amablemente la cuenta al paso del camarero.

—Se paga en la barra, señora.

Cuando iban a salir por la puerta, Minaya se quedó un segundo pensando. Luego dijo:

—Marchaos vosotros. Yo voy a ver si la chica enseña la patita o me equivoco.

Pidió una copa de whisky y se quedó esperando en la barra mientras sus compañeros se iban a descansar. Tenía a mano el periódico local. Empezó a ojearlo con fingido interés. Apenas había leído una columna de opinión sobre la vida disoluta de una alcaldesa de la región cuando se abrieron las puertas del salón. Pensó que hubiese resultado poético escuchar el ruido de tacones a su espalda, pero al girarse, disimuladamente, vio que las muchacha llevaba unas modestas deportivas *vintage*. Volvió a sumergirse en el periódico. La chica pidió un café con leche, pagó y solicitó el ticket de caja. No tardó ni dos sorbos en entablar conversación:

—Buenas —su voz todavía era tímida. Estaba muy verde—. ¿Es usted de aquí? Es que estoy buscando un hotel en el que alojarme y…

—No soy de aquí, lo siento.

—Verá, es que voy a hacer una auditoría externa de la fábrica de repuestos y, claro…

—¿En estas fechas? Vaya faena.

La chica se quedó en blanco por un segundo, algo que a Minaya le pareció divertido.

—¿Entonces usted también está aquí por trabajo?

—Se puede decir que sí.

—¿A qué te dedicas? —Acercó un taburete y de un pequeño saltito se sentó.

—Soy funcionario.

—Pero eso es muy genérico, ¿no?

—Si quieres hacemos una cosa: yo te digo a qué me dedico si tú me dices tu verdadera profesión.

—Ya te lo he dicho.

—Venga, una mujer como tú no se acercaría a un tipo como yo en cien vidas.

—De acuerdo —dijo divertida—. Pero tú primero.

—Mejor aún, voy a decirte mi profesión y la tuya.

—Si lo adivinas te pago otra copa —le retó.

—Tú eres periodista y yo —empezó a susurrar— soy Guardia Civil.

La chica ordenó otra copa de whisky.

—Y te voy a decir más —continuó en voz baja Minaya—, estoy trabajando en el caso del triple asesinato de la gasolinera.

La periodista abrió los ojos en uno microgesto que Minaya reconoció como de ligera satisfacción. Como si se estuviese cumpliendo su plan.

—Justo el caso que sobre el que quiero escribir.

—Pues si quieres vamos al hotel y hablamos más tranquilos.

Ella se echó ligeramente hacia atrás, dudosa. Tardó un segundo en contestar. Minaya aprovechó el momento para hablar:

—No te preocupes, no soy de esos. Sólo quería saber hasta dónde eras capaz de llegar.

Respiró aliviada. Él le extendió la mano para presentarse:

—Mi nombre es Eusebio Minaya.

—Yo soy Alba Montoro. Encantada.

—¿Para qué medio trabajas?

—Soy *freelance*, acabo de terminar las prácticas en la radio.

—Mira, Alba, se vé que tienes ganas, pero yo no puedo ayudarte mucho. No puedo adelantararte información que no le haya dado a mis superiores. Y si el juez se entera de alguna filtración nos jode vivos. No sé si me explico.

Alba asentía como si estuviese en una *master class*.

—No, si yo ahora mismo no tengo dónde publicar —se justificó—. Y hacerlo en un blog sería como predicar en el desierto. Yo sólo quiero conocer la historia de primera mano, quiero el relato.

—Eso podremos apañarlo. Hasta ese momento, yo te aconsejaría que preguntaras por ahí, que te vayan contando unas y otros. Por encontrar algo de contexto.

—Muchas gracias, de verdad. Le voy a dar mi número de teléfono por si tiene algo que contarme.

—No hay de qué. —Minaya apuntó el número de la periodista y le hizo una llamada.— Ese es mi número. Puedes apuntarme como “fuente del caso” —bromeó.

—Que sepa que es usted mi primera fuente policial —continuó con la broma.

—No me llames de usted, Alba, que me hace mayor.

Las risas que escuchó antes de abrir la puerta eran más que habituales en su casa. La mujer de Rendón y su mejor amiga, Raquel, acostumbraban a tomar café después de comer. Normalmente alternaban entre la casa de una y de la otra, pero en el estado de Lena preferían quedar en casa de ellos.

—Ya estáis haciendo trajes —dijo a modo de saludo.

—Ya sabes cómo funciona esto, cariño.

—¡Pero si tú eres el primero al que le encanta un cotilleo! —bromeó Raquel.

—¡Hostia, si hay bizcocho! Ya era hora de que trajeras algo, mujer.

—Y le ha quedado de lujo esta vez. Siéntate y que te cuente Raquel lo del doctor Ramírez, que te vas a reír.

Rendón se sentó junto a Lena y aprovechó para acariciar la tripa de su mujer. Lena se levantó

para ponerle un café a su marido.

—Cuéntale, cuéntale.

—Pues su mujer, que le ha montado una buena bronca en la consulta esta mañana.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque al parecer le ponía los cuernos con una del Mirnoa.

—¿Y se ha enterado ahora? Un poco tarde ya, ¿no? Digo, cuando ya están muertas.

—El caso es que estaba yo limpiando justo su oficina y la oigo entrar a la recepción. No la he oído ni saludar, solo he oído los tacones acercándose. Y he visto temblar el agua del vaso, como en Parque Jurásico, tía.

Lena rio por la exageración.

—Me he girado y la he visto entrar como una furia. Llevaba una carpeta con papeles en la mano. Que yo he dicho: «los papeles del divorcio». Que luego la Lola ha dicho que seguro que le ha puesto un detective y que eran unas fotos del doctor examinando a la paciente, ya me entendéis. —Raquel se rio de su propia broma. Lena y Rendón también se rieron—. Entonces el doctor me mira y me pide que salga. Estaba cagado de miedo. Luego todas hemos escuchado, clientas incluídas, la bronca que le ha echado. «Claro, para eso ibas», «qué engañada me tenías» y todas esas cosas, ya sabéis.

—¿Crees que tendrá algo que ver con el caso?

—No lo creo —dijo después de tragar un trozo de bizcocho—, pero lo diré en la reunión de última hora.

—Ah, ¿pero que tienes que volver a currar?

—Claro, cariño. Ya te dije que este caso es importante.

Lena resopló disgustada.

—Qué ingenua, ¿no? Por un momento pensé que ya habías terminado.

—Venga, tía, no te enfades.

Rendón besó en la frente a Lena y luego en la barriga. Un movimiento de respuesta se activó dentro.

—¡Mira! —dijo Lena sonriendo—, tu hijo tampoco quiere que te vayas.

—Lo sé, fiera —le contestó a la barriga—. Ahora voy a descansar un poco.

—Échate en la cama si quieres, que estarás más cómodo.

—Bueno, antes tengo que llamar a tu tío Aquilino.

—¡Que no es mi tío, joder!

—Como todos los gitanos sois primos…

—Ya, lo que pasa es que yo no soy gitana.

# 13

Dos hileras de fresnos marcaban el curso del río, que Minaya pensó que bien podrían llamarlo arroyo. Se llegaba hasta allí por un camino mal asfaltado. El conjunto de casas no podía denominarse urbanización ya que no había calles entre ellas.

Las parcelas donde habían construido las casas no tenían límites y los coches, de gran cilindrada y escaso gusto estilístico, estaban desperdigados aquí y allá.

—Ojo que son horteras los primos —susurró Minaya.

Unos niños gritaban y saltaban en unas camas elásticas con nulas medidas de seguridad ya que la red que debía proteger a los niños estaba rota por algunos sitios. Una de ellos, al ver a la terna de policías, salió corriendo hacia una de las casas. Los tres se percataron de la jugada de la niña.

—Menos mal que tenemos cita.

—No es esa casa —explicó Rendón refiriéndose a la casa donde se había metido la niña—. Es aquella.

Había tres chavales de unos quince años en la puerta fumando algo que no era solo tabaco.

—Buenas tardes, agente Rendón… y compañía —saludó uno de ellos—. Esperen un momento, voy a avisar de que han llegado.

Desde dentro se escuchó la voz del chico, que les invitó a entrar.

—Buenas tardes —saludaron al unísono los policías.

El gitano que tenían delante no era precisamente un patriarca de avanzada edad. Ribas calculó que tendría unos treinta años, y Minaya pensó que no pasaba de treinta y cinco. Rendón sabía que Aquilino tenía su misma edad: treinta y dos años. Y lo sabía porque habían nacido el mismo día, y en el mismo hospital. La madre de Rendón siempre contaba aquellos días en los que todo el clan de los gitanos del río poblaban los pasillos del ala de maternidad del hospital.

Emilio y Aquilino llegaron al mundo con apenas dos horas de diferencia, siendo el segundo, Garmendia, más joven que el primero, de apellido Rendón.

—Siéntense, por favor.

El hombre no vestía de manera ostentosa, pero sí lucía un sello de oro en la mano derecha y una cabeza de Jesucristo al final de una cadena de oro en el pecho.

Estaba flanqueado por dos subalternos de aspecto más chabacano.

—¿Quieren algo de beber? Con este calor siempre apetece algo.

—No, gracias —respondió Rendón.

—Emilio, ¿qué tal la familia? He oído que vas a ser padre.

—Sí, apenas quedan unas semanas ya.

—Vas a ser buen padre, hombre. Te lo digo yo, que tengo cuatro.

—Gracias, Aquilino. Tenemos unas preguntas.

—Venga, al lío —dijo frotándose las manos—. ¿Quiénes son tus amigos?

—Él es el teniente Eusebio Minaya y la inspectora Ela Ribas.

—¿Teniente? Joder, Emilio, ¿cómo me traes a casa a un *civilote*?

—Han pasado cosas graves, como ya sabe usted —intervino Ribas.

—Sí, sí, lo del Mirnoa. Lo que pasa, señora, es que uno se cansa de que siempre que pasa algo delictivo cerca de aquí vengan a preguntarnos a los gitanos. Es un poco raro, ¿no creen?

—No vamos a entrar en discusiones que no arreglan nada —intervino Minaya—. Lo que queremos saber es si usted conoce algún detalle que pueda ayudarnos a saber qué pasó en el Mirnoa.

—Venga, va. ¿Qué quieren saber?

—Queremos saber si ha sido un ajuste de cuentas —atacó Ribas.

—¡Así, con un par! —soltó Aquilino— Pues no, al menos no hemos sido nosotros. Y voy a ser igual de directo que usted, señora: nosotros no tenemos negocios con Jony. Él se había pasado al porno, y nosotros no trabajamos en ese sector.

—Claro —intervino Ribas—, ustedes solo vendían allí droga, ¿no?

—No tengo que explicarle la naturaleza de nuestros negocios con Jony Sanchís, pero lo haré, de manera informal, dado que un triple homicidio es cosa seria.

—Le escuchamos atentamente — dijo Minaya inclinándose ligeramente hacia delante—. De manera informal, eso sí.

—Nuestros negocios se limitaban a dejar la mercancía en depósito en su local, luego Jony la distribuía como creía oportuno y me pagaba lo que no me devolvía. Pero eso era antes, luego se pasó a los vídeos guarros y a nosotros nos dejó de lado. Nada más y nada menos.

—¿Le era rentable ese negocio?

—Más que vender mi producto, por lo que parece.

—¿Y a usted no le interesaba ese negocio?

—¿El del porno? —contestó airado—. No, mire, nosotros tenemos unos valores. Digamos que no va con nuestra esencia. ¿O acaso ha visto usted alguna vez la categoría de gitanas en una web de porno?

Aquilino les guiñó un ojo. Minaya le devolvió una sonrisa cómplice.

—¿Entonces qué más puede decirnos?

—Puedo decirles que en el porno hay gente chunga, y fíjese que se lo digo yo, pero Jony ahora iba por lo legal. No me pregunten la razón, pero era así.

—¿Y de las chicas sabe usted algo? ¿Por qué querría alguien secuestrar a una de ellas?

—Niño —le dijo a uno de los satélites que estaban allí sentados—, dile a mi hermano que venga.

A los dos minutos entró en la sala un chico joven, de menos de treinta años, muy guapo y vestido con más gracia que los otros.

—Tino, cuéntale a estos hombres… y mujer —se corrigió al instante— lo de tu amiga la del Mirnoa, la que desapareció.

—Era novia del Jony, y… eso, de un día para otro desapareció.

—¿Era usted su amante?

—No, señora. Yo era su amigo, a mí no me gustan las mujeres.

—Su confidente —apostilló Aquilino.

Los cruces de miradas entre los policías llegaron a un punto cómico que no se le escapó al patriarca.

—¿Qué pasa, que no tienen derecho a vivir y a amar? —preguntó con sorna Garmendia—. Lo que les pasa a los payos es que se creen que vamos por ahí matando a los homosexuales, como si no fuesen hijos de Dios.

—No, no —trataba de disculparse Ribas—. Por supuesto.

—¿Y sospecha usted algo de por qué desapareció?

—Bueno, ella no se fue por su propio pie. De eso estoy seguro.

—¿Cree que Jony la hizo desaparecer?

El chaval asintió con la cabeza.

—¿Y le contó ella algo que la pusiese en peligro?

—No. Nunca. Nada.

—¿Cuánto hace de eso?¿Puede darnos el nombre de la chica?

—Estela Tormo, y hace ya tres años.

—¿Intentó usted localizarla? No sé, ¿probó llamándola al móvil o por redes sociales?

—El móvil se lo pagaba Jony y no tenía redes sociales, que yo sepa.

—¿Cree que tiene algo que ver con lo sucedido ayer?

—Yo creo que ya hemos colaborado bastante. Pongan en el informe que somos buena gente y déjennos seguir con nuestros negocios.

—Gracias, señor Garmendia —Ribas se levantó tranquilamente—. Estaremos en contacto.

—Espero que no, sinceramente.

Una vez dentro del coche, en el camino de vuelta, Ribas cogió su iPad y comenzó a escribir en su diagrama de líneas e hipótesis del caso. Escribía de manera rápida y efectiva aunque a veces algún bache de la carretera le hacía cometer algún error y tenía que regresar a subsanarlo.

Minaya, en un momento de sinceridad dañina, espetó:

—Oye, Rendón, ¿tú vives de verdad en este pueblo? Lo digo porque lo de esta chica desaparecida no lo mencionaste.

—Este es un sitio de paso, Minaya. A medio camino de todo. Aquí lo raro es que la gente se quede.

Ela trató de poner paz tras revisar los correos de su bandeja. Una vez los hubo leído, informó a sus compañeros:

—Os cuento: Mañana viene de Madrid un investigador forense para los ordenadores. También vendrán los científicos a analizar las habitaciones subterráneas.

—¡Qué rapidez!

—Para ser puente de agosto, sí. Por cierto, el juez ha dejado al motorista libre sin cargos, pero tiene que ir a firmar al juzgado cada semana. Al parecer, el examen reveló que no tenía restos de pólvora.

—Ahora que lo nombras, Ela —dijo Rendón—, el doctor que examinó al motorista, a Juan Francisco, se dice por el pueblo que va a dicorciarse por visitar mucho el Mirnoa. No sé, nos dijo que comentásemos todo lo que supiéramos.

—No es mal apunte, Emilio. Mañana, después de la reunión pasamos a hablar con él. Gracias.

—De nada, jefa —respondió como un niño bueno.

—Bueno, chicos, tarde libre ya. Mañana a las nueve, en la oficina, reunión con los jefes. No quiero que lleguéis tarde. Ah, más cosas, han encontrado el BMW a veinte kilómetros de aquí. También van a examinarlo.

—Seremos buenos, jefa.

# 14

Si algo se le da bien es esperar. No tiene problemas para dejar pasar el tiempo sin hacer nada. Escucha música. Observa a la clienta ir de aquí para allá pegada al teléfono y enviando y recibiendo mensajes. Es una *broker* de la delincuencia. El pelo corto y con volumen le dan un aspecto vivo. El cuello despejado. Sin duda, le parece bella.

La banda sonora a sus movimientos la pone Bruno Mars. Discazo. Pausa la canción para atender a los gestos que le hace mientras habla por el móvil.

Entiende que le está pidiendo que vaya a ver a la niña. Ha debido de haber un ruido en la habitación.

La niña duerme, por supuesto. ¿Cómo no va a dormir? Al moverse ha tirado la lámpara de la mesilla de noche. Pippo la recoge y se queda un momento mirando el ahora plácido descanso de la niña.

Busca alguna señal de remordimiento dentro de sí. Ni rastro. Lo que le parece más increíble es que se hayan juntado dos personas totalmente ajenas al mal que hacen. La ha oído hablar por teléfono sobre la niña con un desdén impropio de un humano. Como si estuviese hablando de una bolsa de ropa, de algo que envías por un servicio de paquetería.

Vuelve al sofá de la *suite* y se quita los cascos. Pone la tele. La clienta se mete en su habitación y cierra la puerta. El asunto tiene que ser importante.

# 15

El reloj marcaba las 20:45 al salir de la ducha. Minaya sintió que su cuerpo, a pesar de la ducha, no dejaba de sudar. Le dio otra velocidad al ventilador de techo, que llevaba toda la siesta en marcha. Ahora que estaba despierto no le importaban unos decibelios de más y ese pequeño chirrido cíclico que hacían las aspas cuando lo ponía a máxima velocidad.

Se miró al espejo de cuerpo entero que tenía bajo la televisión y se sintió orgulloso del esfuerzo que le había costado dejar de fumar y perder esos diez kilos que le sobraban. Y todo ello con una tonificación más que aceptable. Llamó a Sandra, o como él le decía en broma, el motivo del cambio. Pero ella no le contestó.

La idea de toda la tarde metido en aquella habitación con el ventilador zumbando sobre su cabeza le hizo buscar una excusa para salir. Entonces se acordó de Alba y decidió llamarla.

—*¡Hola! ¿Qué tal?¿Qué haces?*

—Hola, Alba. Soy Eusebio…

—*Sí, sí, dime* —contestó apresurada—. *Pues me pillas saliendo de la ducha. He quedado con unas chicas del pueblo para ir a la feria un rato.*

—Entiendo… era por si querías que cenásemos juntos.

—*¡Sí!* —respondió con entusiasmo—. *¡Claro!*

—¿Te parece en una hora en la plaza?

—*¡Perfecto!*

Ya era de noche cuando apareció Alba por los soportales del Ayuntamiento. Llevaba un pantalón muy corto negro y unos botines con un tacón medio. Ya había reparado en sus piernas por la tarde, cuando llevaba el vestido verde. Eran fuertes en los muslos y más delgadas en los gemelos.

Nada más llegar le plantó dos enérgicos besos.

—¿Dónde piensas llevarme? Tengo ganas de marcha.

—Antes de nada, Alba, tengo que dejar claro que esto no es una cita ni nada de eso.

—¿Y qué es, Eusebio?

—Dos amigos en las fiestas de un pueblo en medio de la nada en la península ibérica.

—¿Eso quiere decir que vamos a la feria?

—Eso había pensado. Unas cervezas, unos bocadillos y algo de música. Si te parece bien, claro.

—Nada de cogernos la mano ni besos a medianoche en la puerta del hotel. Entendido.

—Me he tomado la libertad de pedir un taxi —explicó—, son seis kilómetros hasta el pueblo de al lado.

—¡Qué detalle!

Minaya se dio cuenta en el taxi de que no tenían mucho en común fuera del caso Mirnoa. La diferencia de edad era una barrera difícil de salvar. Ella miraba su móvil a menudo, casi compulsivamente y él solo se fijaba en lo que le rodeaba.

Él pagó la carrera del taxi y dejó cinco euros de propina ya que le pareció un trayecto demasiado corto y pensó que no le rentaría al taxista.

En el primer metro de calle adoquinada Alba se torció el tobillo y se tuvo que agarrar al brazo de su acompañante. Lo que en otras circunstancias hubiese sido una situación romántica, en ese momento fue algo paternal.

Alba le preguntó sobre las novedades del caso. Minaya respondió a todas las cuestiones con cuidado, tratando de no pisar ningún charco. Por suerte, la conversación derivó hacia las inquietudes de Alba y los proyectos que tenía para el futuro. Él apreciaba su jovial ímpetu y le divertía tener que descifrar algunas de sus frases.

Las casetas de comida estaban llenas de gente, por lo que resultaba difícil hacerse con una mesa.

—¿Cenamos algo? —preguntó Alba— Tengo hambre ya.

—Claro. ¿En este mismo puesto?

El negocio tenía como especialidad bocadillos y raciones.

—¿Qué quieres tomar? —dijo Alba—. Yo te invito

—Una cerveza y un bocadillo de oreja con salsa picante.

La chica se acercó al camarero y le gritó el pedido.

Ante la imposibilidad de encontrar una mesa libre optaron por improvisar una mesa en una valla de piedra junto a un parque.

—¿Y tú qué has averiguado? —preguntó Minaya.

—He ido construyendo relato, ya sabes. Siguiendo los consejos de mi profesor de periodismo de investigación, me estoy sumergiendo en la historia.

—¿Y qué tienes?

—Pues por lo que he ido escuchando, la gente no se acercaba mucho por la gasolinera y el dueño, el tal Jony, estaba dando un perfil más bajo últimamente. Hay una historia, eso sí, de una novia que tuvo el tal Jony y que desapareció de un día para otro. No es que la haya matado ni nada, es solo que se marchó o algo así. Luego la sustituyó rápido por Ainhoa.

Se metió un buen trozo de bocadillo después de cederle el turno a él.

—Estamos muy al principio de la investigación. Todavía es pronto para descartar líneas de investigación. Eso de la novia también lo sabíamos.

—¿Por qué me ayudas? Porque ya has dejado claro que por follar no es.

—Joder, vaya cambio de tema. Bueno, creo que hay que ayudar a quien le pone ganas.

En ese momento, dos de los coches *tuneados* con dudoso gusto de los Del Río hicieron acto de presencia en la feria con gran ruido de tubos de escape y música a un volumen exagerado. Varias parejas de jóvenes se bajaron de los coches.

—Estos son del clan de los Garmendia —apuntó Minaya—. Ese que va andando primero es Aquilino, el patriarca.

—¿Pero no es muy joven?

—Será un patriarca precoz.

—¿Son sospechosos? —Apuró el último trago de la cerveza.

—Ni afirmo ni desmiento —bromeó—. ¿Quieres otra cerveza? Esta la pago yo.

—Venga.

Después de otras dos rondas de cervezas y una copa de algo más fuerte decidieron coger un taxi de vuelta. Era ya la una de la noche, y el calor no daba tregua. Minaya volvió a pagar el taxi, pero esta vez sin propina. «A ver si al final voy a palmar pasta con este caso», pensó medio en

broma medio en serio.

Alba se alojaba en un hostal de poca categoría. Una fachada antigua y unos balcones con barandillas mal pintadas. Una vez en la puerta del hostal, Minaya le ofreció una última copa. Ellla la rechazó alegando que estaba cansada. Él prefirió no insistir.

—Me lo he pasado bien, no vamos a estropearlo.

No había terminado de escuchar esas palabras cuando el móvil sonó. Mensaje de la jefa:

*Reunión con los jefes suspendida. Nos vemos a las 10:00.*

# 16

La furgoneta del Chatarra estaba frente a la puerta de la casa de Rendón cuando éste salía hacia el cuartelillo. Luis estaba fuera fumando un cigarrillo. El policía enarcó una ceja.

—¿Luis, qué haces por aquí?

—Tenemos que hablar, Sarna.

—Sabes que puedes llamarme Emilio, ¿verdad?

—Como quieras, pero tenemos que hablar.

—Te invito a un café, anda.

—No, mejor vamos a dar un paseo.

Anduvieron por el camino que llevaba a la piscina municipal. Luis daba caladas de forma ansiosa, buscando las palabras adecuadas entre el humo.

—Venga, suéltalo.

—El otro día te mentí: vi a Mireia marcharse conduciendo el BMW. Y llevaba a alguien en el asiento de atrás.

—¿Esás seguro de eso?

—Claro que sí. La vi perfectamente. Era una niña.

—¿Una niña?

Algo encajó en la cabeza de Rendón. Aquella niña debía de ser la que vivía en la habitación del sótano. Pero entonces se abrieron muchas puertas.

—¿Por qué me mentiste?

—No sé, tío. La chica me suplicó que mintiese. Me dijo, llorando, que lo hizo en defensa propia, que no tuvo otra opción.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—No sé, le he estado dando vueltas. Una niña secuestrada ya son asuntos mayores.

—¿De dónde sacas que es un secuestro?

—No sé, me lo imagino.

—Aquí nadie ha hablado de secuestro ni nada, hombre. ¿Qué más sabes?

—Te digo que nada más, Sarna.

Ribas ya había desplegado todo su arsenal de papeles por la mesa. Además, había conectado un proyector a su inseparable iPad y la pared blanca reflejaba ya una imagen con unos diagramas de flujo.

Minaya y Rendón entraron algo extrañados. Eran las diez en punto y la jefa tenía un café de máquina sobre la mesa.

—Buenos días. No os he sacado café porque no sé cómo lo tomáis. Si queréis uno, este es el momento.

Estaba activada de una manera que ellos no conocían.

Decidieron, en un pacto firmado con la mirada, no tomar café.

—Pues vamos —Se situó junto al diagrama de la pared—. Tenemos dos líneas de investigación: ajuste de cuentas y secuestro o huida voluntaria.

—Antes de seguir, jefa. Acabo de hablar con el chatarrero y me ha confesado que vio a Mireia huir en el BMW con una niña en el interior.

—Eso no hace más que confirmar lo que ya pensaba yo.

»¿Vosotros qué opináis? Bueno, mejor primero os cuento todo y luego os pregunto, ¿vale?

Ribas era una rapera en una pelea de gallos. Soltaba las palabras a la velocidad de las balas.

Los dos policías asistían al suceso sin saber reaccionar.

—Sobre el ajuste de cuentas: yo digo que no. Porque no hay ensañamiento, no hay una firma que demuestre la territorialidad de los *narcomachos* y no cuadra con el secuestro de Mireia. ¿Quién coño son, los Capuleto y los Montesco modernos?¿O el rapto de Helena?

»Segunda hipótesis: Mireia se vuelve loca y se lía a tiros con todos para llevarse a la niña. Problemas, que todos los que saben algo o están muertos o están desaparecidos. ¡Vaya faena, ¿no?!

—A ver, jefa. Lo de la niña no está claro.

—Que sí, Minaya. Que tú viste la habitación igual que yo. Que no era un estudio de grabación de películas cutres. He hablado con el constructor de las casas, me ha dicho que son de hace tres años. Ha quedado en enviarme las facturas. Además, el chatarrero confirma que hay una niña. Y no me interrumpas, coño. Que viene el truco.

—¿Qué truco?

—He estado pensando un poco. —Trató de beber un sorbo de café, pero ya no quedaba.—Un momento, ahora vengo.

Salió de la sala a paso ligero y volvió un minuto después con otro café en la mano. El vaso de plástico humeaba.

—¿Por dónde iba? —se preguntó a sí misma—Ah, ya. Decía que creo que hay alguien que tiene que saber algo. Porque si no lo hubiera no podríamos resolver esto. Y eso no puede ser, ¿me seguís?

—No resulta fácil, pero sí —contestó Minaya.

—Entonces, como alguien tiene que saber algo, pienso: en el caso de que escondas a una niña en un sótano, es más que probable que necesites en algún momento a un…

Un silencio incómodo se hizo en la sala. Ela Ribas bebió un traguito de café mientras esperaba la respuesta de sus compañeros.

—¡¿Nada?! ¡A ver al fondo! —bromeó— ¡Qué decepcionada estoy ahora mismo!

—Lo siento, jefa.

—¡Un médico! —y siguió sin darles tiempo a replicar— Y por eso iba tanto al Mirnoa, y por eso la mujer le lleva los papeles, que no son los del divorcio, sino las pruebas de que hay algo más que unos cuernos.

—Pero…

—Me da igual lo que digáis, ayer estuve haciendo los deberes y esta misma mañana me ha llegado la orden de registro de la casa y la clínica de Santiago Ramírez. ¿Qué os parece? Pues eso, que nos vamos a casa del doctor.

—¿Así?¿Sin más?

—Joder, sí.

—Antes de irnos, jefa —interrumpió Minaya— ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, Eusebio. Gracias por preguntar.

# 17

Lo normal es que ellos sean más, sería lo lógico. Pero la clienta no quiere un séquito ni un escuadrón. Al fin y al cabo solo es una transacción, y el dinero va por otro cauce. No tendría que haber complicaciones. Por si acaso, Pippo decide ir con ella y con la niña, porque es sabido que siempre hay alguien en la retaguardia, así que si le ven con ella, creerán que hay más gente oculta y se lo pensarán dos veces antes de hacer tonterías.

Los turistas pasean aunque el sol sea abrasador. El estanque de El Retiro se llena de barcas remadas por enamorados inconscientes del daño que las radiaciones del astro rey hacen en su piel.

Una vieja china se acerca a ellos con paso lento. Va acompañada de un hombre, presumiblemente su hijo. Se acerca a la silla y entabla conversación. La charla acordada, supone Pippo, porque nadie se pone nervioso.

Todo discurre dentro de lo normal.

Los chinos se van y la clienta y Pippo echan a andar. La niña sigue dormida. Entonces, al llegar a una puerta, se les acerca una chica joven. Es española.

Toma los mandos de la silla de ruedas y se pierde en dirección a la calle O’Donnell.

Pippo se despide de la clienta sabiendo que la próxima cita será ya en Barcelona. Tiene un serio dilema en la cabeza. Aquel negocio no termina de gustarle, pero el trabajo es sencillo y el dinero nunca le parece demasiado. Siempre quiere más.

# 18

Rendón pronosticó seis minutos, y acertó de lleno. También les explicó en esos seis minutos que era una de las casas más grandes del pueblo y que la familia Ramírez era de las que habían reflotado el pueblo después de la Guerra Civil.

Ribas se mostraba parlanchina y hacía bromas con cada apunte que hacía Rendón.

Minaya se giró una vez llegaron a su destino:

—Ela, en serio. Hay que tratar esto con cuidado, no olvidemos que estamos ante un triple asesinato y un secuestro de una niña. Déjame llevar esto a mí. Tú estás muy alterada.

—Dale, Minaya. Todo tuyo.

—En serio. Antes de salir. ¿Estás bien?

—Que sí, hombre. Que no estoy drogada ni nada de eso. Es que noto que estamos en buen camino. Y, si esto lo resolvemos bien, le daremos una hostia sin manos a los que nos mandaron aquí a cubrir el expediente.

—Bien dicho, jefa.

Salieron del coche para encontrarse ante una gran puerta de estilo antiguo, acorde con toda la construcción. El primer contacto con la casa fue un videoportero reluciente. Un círculo de luz LED se encendió al presionar el botón. Una voz femenina contestó pasados unos segundos.

—Buenos días, somos de la Policía Judicial. Buscamos al señor Ramírez.

—No está en la casa en estos momentos.

—¿Podemos hablar con la señora de la casa? —insistió Minaya.

—Un momento, por favor.

Esperaron unos segundos bajo un sol que ya arreciaba y que auguraba otro día de calor desértico. El sonido del abrepuertas les franqueó la entrada a la parcela. Después, tras tres pequeños escalones, estaba la mujer de Ramírez.

No había que tener conocimientos de lenguaje corporal para saber que los brazos cruzados a la altura del pecho denotaban una actitud cerrada, defensiva. Se puso delante de la puerta entornada, como un guardián celoso.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días. Soy la inspectora Ribas, él es el teniente Minaya y él es Emilio Rendón, policía local, a quien supongo que ya conoce del pueblo.

—Sí, me suena su cara. ¿Qué querían?

—Verá, nos gustaría hablar con el doctor Santiago Ramírez, si está en casa.

—No se encuentra en casa ahora mismo. Lo lamento.

—Quizás pueda ayudarnos usted —dijo Eusebio.

—No lo creo, sinceramente.

—Serán unas preguntas nada más —insistió Ribas.

La mujer cedió como una niña pequeña contrariada y descruzó, al fin, los brazos. Les invitó a pasar al salón y llamó a la mujer del servicio para ofrecerles algo de refresco. Los tres rechazaron el ofrecimiento.

—No le robaremos mucho tiempo, se lo aseguro.

—Adelante.

Se dirigía a Ribas en todo momento. Era su zona segura. La mujer había dejado a los policías sentados en un amplio sofá, ella agarró una silla y se sentó frente a ellos como si fueran un tribunal.

—No sé si conoce lo que ha sucedido en el área de servicio conocida como Mirnoa.

—Algo sé, claro. Lo que se dice por ahí, ya sabe.

—Verá, nos consta que su marido frecuentaba el lugar. ¿Eso lo sabe usted?

Se movió incómoda en su silla y volvió a cruzar los brazos.

—Lo que se oye por ahí, ya saben.

—Sí, claro —Ela cambió de tema bruscamente—. ¿Dónde está su marido?¿Sabe si va a volver pronto?

—Se ha ido a Albacete a ver a un amigo. No sé si comerá allí o no.

Minaya sabía que mentía, porque en un momento dado se rascó levemente la clavícula. Unas clavículas que permanecían descubiertas gracias a un escote barco.

—Verá. Tenemos una orden de registro de esta casa y de la clínica donde trabaja su marido. Sería conveniente que estuviese él presente durante el registro, pero no es imperiosamente necesario.

—¿Y qué buscan, si puede saberse?

—No podemos contestar a esa pregunta.

—Quizás podría usted llamarle y decirle que estamos aquí.

Rendón se preguntó si no le estarían dando demasiadas pistas de su investigación a un sospechoso. Le pareció extraño.

—Supongo que será lo mejor, sí. Un segundo, voy a buscar el móvil.

En cuanto la mujer salió del salón, Minaya se acercó a Ribas para susurrarle:

—Está protegiéndole, se nota a distancia. Y está ganando tiempo, estoy seguro.

—¿Y qué sugieres?

Rendón tuvo que acercarse a ellos para escuchar lo que decían haciendo así un círculo de esos que hacen los jugadores de baloncesto alrededor del entrenador. El *All Star* reunido de urgencia para decidir la estrategia.

—Si nos deja registrar la casa sin él y sin poner pegas es porque aquí no hay nada. O confía en que no lo encontremos y perdamos aquí el tiempo.

Emilio miraba de vez en cuando a la puerta por si aparecía la señora de la casa, aunque en realidad lo importante era escuchar el ruido de los pasos.

—Podría estar en la clínica. Puedo ir yo mientras vosotros registráis aquí.

—Vale —dijo Ela—, ¿pero puedes ir andando? Para que no nos dejes sin coche.

—Sí, claro. A paso ligero no tardo ni diez minutos.

—¡Señora Ramírez! —Minaya apresuraba a la mujer— ¡¿Va todo bien?!

Al momento se oyeron los pasos de la sirvienta por las escaleras.

—La señora dice que bajará en un instante.

—Gracias, es que el compañero tiene que marcharse y nosotros tenemos que informar al juez de lo que está pasando.

—Claro, señor. Ya le he dicho que bajará enseguida. ¿Necesita el agente que le acompañe a la puerta?

—Ni mucho menos. Muchas gracias.

Rendón salió de escena por la puerta y la mujer se fue a la cocina. Minaya, por su parte, se

levantó del sofá y se acercó a la escalera a poner la oreja por si captaba algo.

—He hablado con mi marido. Dice que tardará un par de horas en llegar. —Se frotaba las manos nerviosa.— Dice que les dé permiso para hacer lo que tengan que hacer.

—Siéntese, por favor, señora Ramírez.

La mujer obedeció a Ela, que hablaba en tono de amiga.

—Está usted muy nerviosa, y lo entiendo.

—Soy de una generación que tiene mucho respeto por la policía.

—Lo sé. Le voy a contar la situación. Y es más grave de lo que usted piensa.

»Tenemos razones para pensar que su marido puede estar relacionado con un secuestro de una menor. Al menos, puede tener información valiosa que no quiere compartir con nosotros, lo que constituye un delito. ¿Me sigue?

—Sí, sí.

—Bien, pues si no quiere empeorar las cosas, lo mejor es que nos diga dónde está su marido y qué esconde.

—De verdad que no sé de qué me están hablando.

—Usted sabe lo que su marido oculta —interrumpió Minaya— porque hubo gente que la vio muy enfadada con él el otro día. Créame, es mejor que nos lo cuente.

La mujer no sabía qué hacer ni qué decir. De un salto se levantó de la silla y les gritó que registrasen lo que quisieran.

—No vamos a registrar nada aquí, señora. Entiendo su postura, pero también sé que es usted una persona inteligente y que sabe que cerrándose en banda no va a mejorar nada.

La mujer se quedó muda. Sin duda estaba analizando la situación. Minaya sabía que estaba a punto de hablar. Un sonido de mensaje rompió el silencio pero aumentó la tensión. Minaya sacó el móvil del bolsillo y leyó con parsimonia, sabedor de que cada milésima de segundo aumentaba la tensión del momento y acercaba así la confesión de la mujer.

—Es Rendón —dijo muy serio—. Ya está.

Ela asintió con gravedad. Entonces, tras un segundo de pausa, la mujer se derrumbó.

# 19

—Dile a Rendón que nos mande su ubicación y pasamos a por él. Yo voy a poner la dirección de la parcela en el GPS. Luego llama al juzgado y que amplíen la orden a la casa de campo.

—Para no ser el jefe mandas mucho —bromeó Ribas.

No le resultaba fácil conducir rápido y seguir las instrucciones de la femenina voz. Pensó incluso si estos aparatos no tendrían un modo Luis Moya que estuviese más vivo en estas situaciones.

Recogieron a su compañero casi al vuelo y salieron por la nacional que dividía en dos el pueblo. El destino estaba a diez kilómetros y, si respetaban la velocidad permitida en cada tramo, llegarían a las 11:45. El caso es que no estaban para respetar límites de velocidad.

—Cuidado, Minaya. Que tampoco vamos a encontrar mucho. Ha tenido tiempo de quemar la casa entera.

—Cuanto antes lleguemos, mejor.

Apenas quedaban dos minutos para llegar al destino. Rendón les advirtió de que era probable que hubiese armas de fuego en la casa, ya que el doctor era aficionado a la caza. No sabían hasta qué punto Santiago Ramírez era un hombre peligroso.

La finca estaba en el monte, rodeada de hayas y de vegetación que se veía reseca. Dentro de la valla estaba el coche de Ramírez. Un BMW X5 negro bastante sucio por la arena de los días anteriores.

Minaya llamó a Ramírez a viva voz. El monte no le devolvió ni el eco.

Desde dentro de la casa respodió una voz masculina grave:

—¡No están autorizados a entrar en la propiedad!

—Somos de la Policía Judicial. Solo queremos hablar con usted.

Minaya se acercó a la puerta de la valla.

—¡Ni se le ocurra, agente!

—La orden de registro está al caer, señor Ramírez.

—Cuando la tengan me avisan. Hasta entonces, permanezcan fuera de la propiedad.

—Sabemos lo que trata de esconder. Es mejor que colabore.

Rendón fue bordeando la finca para reconocer el terreno. Cuando Ramírez, en la planta superior, dejó de ver al policía, se puso nervioso y empezó a preguntar por él amenazando con abrir fuego si entraba en la propiedad.

—¡Tenemos a la niña! —mintió Minaya.

—¡¿Qué niña?! ¡Váyanse de aquí!

—Vamos, señor Ramírez —dijo Minaya en tono de negociador de película americana—. Es inútil que siga con esta farsa. Lo sabemos todo, y entiendo su preocupación porque lo tiene usted muy crudo. ¡Si colabora, es posible que su situación mejore!

—¡Eso es mentira! Solo quieren que confiese algo que no he hecho.

—Déjenos entrar y hablemos. No lo ponga más difícil.

Ribas se le acercó y le enseñó el móvil donde acababa de llegar la ampliación de la orden de

registro.

—Acaba de llegarnos la orden de registro de esta propiedad. Va a tener que dejarnos entrar.

Rendón hizo un gesto desde debajo de la ventana donde estaba Ramírez.

—¡Voy a entrar! —Minaya se acercó a la valla—. ¡Tenemos una orden!

Un estruendo cruzó el monte. El disparo fue un mero aviso, pero se llevaron un buen susto.

Rendón les hizo un gesto indicando que iba a entrar en la casa por una puerta trasera. Ribas le dijo desde el parapeto del coche patrulla, por señas, que esperase.

—¿Está loco, Ramírez? —preguntó Ribas—. Vamos a tener que pedir refuerzos. No nos obligue.

Otro disparo salió de la escopeta del doctor. Esta vez era más que un aviso.

—Esto es algo que no podemos gestionar aquí ustedes y yo. Esto es demasiado para nosotros.

—¡Deponga las armas y entréguese!

Rendón había conseguido entrar en la casa.

—Váyanse ahora mismo y no habrá heridos.

—Acabo de pedir refuerzos. Es cuestión de tiempo.

Un silencio demasiado largo hizo dudar a Minaya y a Ribas.

—No van a cargarme a mí todo el mochuelo, ¿me oyen? Yo no soy el que ha propiciado esto. A mí me han metido en esto.

Ribas recibió un mensaje de Rendón.

*Estoy en la puerta de la habitación*

*Vale*

*Trato de entrar?*

*No, aguanta*

Ramírez seguía hablando. Cada vez se mostraba más aturullado. La situación no resultaba cómoda, pero Minaya y Ribas sabían que cada minuto era bueno para rebajar la tensión.

*Voy a entrar*

Ramírez escuchó a Rendón tras la puerta y se puso más nervioso. Por momentos no se entendía lo que Santiago Ramírez decía, hasta que gritó claramente:

—¡Díganle a mi mujer y a mis hijos que les quiero y que lo hice por ellos!

Esta vez el sonido de la escopeta se escuchó ahogado. Como un grito expelido hacia dentro del cuerpo.

—A tomar por culo —espetó Ribas ante un Minaya sorprendido, tanto por el disparo como por la expresión de su jefa—. Nos hemos quedado sin caso.

# 20

La conversación de Ribas y Minaya se agolpaba en la cabeza de Emilio Rendón y, aunque podía resumirse en una última directriz, los nervios no le dejaban centrarse en ella. «Irán a por el eslabón más débil», dijeron, y Rendón ya sabía que era él, lo que no sabía es por qué iban a querer romper aquella cadena. También recordaba un inquietante «tú no te preocupes»; ahí empezó a preocuparse de verdad. No habían hecho nada malo. Sólo hicieron su trabajo, y muy bien hecho, en su opinión. Casi al final, Ribas dijo algo así como «en caso de duda, balones a mí», que quería decir que si había preguntas comprometidas dijesen que había sido decisión de su superior, es decir, Ela.

Rendón, cansado ya de no entender la situación, les preguntó que por qué ellos tenían que pasar por eso si no habían hecho nada malo.

«Por eso precisamente tienes que decir en todo momento la verdad». Esa fue la última instrucción que recibió.

Así que cuando entraron las caras conocidas del teniente coronel Fonseca y del teniente Ramos, Rendón estaba asustado. Genuinamente asustado. Se podría decir que el susto del disparo de escopeta en la casa se prolongaba con aquel interrogatorio.

—Buenas tardes, Emilio —saludó Fonseca—¿Cómo estás?

El tuteo le puso en alerta, aunque tanto como si le hubiese tratado de usted. Todo le ponía sobre aviso, cada gesto que hacían, la forma de colocar los papeles sobre la mesa, todo era un indicio de algo malo.

—Bien, señor.

Se sentaron frente a él con gesto tranquilo, incluso amable.

—Vamos a dejar las cosas claras —dijo el teniente Ramos—. Lo primero: esto no es una investigación de Asuntos Internos ni nada de eso. Es una vista con la intención de enterarnos de lo que ha pasado. Por eso no se graba, por ejemplo. Ahora bien, tampoco es una reunión de trabajo; por eso no están aquí sus compañeros Minaya y Ribas. Partiendo desde aquí, cuéntenos qué ha pasado. Con sus propias palabras, no rebusque sinónimos que le sean impropios, por favor.

Toda esta charla sí le tranquilizó, aunque mínimamente. Cierto es que hubiese preferido contestar una sarta de preguntas concretas que ese abierto «cuéntenos qué ha pasado»

—¿Desde dónde empiezo? —preguntó con sincera ignorancia.

—Yo le ayudo. La reunión de esta mañana ya sabemos para qué ha sido porque Ribas nos tiene bien informados. Comience por contarnos lo que pasó en la casa.

—Llegamos a la casa sobre las 11:45. El recibimiento fue hostil. Nos gritaba desde una habitación del piso de arriba y nos decía que necesitábamos una orden de registro. Minaya intentó convencerle de que nos dejase pasar, pero se mostraba terco —Rendón recordó lo usar sus propias palabras—. Entonces disparó al aire. En ese momento yo decidí ir a buscar una puerta trasera o algún lugar para acceder al interior.

—¿Lo decidió usted?

—No, creo que me lo ordenó Ribas.

—¿Cree?¿Apenas hace unas horas y ya no se acuerda?

—No puedo asegurárselo, señor.

Fonseca apuntó algo en el folio que tenía delante y le hizo un gesto para que continuase.

—Bien. Yo iba escuchando la conversación, que se desarrollaba a gritos, mientras rodeaba la casa. Detrás de la casa, a unos metros, vi un bidón humeante. Me acerqué para ver lo que había. Olía a plástico quemado. Supuse que podía ser un disco duro de ordenador, pero no tenía tiempo de pararme. Entonces vi una puerta. Me acerqué y estaba cerrada. Luego probé con una ventana y conseguí acceder. Por la voz me fui guiando para saber dónde estaba. Al llegar a la habitación, la puerta estaba cerrada. Estaba oyendo lo que decía, pedí permiso para entrar, pero Ribas me lo denegó. Los mensajes están en el móvil.

—*WhatsApp*?

—Sí, señor.

—¡Pues di *Whatsapps*, joder!

Rendón, algo sorprendido, continuó:

—Luego, al escuchar que decía que le despidiesen de su mujer y sus hijos decidí entrar. Le di una patada en la puerta y el ruido se solapó con el disparo de la escopeta y, por puro instinto, di dos pasos atrás.

—¿Eso es todo?

—No. Cuando me asomé, con la pistola en la mano, por si acaso, para ver cómo estaba el tipo, él empezó a gritar como una niña sujetándose la cabeza. Donde tenía que haber una oreja, había una mancha de sangre y restos de carne.

Ribas estaba sentada revisando sus anotaciones en la *tablet* cuando los dos superiores salían de la habitación. Minaya se puso de pie y preguntó con cierto desdén:

—¿Ya podemos seguir trabajando?

—Sí, hombre, sí. Ya pueden seguir.

Luego Fonseca se dirigió a Ribas:

—Están haciendo un buen trabajo. Sigan así.

—Gracias, teniente coronel.

—Por cierto, viene el tal Linux a ayudar con la informática.

—Me alegro, la verdad.

Ribas ya sabía que Paul Krause estaba dispuesto a sumarse al equipo. Antes de pedírselo a sus superiores, ella habló con Krause personalmente. Se conocían de varios casos en los que habían trabajado juntos y su experiencia siempre había sido buena. Además de trabajar con excelentes resultados juntos, se llevaban bien. Tanto que más de una vez habían quedado fuera del trabajo a tomar cañas.

Linux no era un informático típico. Había sustituido, hacía poco, las gafas por lentillas y su aspecto era más el de un monitor de *crossfit* que el de un gordito entrañable. El asunto es que Ribas le había llamado para saber si estaba dispuesto a echar una mano. Él aceptó sin dudar. Lo único que faltaba es que los jefes hiciesen caso a la petición de Ribas.

En cuanto Fonseca y Ramos se fueron, Ribas escribió unos mensajes a Krause preguntándole a qué hora llegaba. Le contestó al momento diciéndole que estaba ya de camino y que llegaría sobre las seis y media, pero que le diese otra hora para instalarse antes de quedar para darle los pormenores del caso.

Entre todo esto, Rendón ya había salido y estaba con ellos.

—¿Qué tal la charla?

—Sin problemas, para serte sincero. Me lo habiais pintado de una forma que parecía que me fuesen a quitar la placa y la pistola.

—Sí, hombre, como en las pelis, ¿verdad? Para eso hace falta algo más, hay que destrozar varios coches y algunos puestos ambulantes de fruta.

—Qué gracioso —remató el policía, que se estaba visblemente más tranquilo.

—Pues estamos igual que ayer —dijo Ribas guardando el iPad—. Tenemos la tarde libre, si se puede decir así. Yo voy a la habitación un rato y luego he quedado con Krause para meternos de lleno en el caso. ¿Y vosotros?

—Voy a hablar con la periodista a ver si sabe algo más.

—Yo voy a casa. Voy a saludar a mi suegra, que ya ha llegado.

Ribas y Minaya se quedaron solos en la puerta del hotel, momento que ella aprovechó para hacerle una observación:

—Oye, Minaya. En otras circunstancias no sería de mi incumbencia, pero en estas sí. Te recuerdo que no debes intimar con la prensa.

—Tranquila, jefa, es solo una cría —respondió sin atisbo de enfado—. Lo que no sé es si se puede intimar con los compañeros de trabajo.

—¿Me estás proponiendo algo? —preguntó asustada.

—Ja, ja, ja. No lo decía por nosotros, jefa. Lo digo por Linux. Te has preocupado mucho de que viniese a ayudar en el caso, ¿no?

Una ojeada de ella hacia abajo le indicó que había acertado, pero no le pareció correcto ahondar más. Pero ella sí quiso justificarse:

—Supongo que, ya que estoy casada con el trabajo, no habrá nada malo en tener relaciones dentro de él, ¿no crees?

—No se preocupe por mí, jefa. Está todo OK.

—Hazme un favor, no me llames jefa.

Lamentó llevar solo ropa de trabajo, aunque una blusa blanca debidamente ceñida e indebidamente abotonada podría resultar lo suficientemente sugerente para la ocasión. Apenas se maquilló, pero sí se puso un poco de más de ese perfume floral que usaba en verano.

Mientras esperaba el sonido del teléfono le asaltaron las dudas. Ella quería lanzarse a la piscina, sin más pretensiones que un baño refrescante que le aliviase el calor de una noche de agosto. Pero, ¿y si no había agua? Las consecuencias del golpe podían tornarse irreparables.

El orgullo de Ela era frágil.

Sabía de sus encantos y creía en sus opciones, pero las dudas acechaban. Realmente no sabía si a Paul le gustaban pequeñas y morenas, como Ela, o los genes bávaros de sus padres tiraban de él hacia mujeronas con cuerpos que encajan más con nombres como Helga o Gertrud.

De cualquier manera, ella iba a tomar el mando porque quería saber cómo se las apañaba el informático en el cuerpo a cuerpo. Le invitaría, después de cenar tranquilamente unas raciones y tomar un par de chupitos, a dar un paseo por el pueblo, por una senda que ella había visto, y que discurría paralela a un arroyo. Luego se sentarían en un banco y allí, como dos jóvenes descarados, se besarían sin vergüenza. Quién sabe si habría alguna caricia subida de tono y si despegarían sus labios en algún momento antes de llegar a la habitación del hotel. Quién sabe. Y quién sabe si el rubio de ojos verdes era un amante dulce y galante o era un apasionado salvaje

con un punto rudo. A lo mejor era un poco de las dos cosas. Tierno al principio e implacable al final. Quién sabe.

Entonces el teléfono, al fin, sonó.

Un mensaje iluminó la pantalla y ensombreció sus pensamientos:

*Lo siento, mejor no quedamos.*

*No te preocupes.*
*Mañana a las ocho y media en la puerta del hotel.*

*Es que estoy reventado.*

*OK*

El enfado no tardó en reflejarse en su mirada. Se mezcló con la decepción y ambos sentimientos dibujaron una mueca desagradable en su cara. Ahora no sabía cómo canalizar su ira: o se masturbaba o salía a hacer algo de deporte.

Para lo primero necesitaba estar tranquila, y el deporte solía tener ese efecto en ella, así que decidió que lo primero sería después que lo segundo.

Sacó las mallas y el top que siempre llevaba en la maleta, se calzó las zapatillas y salió a trotar un rato. Sin auriculares, sin distracciones. Correr para despejar la mente, primero y después, para ordenarla. Había que sacar la basura, porque aquel rechazo, quizás fortuito, le había provocado una ira que no le hacía bien.

Después de cinco kilómetros a buen ritmo, se decidió a bajar un poco las pulsaciones y así soltar los músculos. No conocía bien el pueblo, por lo que se dedicó a callejear sin rumbo. Había sitios que ya conocía, pero la mayoría le eran ajenos.

Hasta que, al doblar una esquina y avanzar por un pequeño callejón, se topó con una valla que le resultó familiar. Lo único era que la otra vez que la había visto era desde otra perspectiva. Al levantar la mirada y ver la casa que había tras la valla cayó en la cuenta: era la casa de los Ramírez, solo que la parte de atrás.

La curiosidad le hizo bajar el ritmo un poco más. En el porche de la casa reconoció a la señora Ramírez abrazada a un hombre joven. Le pareció que lloraba. La mujer levantó la mirada por encima del hombro en el que lloraba y vio a Ela tras la valla. Entonces advirtió al hombre con el que estaba y éste se giró a mirar. Ela dedujo por la edad del hombre, unos veintipocos, que era el hijo del matrimonio Ramírez.

Ela se quiso hacer la despistada al darse cuenta de que la habían reconocido. Siguió con la mirada al frente, pero sabía que la estaban mirando y sentía esa vergüenza que hace que quieras volatilizarte. Pero aquello no sucedió. Lo que pasó es que el hombre la llamó, a voz en grito, mientras se acercaba a la puerta trasera de la finca, la que daba al jardín.

—¡Eh! ¡¿Qué hace usted ahí?!

Ela estuvo tentada de acelerar y poner tierra de por medio, pero ya la habían reconocido. Además, tampoco estaba haciendo nada malo.

Se detuvo.

—Hola —dijo aparentando sorpresa.

El hombre, que cuanto más se acercaba más joven parecía, salió a la calle por la pequeña puerta. La madre esperaba en el porche de la casa. Observaba como un cachorro.

—¿Qué más quieren de nosotros?

—No sé a qué se refiere. De hecho, ni siquiera sé quién es usted.

—Yo sí sé quién es usted. Es la señora Ribas, ¿verdad? Mi madre me ha dicho lo que han

hecho ustedes hoy.

—¿Y usted quién es?

—Soy Manuel Ramírez, hijo del doctor Santiago Ramírez. Por si no se acuerda, es al que han acosado ustedes esta mañana.

«Y lo que le queda», malició Ela para sí.

—Mire, señor Ramírez. Yo solo he salido a hacer un poco de deporte. Mi intención no era acosar a nadie.

—No, claro. Ustedes solo quieren colgarle a mi padre lo que ha pasado en ese antro.

—Se equivoca le digo —dijo Ribas con ánimo de no discutir—. Entiendo su situación y les pido disculpas a usted y a su madre si les he importunado, pero no era mi intención.

—Que sepa usted que voy a hablar con quien haga falta para que dejen de acosar a mi familia y que les echen del caso —decía manteniendo el dedo cerca de la cara de Ela—. Y en particular a usted.

Ribas tuvo que hacer un esfuerzo para no reducir al chaval y llevárselo al cuartelillo por amenazas y conducta violenta, pero se aguantó las ganas.

—Llame usted a quien tenga que llamar. Yo me marcho.

La tarde no podía haber sido peor. Ela llegó a la habitación y se metió en la ducha. Lo único que quería ahora era echarse a dormir y coger algo de fuerza anímica para continuar en el caso. Empezó a rondarle la cabeza entregar los informes a sus superiores y perder de vista a Minaya, a Rendón y, sobre todo, a Paul. Al fin y al cabo, era lo que habían venido a hacer: recabar todala información que pudieran y dejarle el caso a otro más listos. Ya lo dijo Fonseca, ellos solo eran lo mejor que habían podido encontrar un puente de agosto.

Se sentó plácidamente a meditar, con todo el ritual de incienso y alguna vela. Llevaba su respiración sin prisa, tal y como le habían enseñado, pero, lejos de dejar la mente en blanco, los pensamientos se le acumulaban. Tuvo que dejar la meditación a medias, con lo mal que le sentaba eso.

Lo más mundano no dejaba espacio para lo espiritual.

Ahora Paul le estorbaba. Ya no le parecía ni tan buen profesional. En realidad, no sabía si él estaba realmente cansado o era una forma amable de darle con la puerta en las narices. Él es un hombre listo, pero en lo suyo. Quizás las relaciones y las conversaciones que discurrían bajo el radar de la literalidad no se le daban bien.

En eso pensaba mientras se metía en la cama y, aunque no tenía ganas, buscó en el sistema los informes sobre las habitaciones de los sótanos y la casa de campo de Ramírez. Luego se pondría con las líneas generales de la declaración que tenían que tomarle a Santiago Ramírez, si le dejaban los médicos y, sobre todo, su protector hijo.

# 21

Cuando Minaya entró al coqueto salón de desayunos del hotel vio a Paul en una de las mesas. Ellos no se conocían en persona, pero Minaya había hecho los deberes y había cotilleado algunos datos del *crush* informático de su jefa. Las pocas fotos que había encontrado no le hacían justicia.

Minaya se presentó lanzando la mano por encima del portátil que tenía abierto. Mientras Eusebio le daba la vuelta a la taza que había sobre la mesa, el hombre le saludó amablemente. Era un tipo de una sonrisa agradable y honesta. Se fijó en que ya había terminado de desayunar.

Cuando Ela entró por la puerta, Minaya ya estaba sentado con su mezcla de *Cola-cao* y café en la taza y un par de tostadas con aceite y una loncha de jamón serrano.

—Buenos días —saludó de manera seca—. Veo que ya os conocéis.

Minaya asintió y levantó una mano en señal de saludo. La entrada le había pillado con la boca llena.

—Buenas —dijo Paul—. ¿No habíamos quedado a y media?

—No, tú tenías que estar a y media porque Rendón te está esperando en la puerta. Lo reconocerás porque va en un patrulla local. Que te lleve a la gasolinera y te explique dónde están los ordenadores. Allí, ya sabes: inventario bien hecho y a currar. No hace falta que me avises a cada pista que encuentres. Solo lo importante de verdad.

Paul recibía las órdenes con especial atención, como si le estuviesen dando la lista de la compra y no tuviese dónde apuntar. Cuando Ela hubo terminado, Paul guardó el ordenador en una mochila negra y se fue. Se le notaba aturdido por lo cortante del tono de Ribas.

—Vaya despertares tienes —le reprochó Minaya—. Igual un día estás pletórica que al siguiente estás cabreada. ¿Tan mal lo hace el alemán?

—No es alemán, es de Murcia. Sus padres son alemanes.

—Vale, vale, ¿pero tan malo es?¿Qué pasa, que es un egoísta?

—No sigas. No hubo nada.

—Ah, es eso. Si me tuviese que cabrear yo cada noche que no me salen los planes de follar…

—Ni me gusta este tema ni creo que tengamos la suficiente confianza. Déjame desayunar tranquila, por favor.

—¿Y luego dónde vamos?

—Al hospital a interrogar a Ramírez. Y te cuento lo que me pasó ayer.

El trasiego de enfermeras y pacientes no se parecía en nada a lo que normalmente veía Ela en Madrid. La primera planta estaba casi vacía. Al fondo del pasillo estaba el policía encargado de la custodia del detenido y, frente a él, un hombre trajeado que Minaya y Ribas intuyeron que era un abogado. El hombre, al verlos acercarse, se puso de pie. Cuando los policías se acreditaron ante el custodio, el abogado les impidió el paso aludiendo al derecho a secreto en las reuniones entre abogado y cliente. Luego, tocó en la puerta y entró como una lagartija cuidando de que no

se viese el interior de la habitación.

—Nos han madrugado —murmuró Minaya.

Se sentaron a esperar con toda la paciencia que podían tener. El abogado salió y les pidió, por favor, que esperaran unos minutos. Ela se puso a mirar iPad y Minaya daba pequeños paseos por el pasillo.

Al cabo de una media hora larga, otro abogado salió de la habitación junto al hijo del doctor Ramírez, que los miró con cierto aire de superioridad, manteniéndose callado.

—Soy Augusto Romero, abogado del señor Ramírez.

Ambos policías le estrecharon la mano. El hombre era bajito y tenía una panza de las duras, forjada con los alimentos sacados de los hornos de leña y regada con buen vino de Valdepeñas.

—Mi cliente está dispuesto a colaborar, pero de forma oficiosa. Quiere hablar con ustedes y ayudarles en lo que pueda. Su declaración formal le será enviada al juez a su debido momento.

—Pues muy bien —soltó Ribas mientras esquivaba al abogado para entrar.

Antes de hacerlo, el hijo de Ramírez se disculpó ante Ela por el comportamiento de la noche anterior.

—Buenos días —saludaron al unísono. Luego Ribas tomó la iniciativa—. Lo primero de todo: ¿qué tal está usted?

—No me quejo, podría estar peor.

Las vendas en la cara y el cuello ocultaban la verdadera magnitud de los daños. En alguna zona que las vendas no cubría, se podían ver las laceraciones propias del fogonazo. Sobre todo cerca del ojo.

—Su abogado dice que está dispuesto a colaborar.

El hombre asintió como pudo mientras se acomodaba en la cama.

—Dijeron ustedes que tenían a la niña.

—¿Eso dijimos? —le preguntó Ribas a Minaya.

—No lo recuerdo —Minaya le siguió el juego.

—Sí, lo dijeron. ¿No es verdad? ¿No la tienen?

—No, señor. No la tenemos. Para serle sinceros, estamos muy lejos de conocer el paradero de la niña. Confiábamos en que usted pudiera ayudarnos. Por empezar en algún punto: ¿de dónde ha salido la niña?

—A la niña la trajo Sanchís. No me dijo quién era. La llamaban Sandra.

—¿Y dónde va Mireia con Sandra?

—Yo no sé dónde iban, pero sí sé para qué iban allí.

—Somos todo oídos.

—Sanchís tenía a la niña bajo custodia.

El hombre se paraba a cada momento, sabiendo que lo que iba a decir no era agradable.

—Siga, por favor. ¿Qué quiere decir con eso de bajo custodia?

—Que tenía un acuerdo para esconderla un tiempo. Ni más ni menos. Luego se la llevaría a su dueño.

—¿Su dueño?

—Sí.

—¿Qué tiene de especial la niña?¿Por qué la quieren?

—¿La quieren con fines sexuales? —preguntó Minaya.

Ramírez se colocó el flequillo, a continuación pasó la mano por la frente buscando la respuesta menos dolorosa.

—¿Y cuándo se hará esa transacción?

—Eso no lo sé —el hombre empezó a lloriquear—. Les juro que no lo sé.

—¿Y usted qué hacía en todo esto?¿Cuál era su lugar en la trama?

—Yo solo era el pediatra de la niña. Me limitaba a realizar mi labor como médico.

Minaya no terminaba de calibrar lo que estaba escuchando, mientras que Ela disparaba preguntas sin descanso:

—¿La niña estaba sana?¿Le hacía usted revisiones de carácter ginecológico?

—¡No, por el amor de Dios! —sollozó— Y no lo hacía por dinero, lo hacía por miedo. Sanchís me amenazaba con hacerle daño a mi familia.

—¡Por favor! —exclamó Ribas—. Es usted un sucio cobarde.

—¡Sí! Lo soy.

—¿Y dónde cree que puede llevar a la niña?¿Cree usted que Mireia quiere llegar hasta el final con el negocio?

—Por supuesto, Mireia era la peor de las dos. Era la más retorcida.

—¿Dónde puede haber ido?

—Pues a Madrid, por supuesto. En este país todos los caminos pasan por Madrid.

—Supongo que es todo por ahora. Gracias por su colaboración.

—Un momento, por favor —interrumpió Minaya—. Antes de Ainhoa había otra chica, ¿verdad?

—Sí. Ella se enfrentó a Sanchís porque no le gustaba el negocio.

—¿Y qué pasó con ella?

—Ni idea, de verdad. Despareció de un día para otro.

—¿Y nunca más se supo de ella? ¿Pudo Sanchís hacerle daño?

—No lo sé. Se lo juro.

—Ahora sí creo que es todo. Gracias.

Al salir del hospital se metieron en el único taxi que vieron. Ribas tenía un gesto serio y pensativo. Miraba el iPad con impaciencia, refrescando la pantalla de la plataforma de la Policía Judicial.

—Nada, que no sacan ni una muestra de ADN. A ver, nada, lo que se dice nada, tampoco es. Hay restos de somnífero en los análisis de pelo de la niña, de lo que deducen que la niña estaba siendo drogada de manera sistemática. Pero seguimos sin poder identificarla. No hay coincidencia con ninguna de las muestras de niñas desaparecidas que tenemos.

—Lo que yo te digo, unos hijos de puta —dijo Minaya—. Al menos podemos descartar el ajuste de cuentas. Creo que tenemos una sospechosa ganadora: la tal Mireia.

—Pero parece imposible encontrarla a estas alturas.

—Pregúntale a tu amigo el *hacker* alemán —bromeó Minaya.

—Cuando lleguemos al cuartelillo le llamo. Es momento de ordenar las pruebas y elaborar un informe.

—¿Entonces vas a entregar el caso?

—Si te soy sincera, creo que es lo mejor. Ya no tenemos mucho más que buscar aquí y encontrar a la niña me parece misión imposible para nosotros tres. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé. Creo que hay algo que merece la pena en este caso. Esa niña debería saber que hay alguien que se preocupa por ella. No es justo que crezca sin saberlo. Ponte en su lugar: eres una niña que no ha conocido nada de afecto desinteresado. Y van a venderte a un puto depravado que te querrá hacer cosas que ni sabes que se pueden hacer. ¡Por Dios, es una niña!

—Con las armas que tenemos no podemos ayudarla. A estas horas es posible que esté ya vendida. Y el que la haya comprado es un hombre con dinero. Con mucho dinero, así que salir del país no le será difícil.

—Soy el primero que quiere irse a casa y disfrutar del verano bajo el chorro de mi aire acondicionado, pero tenemos que intentarlo. Si dejamos esto así, quién sabe cuándo lo remotará otro equipo. Vamos a darnos unos días. ¿De acuerdo?

# 22

Emilio Rendón y Paul *Linux* Krause entraron a la sala de reuniones del cuartelillo con pinta de tener prisa. Llevaban sendas torres de ordenador bajo el brazo. Se les notaba animados. Cualquiera diría que se habían caído bien, lo que era normal porque Krause era un tipo de esos que saben ganarse a la gente.

—Ela, tenemos mucha tela que cortar aquí —dijo Paul señalando el ordenador que llevaba bajo el sobaco.

—¿Habéis visto ya algo?

—Algunas cosas, ahora os cuento.

Rendón salió a buscar los monitores que faltaban. En diez minutos Krause ya tenía los ordenadores funcionando sobre la mesa.

—Empezamos por este —los tres arremolinaron sus sillas tras el informático—, que es el importante. Desde aquí lo manejaba todo. Mirad, esta es la plataforma del porno. —¿No había contraseña? —preguntó Minaya.

Paul le miró con displicencia y se negó a contestar.

Ela se vio obligada a mediar:

—Paul sabe lo que hace, una contraseña de Windows no es obstáculo para él.

—Este es el perfil de creador de contenido. Los vídeos de las chicas y todo eso están aquí. Las estadísticas de visualizaciones y todo eso está aquí. Los directos son la principal fuente de ganancia. Aquí están el número de suscriptores, por ejemplo. Estos son los informes de ganancias por meses.

El cursor del ratón se detuvo en el mes de junio y la cifra que salió en el monitor sorprendió a Minaya:

—¡¿Eso es de un mes?!

Ela se adelantó a la broma que venía del guardia civil:

—Sí, Eusebio, sabemos lo que estás pensando, pero no creo que tú pudieras vivir de esto.

—No pensaba en mí, listilla —replicó—, pensaba en Rendón.

—Sigo: Todo esto es perfectamente legal. Al menos transparente. De hecho, hay un tío en Denver que se la pela como un mono a la hora de la ducha. Además, los pagos coinciden con los movimientos de las cuentas del banco.

—Tendremos que ver bien los movimientos de dinero.

—Eso será luego —siguió Paul—. Ahora vamos con las comunicaciones. Tiene lo típico de mensajería instantánea. Tampoco hay nada turbio. Se pueden sacar contactos importantes y quizás cruzarlo con otras investigaciones, pero no es lo que nos ocupa, ¿verdad?

—Pues no —dijo Ela—. Queremos alguna pista de la niña y de la hipotética transacción. Mensajes, números de teléfono…

—Aquí la cosa se complica. Hay una aplicación que está altamente codificada. Seguridad nivel Mossad, para que me entendáis.

—¿Hay algún número de teléfono o algo así que se pueda rastrear?

—Nivel Mossad significa que son muy celosos de su intimidad.

—Danos algo, Paul —pidió Ribas poniéndole la mano en el hombro.

—La gente que usa esto paga mucho dinero por su privacidad, esta red de mensajería es lo que es por su seguridad. No usan las redes de datos de todo el mundo y no hay un números de teléfono de Orange ni de Movistar asociados.

—¿Esto va por la *deep web* esa? —preguntó Rendón.

—No —contestó Paul—. Esto es a plena luz del día.

—¿Pero se puede saber si Mireia sigue en contacto con el comprador?

—No me deja entrar, la clave para *logearse* es una distinta cada vez y la doble autenticación tiene un dispositivo móvil asociado.

—¿Se supone que desde el móvil asociado puede mantener contacto con el comprador o necesita el ordenador también?

—Desde el móvil se puede, es desde la versión de sobremesa desde la que se requiere la doble verificación.

—¿Hay alguien muy muy listo que pueda ayudarnos?

Paul se levantó de la silla y anunció que iba a por un café.

—Se nos ha enfadado el alemán —bromeó Minaya.

Ela se quedó con las manos en la cara, pensativa. Tenía ese gesto en la cara del tipo que ha fallado el último penalti de la tanda. Pasó las manos por el pelo y se quedó unos segundos mirando al infinito:

—Ahora sí que estamos perdidos. Es hora de entregar el caso.

La reunión fue pospuesta por el teniente coronel Fonseca hasta las nueve y media de la tarde. Ribas tamborileaba con los dedos sobre la funda de su iPad y su nerviosismo se trasladaba al resto del equipo. A todos menos a Minaya, que miraba su móvil distraído. La sensación de derrota flotaba en el ambiente.

A la hora acordada, la segunda de las horas programadas, con puntualidad militar, Fonseca entró en la sala junto con el teniente Ramos. Saludaron solemnemente y se sentaron frente a ellos. Ela tomó la palabra:

—Señores, como encargada del grupo de investigación del caso Mirnoa, me veo en la obligación de informarles de que las pesquisas se encuentran en punto muerto. Tanto los procesos técnicos como los humanos nos han llevado a vías muertas. El paradero de la principal sospechosa de los asesinatos, Mireia Puertas, y de la niña con la que viaja nos son imposibles de averiguar con los datos de que disponemos. Por lo tanto, mi deber me obliga a proponer la disolución de este grupo de investigación y dejar el caso en manos del juez. Los informes estarán a su disposición mañana por la mañana para su aprobación y posterior entrega al juez.

—¿Los interrogatorios han llegado a su fin? ¿No cree que se podría forzar un poco más la voluntad del doctor Ramírez o incluso su esposa?

—No lo creemos, señor. El doctor Ramírez colaboró cuanto pudo de manera extraoficial.

—¿Y a qué se refiere con los medios técnicos?

—El software y los dispositivos empleados en las comunicaciones son de alta seguridad. Para ponerlo en términos mundanos: como si el Mossad se encargara de la seguridad.

—Bien —dijo Fonseca—. En vista de lo expuesto, mañana por la tarde tendrán noticias sobre su proposición. Hasta entonces, permanezcan en el pueblo. Si necesitan organizar desplazamientos, que sean programados a partir del jueves, por favor.

»En cuanto a usted, Rendón, muchas gracias por su ayuda. Me consta que ha hecho un buen trabajo. Mañana puede incorporarse usted a su antiguo puesto.

—Gracias por confiar en mí, señor.

# 23

Minaya llamó a Alba para saber si todavía estaba en el pueblo. Quería despedirse de ella. Siempre le habían enseñado que a una persona se la conoce por cómo llega y cómo se va de los sitios. La periodista le contestó con un escueto mensaje de voz.

En el bar de Jenaro se notaba más trasiego que la primera noche que cenó allí. Las fiestas ya habían terminado y la gente hacía vida normal de agosto.

Las noches al fresco.

Minaya encontró un sitio en la barra. Pidió una cerveza y un bocadillo de panceta.

Alba apareció a su lado tras esquivar a un grupo de chavales que gritaban y reían.

—Yo quiero otra cerveza.

—¡Jenaro, otro tercio, por favor! —luego se dirigió a ella— ¿Quieres algo de comer?

—No, ya he picado algo. ¿Qué tal va la investigación?

—Por eso quería quedar contigo. Nuestro trabajo aquí ha terminado. Nos mandan para casa.

—¿Y eso?¿Ya habéis encontrado al asesino?

—No. Es solo que estamos en punto muerto. El jueves nos vamos.

—Joder, qué pena, ¿no?

—Bueno, aquí ya hay poco que rascar.

—Yo me quedaré aquí. He encontrado una historia, una de las buenas.

—Me alegro, periodista. ¿Qué historia es?, si puede saberse.

—Sí, claro. La desaparición de Estela Tormo. Ya sabe, la chica que trabajaba en el Oasis.

—En el Mirnoa —corrigió Minaya—. Ya sabe, de Mireia y Ainhoa.

—Antes era Oasis.

—Sí, todo cambió cuando trajeron a la niña.

—Seguro que te sale una gran historia.

—Sí, para el Pullitzer —bromeó—. ¿Entonces no se sabe nada de la niña ni de Mireia?

—Nada. Han desaparecido. Es probable que ya esté hecha la entrega y que nunca más se sepa.

—Pues vaya mierda, ¿no?

—Ya lo creo.

Siguieron bebiendo cervezas unas rondas más y terminaron con un par de chupitos cada uno. Al final, Alba se despidió deseándole buena suerte y ambos se prometieron seguir en contacto.

Minaya se quedó atornillado a la barra del bar con un whisky con hielo en vaso corto. Pensó en mandarle un mensaje a su novia para decirle que el jueves volvía a casa, pero decidió no enviarlo y esperar a que la noticia fuese confirmada.

No hicieron falta muchas disculpas. Cuando Ela vio el mensaje donde Paul le pedía quedar a tomar una cerveza, se fue a la ducha sin tiempo que perder. Luego contestó que vale. Una respuesta con la que aparentaba poca ilusión. Pero la ilusión se le vislumbraba entre los botones

de la blusa blanca.

Él la estaba esperando en la puerta del hotel. Se fueron a dar un paseo por las afueras del pueblo, como ella sugirió.

Fueron unos diez minutos de charla vacía y anodina. Ese tipo de juego de seducción en el que Ela no sabía desenvolverse. Así que, sin pensarlo más, se envalentonó y pasó al ataque:

—Oye, Paul, yo lo que quiero es follar.

# 24

Si Minaya no llevase en la vida tantos años se podría haber sorprendido por la noticia que le dio Ribas en el desayuno. Entre tostada y tostada, Ela le dijo:

—Anoche envié los informes a Fonseca. Y el tío los ha leído ya. Esta mañana me ha llamado y me ha dicho que tú y yo nos vamos a Madrid.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. Mañana a las once de la mañana tenemos una reunión con un compañero del CNI.

—¿Te ha dicho para qué?

—No, pero imagino que tienen algo para rastrear el móvil de Mireia.

—Tienes que darme tiempo a hacer la maleta y tengo que comprar ropa interior también, que venía para un par de días y mira cómo estamos.

—Hay servicio de lavandería en el hotel, ¿lo sabías?

—Ya, pero no nos da tiempo.

Bebió dos sorbos de su café con cola-cao y a su mente vino el informático alemán. Dudó si preguntarle a Ela, pero prefirió no hacerlo.

Una vez hubieron terminado, Minaya se subió a la habitación para preparar la maleta.

Poco después, durante el segundo café de Ribas, entró por la puerta Paul Krause obsequiando a Ela con una amplia sonrisa de buenos días. Ella respondió con un ligero rubor en los pómulos. El informático del *crossfit* resultó ser un amante fogoso… y generoso.

—Tengo algo que puede ser interesante.

—Soy toda tuya —el tono sugerente hizo sonreír a Paul.

—Sobre el caso, me refiero. Mira, he estado revisando los mensajes y correos y hay una empresa con la que Mireia acuerda contactos en persona con Ainhoa y otras chicas. Es como una representante de chicas de compañía o algo así.

—¡No me jodas! ¿Y podemos saber dónde está esa empresa? Ya que vamos a Madrid, podríamos hablar con ellos, si están en Madrid.

—Los datos nos los tendría que dar la plataforma, y no lo harán sin una orden judicial.

—Se llama *Contactme.com* y tiene sede fiscal en Madrid, sí. En el centro.

—Perfecto, mañana nos pasamos por allí.

—Oye, Ela —dijo Paul con la precaución de quien va a tocar un asunto espinoso—, sobre lo de anoche…

—No hay nada que decir, Paul. Estuvo bien, ya está.

—Bueno, me preguntaba si realmente nos íbamos a quedar en eso, en un rollo de una noche.

—Tendremos que verlo, Paul, pero sin prisas.

# 25

La oficina de la web *Contactme* era una puerta en el segundo piso del número cuatro de la calle Abada. Tras la puerta, un hombre que ya no era joven vestido como un rapero. No parecía acostumbrado a tener a dos personas en su oficina. De hecho, apenas cabían tres personas en aquel cubículo.

—¿Qué desean?

—Somos de la Policía Judicial. Estamos investigando una desaparición.

El hombre no se puso nervioso, les hizo pasar y les pidió que se pusiesen cómodos, si podían.

—Soy Juan Galván, ¿cómo podemos ayudarles?

Hablaba como si hubiese cien personas trabajando en aquella oficina.

—Verá, necesitamos saber si conoce a Mireia Puertas. Al parecer, está vinculada a su web.

—¿A cuál de ellas?

—¿Cuántas tiene?

—Unas pocas, la verdad. Pero estamos creciendo.

—No parece un negocio en vías de expansión —dijo Minaya mirando a su alrededor.

—Eso es porque nuestros servidores están en dependencias más adecuadas. No se engañen, nuestro volumen de facturación está creciendo a buen ritmo.

—No lo dudamos. Pero, céntrese en Mireia Puertas, por favor.

—Comprenderán que no seríamos una organización seria si les diese los datos de mis colaboradores sin una orden judicial.

—Somos muy comprensivos, señor Galván, pero entienda usted que es una cuestión de cierta urgencia y que en agosto, por la tarde, ya sabe… Los jueces…

—Dígamelo a mí, que tendría que estar en un yate en Marbella y estoy aquí. Claro, si quieres hacer pasta tienes que currar. Liberal, sí, pero currante. Es el problema de la administración, ¿saben? No funciona. Lo digo siempre: menos administración, más libertad. ¡Vamos, no me creo que en la era de la comunicación no sean capaces de traer un PDF con la orden judicial!

—Podríamos tener una orden esta misma mañana —intervino Ribas—, pero no queremos datos oficiales. Sólo queremos saber a qué se dedica Mireia Puertas.

—Extraoficialmente les diré que es una muy buena colaboradora nuestra y que, según se dice, tiene unas redes muy consolidadas fuera de internet.

—¿Puede detallar, por favor?

—En este campo hay dos vías para hacer dinero, la de internet, con los directos, los vídeos, y todo lo que se mueve alrededor y la vida real. Lo que pasa fuera de la fibra óptica. ¿Me siguen?

Ambos policías asintieron.

—Bien, pues Mireida, que ese es su apelativo por aquí, contacta con las chicas que tienen más tirón y las saca a fiestas privadas. Ya sabe, a ganar más pasta.

—¿Alto *standing*?

—Bueno, hay de todo. Gente que se cree que es de alto *standing* y fiestas de gente que son de alto *standing*.

—¿Hablamos también de menores de edad?

—¡No, no, no! —se mostró tajante—. Por ahí no paso. Nunca.

—¿Usted no trabaja fuera de internet?

—No, ya lo probé y no es rentable.

—¿Podríamos hablar con alguna chica que conozca en persona a Mireida?

—Yo no puedo facilitarles ningún contacto. Podría intentar concertar una cita, pero no garantizo nada.

Minaya apuntó su número de teléfono y su nombre en un *post-it* y lo pegó en el monitor:

—Llámenos si consigue esa cita.

Aprovechando que estaban por el centro, Ribas sugirió comer un bocadillo de calamares acompañado de una caña cerca de la Puerta del Sol. Un bar con solera en la calle Postas. Uno de los camareros la saludó por su nombre, algo que a Minaya no se le pasó por alto.

—Hay otro más adelante, pero a mí me gusta este.

El ambiente era ensordecedor, con los camareros gritando comandas a la cocina, que no paraba de sacar platos por la ventanita que comunicaba con la barra. La gente hablaba a gritos y en el suelo los papeles finos de las servilletas usadas se amontonaban en los rincones.

—¿Qué te parece el figura? —preguntó Ela.

—¿Galván? Un pobre hombre que no se entera de nada. Un currante liberal, casi nada. Supongo que también los quiere Dios.

—¿Y de la *madame* 3.0?

—Siempre ha habido dinero alrededor del sexo, y siempre hay gente alrededor del dinero. Cambiarán las formas, pero no la idea.

—¿Crees que la encontraremos?

—Creo que estamos más cerca que ayer, desde luego. Pero nos falta algo, un empujoncito.

—A ver la reunión de mañana.

Minaya no tenía muchas esperanzas en aquella reunión. Pero era cosa de la edad, uno ya no espera mucho de la vida. Pero Ribas sí, a ella se le notaba cierta energía proveniente de la juventud, de la ingenuidad tal vez.

# 26

El corazón de Pippo es un músculo sano, pero necesita acción. Es un chico joven, y no es de piedra. Cuando la clienta pasa de la habitación al baño, en bragas y con una camiseta de algodón, no puede evitar mirarla. Ella ha pasado casi de puntillas, sin hacerse notar. No ha dado ni los buenos días.

Él disimula mirando el móvil, luego oye el ruido de la cisterna, después el correr del agua del grifo del lavabo. La oye lavarse los dientes y la imagina echándose el agua fresca por la cara sin maquillaje. Espera con cierta ansiedad a que salga.

Sabe esperar, pero esta paz sexual empieza a desesperarle.

Al fin sale, pero su paso es tan efímero que no le da tiempo a fijarse más que en un detalle. Los pies: pequeños y ágiles; las uñas pintadas en rojo intenso.

«Rojo pasión», se dice a sí mismo.

Ahora sí le ha saludado. Y le ha avisado de que iba a vestirse.

Pippo trata de distraerse con el teléfono, pero le resulta imposible. No deja de pensar en aquellas palabras: «te gustaría follarme» dijo ella. Rematando con un «¿verdad?». Claro que era verdad, estaba deseando hacerlo desde que la conoció. Además de por su belleza, lo deseaba por su actitud. Una forma de moverse y de pasar por la vida que le resultaban extremadamente atractivas.

Por no pensar en aquellos pies.

Sale de la habitación vestida como una bañista veraniega más. No pasará desapercibida porque es bella y sensual.

—Voy un rato a la playa, antes de que se llene de babosos.

¿Eso va por él? En otra ocasión Pippo no hubiese pillado la indirecta, pero se siente aludido por el insulto.

Trata de disimular el daño del golpe perdiendo la mirada en el móvil y contesta distraído:

—No deberías, puede ser peligroso.

—¿Tú crees? —le desafía—. ¿Quieres bajar conmigo a cubrirme las espaldas? Mejor quédate cuidando de la niña.

Prefiere no contestar y le permite salir como hace un padre resignado ante el descaro de una hija.

Cuando ella desaparece por la puerta, él camina hacia el balcón para verla salir. Una avenida separa el edificio de la arena.

La ve dirigirse hacia una tienda del paseo. Se prueba varias pamelas bajo la atención de la dueña. La última que se prueba es la elegida. Camina con gracia tapada con la pamela y se pierde entre las sombrillas que ya cubren la playa.

Él se queda allí, en la terraza, pensando, fantaseando. Quién sabe, cuando vuelva, quizás hagan el amor allí mismo, en el balcón.

# 27

El edificio donde estaban citados no desentonaba con el aspecto general de los edificios del entorno. Pegado a la M-40, entre las sedes de una energética y de un grupo de seguros de salud, el edificio parecía un lugar más de oficinas. Era difícil pensar que allí había un centro de espionaje. Cierto es que sólo un espía como James Bond, de mentira, se presenta con su nombre y apellidos en todas partes. Así que a Minaya le resultó lógico que no hubiese un gran cartel anunciando la naturaleza de aquellas oficinas.

En la recepción les pidieron las acreditaciones y, al poco tiempo, una mujer les dio las bienvenida y se presentó como Alicia Fortes. El apellido, sumado al leve acento que tenía, hizo pensar a Minaya que la mujer no era precisamente de Jerez de la Frontera.

Les hizo acompañarla a través de unos pasillos hasta un ascensor. Una vez allí, les invitó cortésmente a pasar antes que ella. La mujer pasó el reloj por delante de un sensor y el ascensor se movió auntomáticamente.

«Si dinero hay, lo que pasa es que a Leganitos no llega», pensó Ribas.

Una voz masculina anunció la llegada al tercer piso, las puertas se abrieron y la mujer salió del ascensor sin decir esta boca es mía. Ellos la seguían, aunque andaba deprisa, con la certeza del que conoce el destino. Minaya se fijó en la cara tela del pantalón negro recto que lucía y en los zapatos de escaso tacón.

Después de pasar por una estancia de cubículos del estilo de los de las oficinas americanas, casi todos vacíos, llegaron a una sala de reuniones donde la cara del teniente coronel Fonseca era la única que les resultaba familiar.

El despliegue era de otra dimensión. «Con el presupuesto que se les cae a estos de los bolsillos, hacemos una comisaría nueva en Leganitos», se dijo Ribas mientras ocupaba una de las dos sillas vacías a este lado de la mesa.

Al otro lado, junto a Fonseca, se sentaba un hombre trajeado y totalmente calvo. La mujer que les llevó hasta allí, lejos de marcharse, se quedó de pie y tomó la palabra.

Presentó protocolariamente a todos los que estaban a la mesa. Minaya hizo un esfuerzo por recordar el nombre del tipo al que no conocía.

Fortes empezó explicando, de manera eficaz, el motivo de la reunión y el grado de confidencialidad de lo que allí se iba a tratar. Continuó detallando los pormenores del sistema informático que era objeto de la exposición.

La mujer pulsaba un botón de un aparatito que llevaba en la mano cada vez que hacía pasar una nueva diapositiva. No se limitaba a leer la pantalla, sino que desarrollaba los títulos de cada imagen con sorprendente locuacidad.

Repetía a menudo palabras como servicio secreto, Mossad o servicios de inteligencia en una exposición fluida y directa. Llegó al capítulo de análisis del ordenador de Sanchís que, para sorpresa de Ribas y Minaya, estaba allí, de cuerpo presente. Lo había sacado Fortes de debajo de la mesa, en un movimiento más propio de un espectáculo de magia que de una reunión de espías.

—Según todo lo antes expuesto y realizado el análisis del ordenador, hemos podido extraer

considerable información, principalmente conversaciones de mensajería. Dicha información se encuentra disponible en los dispositivos que se les entregarán al final de esta charla. Son dispositivos de uso restringido, lo que quiere decir que no puede copiarse la información contenida y que dejarán de estar activos en cuarenta y ocho horas.

»Un último detalle, esta información, dada su procedencia, no puede ser utilizada en un juicio.

—Pues vaya apaño —murmuró Minaya en voz voluntariamente alta.

—Minaya, por favor —intervino Fonseca—. El equipo del CNI ha trabajado muy rápido y de manera más que eficaz. Merecen un respeto.

—Sí, señor. Mis disculpas.

—No se preocupe —dijo Fortes—, entendemos su situación, pero es todo lo que podemos darles.

—¿Es ya el momento de las preguntas? —preguntó Ribas obviando la polémica— Es que tengo una pregunta.

—Adelante, por favor.

—¿Hay alguna secreta manera de localizar el paradero del móvil en cuestión?

Por primera vez Alicia Fortes se mostró descolocada. Miró al hombre silencioso que estaba junto a Fonseca, que asumió ser el destinatario de la pregunta:

—No sin comprometer nuestro conocimiento del sistema.

—Hay una niña en grave peligro —apuntó Fonseca—. Y aunque pueda parecer difícilmente creíble, es un peligro mayor que la muerte. Con el debido respeto, ¿es suficiente motivo ese como para comprometer su conocimiento del sistema?

—Me temo que no tengo acceso a ese nivel de seguridad. No podemos ofrecerle esa utilidad.

—Vale, nos apañaremos —sentenció Ribas—. Antes de esta reunión no teníamos nada. Por nuestra parte, es todo.

—Lamentamos no poder ofrecerles más ayuda.

—Muchas gracias por su exposición, señora Fortes. Y por toda la información. Es un gran trabajo.

Fonseca cerró la reunión con más palabras de agradecimiento por el esfuerzo del equipo del CNI.

—Pero, señor, ¿tanta reunión para esto? —preguntó Minaya levantando la memoria USB que le había dado la agente del CNI.

—No sabemos qué tenemos, Minaya. Confíe en el CNI, saben lo que hacen. ¿Ribas, usted qué opina?

Ela estaba pensativa, porque lo que quería era un sitio tranquilo donde poder ver y analizar la información del *pendrive.*

—No lo sé, señor. Ya lo he dicho ahí dentro, es más de lo que teníamos ayer.

—Ahora tengo que marchar. —Se metió en el coche oficial— Confío en ustedes.

—Vamos a mi casa —ordenó Ribas.

El piso de Ela era pequeño, de forma que la cocina y el salón eran todo uno. La terraza, eso sí, era tan grande como el resto del piso.

—Ponte cómodo. Hay cerveza en el frigorífico. ¿Me traes una, por favor?

Ribas desplegó una mesa que estaba atornillada a la pared. Situada junto a una ventana, lo que propiciaba que la luz incidiera de manera perfecta. Sacó un portátil y lo encendió.

Minaya puso dos latas de cerveza en una mesita que había junto a la de trabajo.

—¿Puedo pasar al baño?

—Sí, claro.

Cuando volvió, Ela estaba desesperada mirando a la pantalla, que presentaba un fondo muy bonito pero de escasa ayuda.

—¡Joder! Media hora en arrancar, macho.

Eusebio abrió las latas de cerveza y le ofreció una a la chica.

Al fin, el ordenador cobró vida y Ela pudo enchufar el USB. Los dos empezaron a leer con avidez. Tardaron un poco en entender la nomenclatura de la información. Estaban agrupados por día, con un encabezamiento que marcaba la fecha y después, en cada mensaje, la hora exacta en la que fue enviado, recibido y abierto. Uno de los problemas: todos estaban en inglés. De aquello dedujeron que el comprador no era español.

Después de dos o tres mensajes se acostumbraron al formato y empezaron a leer con más fluidez.

En algún momento, Ela movía la página cuando Minaya no había terminado, lo que venía a indicar que él tardaba un poco más que ella en leer. Minaya trataba de disculparse argumentando que no quería perderse ningún detalle.

Ela se detuvo en un mensaje. Volvió atrás para confirmar el día. Era un día antes de los asesinatos. Se lo señaló a Minaya poniendo el cursor sobre el mensaje.

*Confirmed Madrid 08/17?*

*Yes. Transfer completed*

Según eso ya era tarde. El dinero estaba en el bolsillo de Mireia y la niña era imposible saberlo.

Después de un par de días sin comunicación, concretaban el lugar. Ela traducía sobre la marcha:

—Lago del Parque del Retiro, silla de ruedas...

Se miraron entre confundidos y enfadados.

—A plena luz del día. Ni se cortan.

—Ya sabemos que la cría va drogada la mayoría del tiempo. Un rato más no será problema.

—Con esto no vamos a ningún sitio. Necesitamos más.

—A ver, quedan mensajes —dijo Minaya—. Sigue pasando.

—Sí, mira: pago recibido, qué bueno es hacer negocios con ustedes… sólo les falta quedar para pasar la Navidad juntos.

Ribas se levantó airada. Se bebió el último trago de cerveza y se llevó la lata a la cocina. Un ruido de portazo siguió al de la lata cayendo en la basura.

—¡Ela!

—¡¿Qué?!

—¡Que hay más! O mucho me equivoco o aquí dice que hay otra transacción pendiente.

—¿En serio?

—Hombre, tú me dirás. —Señaló con el dedo una línea.— Barcelona, veinticinco de agosto.

—Joder. ¿Pero dónde?

—Hay que hablar con Fonseca o con el juez o con el mudo del CNI. Tenemos que hacer algo.

# 28

Con la ayuda de la geolocalización del CNI consiguieron acotar la zona de búsqueda a un par de manzanas en Badalona. Cerca de la playa.

No iba a resultar tarea fácil encontrar a Mireia. Sólo tenían unas imágenes sacadas de unos vídeos antiguos y una foto de carnet que, como la mayoría de las fotos de carnet, poco se parecía a la realidad. A estas alturas, Minaya sabía que esas coincidencias en las que los policías se cruzaban con el sospechoso en la cola de la panadería sólo ocurrían en las películas y en las novelas.

Gracias a una fructífera labor de investigación policial llevada a cabo por un par de compañeros de la calle Leganitos, redujeron las sospechas a tres alojamientos turísticos que, según los registros de ocupaciones, habían sido alquilados por una sola mujer.

Dieron aviso a los cuerpos de policía locales de a quién buscaban. Con todo el trabajo previo hecho, se decidieron a dar un paso más. Había que encontrar a Mireia Puertas y a la niña secuestrada.

No podían tocar las puertas de los apartamentos sin más y dar los buenos días ya que Mireia estaría alerta. Tenían que hacer algo más sutil.

Decidieron dividirse para hacer guardia en los portales de los apartamentos que tenían en el punto de mira, pero, al ser tres pisos, tenían que descartar alguno. Al final, pensaron que la fecha de finalización del alquiler sería una buena pauta para descartar. Iban a dejar de lado el que tenía como fecha de salida de la inquilina una semana después del día de la entrega, pero Minaya tuvo una especie de arrebato de profesionalidad y pensó que no podían descartarlo tan rápido. Al fin y al cabo, quedaban tres días para la famosa fecha, así que pensó una forma para descartar el piso definitivamente.

Se presentaron en el edificio y se fueron al piso de debajo del de sus sospechas. Nada más llamar a la puerta, una señora de unos cincuenta años abrió amablemente. Como habían acordado, si abría una mujer sería Ela la encargada de comenzar la conversación:

—Buenos días, señora. Somos de la concejalía de turismo. Estamos haciendo un estudio sobre los apartamentos turísticos de la zona.

—Pero esto no es un apartamento turístico.

—Lo sabemos, señora. Venimos por el piso de arriba. El objeto del estudio es saber si los alojamientos cumplen con la ordenanza municipal del ruido.

—¿Los de arriba? ¡Nunca! En verano esto es muy complicado. A ver, que aquí donde me ven, yo también he sido joven y lo entiendo, pero hay cada uno… que se las trae.

—¿Ha notado en estos días ruido exagerado?

—Claro, las de esta semana, unas chicas muy monas ellas, empiezan la fiesta aquí y luego salen a las discotecas. Y vuelven por la mañana. Miren ahora, las once de la mañana y durmiendo la mona.

—¿Cuántas personas diría usted que hay en el piso?

—Unas cinco o así. Pero arman bulla como si fueran veinte. Cenan en la terraza. Pero cenan

en vaso, ¿me entienden?

—Sí, sí —dijo Minaya—. Muchas gracias, señora. Reportaremos su caso a la comisión. Muy amable.

—Pero que yo no he denunciado nada, que yo también he sido joven.

—Gracias, señora.

Salieron del portal satisfechos con la maniobra.

—Digo yo que podríamos hacer esto mismo con los otros dos pisos, ¿no?

—A mí me parece bastante eficaz.

—¿Siguiente parada? —preguntó Minaya.

—El treinta y dos de esta misma calle. Segundo B.

No se vieron con ánimos de arriesgar, así que repitieron la fórmula y se fueron a preguntar exactamente al piso de debajo.

Esta vez les atendió un hombre, por lo que le tocaba a Minaya soltar el rollo. Se atoró un poco al principio, pero se rehizo bien. El hombre entró como un Miura. Se quejó amargamente de los dos últimos veranos que había pasado y les contó todo tipo de anécdotas. Minaya insistía en que le hablase de la inquilina de esta semana, pero no soltaba prenda. Por suerte, en ese momento llegó la mujer con un par de bolsas de compra. El hombre le contó quiénes eran y la mujer se alegró de que el ayuntamiento pusiese algo de su parte para solucionar el problema. Ela encaminó la conversación hacia la vecina actual y entonces saltó la chispa.

No podía haber error. No podía ser una coincidencia. Una chica sola, muy guapa y una niña en silla de ruedas. «Dormidita ella», dijo la mujer. Que la chica fuera rubia y no morena no era concluyente. Cabía entre las posibilidades un cambio drástico de apariencia.

¿Y ahora qué?

Llamar a la puerta y dar los buenos días no era una opción. Esperar a que saliese a comprar algo para comer, por ejemplo, parecía lo más sensato.

Salieron del portal y se sentaron en un banco de la acera de enfrente.

—¿Pedimos refuerzos y una orden?

—Ni de coña —respondió Ribas—. Tal y como hemos obtenido las pruebas, nos costaría muchas explicaciones. Es mejor detenerla y luego ya lo explicaremos.

—Escribimos un bonito relato.

—Sí, bueno, ya sabes.

—Pero, ¿cómo la detenemos?

Ambos estaban un poco ansiosos ante lo que tenían. Por primera vez estaban realmente cerca de atrapar a la escurridiza Mireia Puertas.

Minaya miraba la puerta del edificio con intriga y se tensaba un poco cada vez que veía a alguien acercarse a ella, ya fuera para entrar o para salir. El hambre empezaba a hacerse notar en el vacío de los estómagos.

—A ver, quedan muchas horas antes de la entrega. Tenemos tiempo.

—¿Sugieres que vayamos a comer? —preguntó Ela.

Minaya no contestó. Ribas, algo contrariada, reformuló la pregunta mirando a la cara de su compañero. Pero Minaya se había levantado del banco de un salto y había echado a correr. Ribas le siguió sin saber qué pasaba, pero lo entendió en cuanto vio que un repartidor de comida llegaba al portal. Al hombre, vestido con un chaleco amarillo, no le dio tiempo casi ni a bajarse de la bici cuando tenía frente a sus narices la placa de Minaya.

—¿Qué pasa, hermano?
—Guardia Civil, amigo. Tienes que decirme dónde vas.
—Tranquilo, hermano. Tranquilo.
—¿A qué piso vas y qué llevas?
—Un pedido del Mcdonalds, hermano.
—¿A qué piso?
—Segundo B.
—¿Qué lleva el pedido?
—Un *Happy meal* y un menú mediano.
—Vale, te diré lo que vamos a hacer.

El repartidor trataba de aparentar normalidad, lo que le resultaba muy difícil con un policía a cada lado. Situados lejos del radio de acción de la mirilla, Minaya y Ribas esperaban a que alguien abriese la puerta.

El pulso se le aceleraba por momentos. Si Mireia Puertas estaba en aquella casa habrían acertado de pleno. Si no, las cosas se podían poner feas. Era la primera vez que pensaba realmente en las consecuencias de un posible error. Al otro lado de la puerta, vio los expresivos ojos marrones de Ela más grandes de lo normal y llenos de dudas. Él le guiñó el ojo intentando tranquilizarla, ¿pero quién le tranquilizaba a él?

El sonido de la llave en la cerradura les puso en alerta.

Una vuelta, dos vueltas.

La puerta se abre y el repartidor se aparta. Dos pasos atrás y uno al lado, como le había dicho Minaya.

Minaya entra con todo empujando la puerta y gritando, como manda el manual.

Se tira encima de una mujer menuda y de pelo decolorado, amarillo.

Imposible reaccionar para ella, que en la caída ha recibido un golpe en la cabeza. Por un segundo, Eusebio Minaya ve los ojos resignados de la chica. Por primera vez la tiene cerca. Le da la vuelta y le pone las esposas mientras le pregunta dónde está la niña. Desde el fondo del piso, la voz de Ribas le responde que está allí, dormida en la cama.

—¡Llama a la ambulancia! —ordena Minaya.

Con Mireia ya reducida y sentada en el sofá, tanto Ela como Eusebio la bombardean a preguntas. Ella responde únicamente una vez:

—Quiero hablar con mi abogado.

—Antes de eso voy a preguntarte un par de cosas —dijo Minaya enfadado—. ¿Dónde está la niña?

—En la cama —respondió Mireia con sorna.

Minaya le dio un bofetón de revés con la mano derecha que la chica no pudo encajar. Ribas agarró a su compañero y lo llevó hacia atrás.

—Déjame, esta va a hablar antes de que llegue la ambulancia.

Ribas se negó a soltarle.

—Suéltame, Ela, y bájate a ver si viene la ambulancia.

—Ni loca.

—Confía en mí. Además, si no estás presente no podrán acusarte de nada.

Ribas dejó libre a su compañero y se fue al descansillo a esperar a la ambulancia.

—Vas a hablar, ¿verdad?

—Quiero hablar con mi abogado.
Minaya le dio otro bofetón, esta vez con el anverso de la mano derecha.

# 29

Sale del lugar con una buena sensación. Ha anotado algunas cosas que le gustan. Ahora va a los restaurantes y mira con otros ojos. Entonces su mirada está transformada en la de un empresario. Por primera vez su objetivo real no es acabar con algo, sino crear algo. Lo ve realmente cerca.

Ahora piensa que quizás debería haberse quedado en la casa, cuidando la situación. Pero cuando decidió salir a comer no pensaba igual. Pensaba que si ella podía tomarse un respiro en la playa, él también podía comer fuera por una vez. Como un matrimonio mal avenido que está a las puertas del divorcio.

Camina por el paseo marítimo con las ideas claras y el ánimo alto. Cargado de optimismo. La sirena de la ambulancia no le turba. La ve pasar en su misma dirección, escoltada por un coche patrulla de la policía local.

Pasea tranquilo, observando la gente que se agolpa en líneas paralelas a la orilla y piensa en la tranquilidad de Villefranche-sur-mer. Pasa junto al edificio del apartahotel que le sirve de referencia.

Cuando dobla la esquina no puede creer lo que está viendo. Aquella ambulancia iba a su bloque y las luces de la policía también estaban allí. No podía ser casualidad, pero tampoco podía ser cierto. ¿Quién habría delatado su paradero? Nadie sabía lo suyo. Ahora la clienta dudaría de él. Lo cual era absurdo, pero en su situación… quizás…

Se queda totalmente petrificado. Por primera vez en mucho tiempo un ataque de ansiedad le asalta. Como si le hubiesen golpeado en el pecho. Creía que la ansiedad estaba superada, pero no era así.

Comienza a pensar mil cosas a la vez, todas ellas conducen a una calle sin salida. A su alrededor la gente se agolpa en busca del último cotilleo. Escucha muchas teorías ciertamente desencaminadas.

Decide quedarse hasta el final.

Después de unos minutos, la niña sale directamente a la ambulancia, apenas puede verla porque uno de los técnicos sanitarios la lleva en brazos mientras otra compañera la protege de miradas indiscretas haciendo pantalla con una toalla de playa.

Después de que la ambulancia salga de la escena, todo parece calmarse. La gente empieza a desfilar, pero Pippo sabe que falta alguien por salir. Viva, probablemente, aunque tiene que cerciorarse.

Un coche patrulla se ha quedado en la puerta del portal, lo que quiere decir que esto no ha acabado.

Minutos más tarde, la clienta sale escoltada por un hombre y una mujer. Él: cincuenta y pico años, moreno. Ella: menuda, seria y de aspecto activo.

Le es imposible establecer contacto visual con ella porque la llevan con la cabeza gacha. Como si estuviese revisandolos cordones de sus zapatillas.

Meten a la clienta esposada en el coche patrulla y entran ellos también. Un policía local es el que conduce.

El coche sale con parsimonia de la escena. Todo queda como estaba, aquí no ha pasado nada.

# 30

La comisaría de los Mossos d’esquadra tenía más cámaras de las que se veían. Esa era la fama del sitio: cada rincón es un ojo.

Minaya y Ribas veían el interrogatorio desde otra sala. Más cómodos y con una coca cola zero y una cerveza sobre la mesa metálica. Más nerviosos también, porque no podían intervenir de ninguna manera. Era como ver el partido desde el banquillo. De vez en cuando Minaya se retorcía en la silla. Sobre todo cuando uno de los abogados, el que llevaba la voz cantante, decía «no responda a eso».

Fonseca le pedía tranquilidad, pero le era imposible bajar las pulsaciones. En un movimiento de la detenida una mancha morada se dejó ver en el pómulo. Fonseca, en parte orgulloso, les preguntó qué había pasado. Minaya se adelantó y explicó que debió de ser en el momento de abalanzarse sobre la detenida.

Los interrogadores salieron de la escena después de dar la orden de detener la grabación. La imagen del monitor se fundió a negro y todo quedó en silencio.

—Han hecho un buen trabajo —dijo Fonseca—. La niña está a salvo y Mireia, la conseguidora y triple asesina pasará un tiempo en la cárcel.

—Hay una niña a la que no hemos salvado.

—Muchas —remató Ribas.

—Señor, creo que podemos apuntar más alto.

—Entiendo su frustración, Minaya, pero nuestro trabajo está hecho ya. ¿Le gusta el fútbol, Minaya?

—La verdad es que no, señor.

—Es igual, no se puede ganar siempre, a veces un empate es un buen resultado. Consideren esto como un empate.

—Señor, estoy con mi compañero. Tenemos una oportunidad de subir un escalón en la trama. De pillar a alguien más.

—Eso requiere mucho movimiento, me temo. No le den más vueltas. Ya es asunto de otros. Nuestro trabajo está hecho.

—Señor —dijo Minaya—, me gustaría hablar con la detenida, al menos.

—Por mi parte no hay problema. Ya veremos si sus abogados se lo permiten.

Cuando Mireia entró en la sala, Minaya y Ribas estaban tranquilamente sentados. Sin papeles, sin informes y sin *tablets*. Entró debidamente esposada y debidamente acompañada por dos agentes. Observó a los policías y les saludó amablemente.

—Aquí estamos otra vez —dijo al sentarse—. ¿Está más tranquilo ya, teniente?

—Sí, y con la satisfacción del deber cumplido.

—No les negaré que han hecho un buen trabajo.

—Todavía puede ayudarnos a hacer algo más.

—¿Yo? No veo cómo —dijo fingiendo inocencia— Yo no pinto nada aquí.

—Puede ayudarnos a coger a alguien más. Podemos ayudarla si nos ayuda a deshacer la trama.

—¡Qué ingenuo! No hay trama.

—Si hay un vendedor es porque hay un comprador.

—Sí, señora Ribas, claro que sí. Eso no quiere decir que el vendedor y el comprador estén compinchados. Verán, no están luchando contra un gran ente maligno. Esto es más una cadena en la que cada eslabón solo tiene contacto con el eslabón anterior y con el siguiente.

—Ayúdenos a llegar al siguiente eslabón y ya haremos nosotros el resto.

—No tendría sentido. Sería engañarlos, como jugar con un niño. No voy a hacer eso.

—¿Podemos ofrecerle un trato? —preguntó Minaya.

—Me sorprende su ingenuidad. Se lo digo en serio. Aquí no tienen nada que rascar ya. Pueden darse por satisfechos. Están vivos, lo cual es cuestión de suerte porque, como he podido observar, ustedes no tenían ni idea de que yo tenía un guardaespaldas. Y la suerte que tuvieron es que se fuese a comer a un chiringuito de playa que conocía de su juventid o algo así. Por eso no estaba en el piso cuando ustedes llegaron.

—¿Y por qué no actuó en ningún momento?

—Porque cuando llegó ya había ambulancia y mucha policía. No es lo mismo matar a un don nadie como Jony Sanchís que matar a unos polis.

—¿Entonces usted no mató a Jony Sanchís ni a Toñete ni a Ainhoa?

—No, por supuesto que no. Mis manos son muy delicadas como para mancharse de sangre. Así que pueden borrar el cargo de triple homicidio.

—Porque usted lo dice, ¿verdad? —soltó Ribas—. Así de fácil.

—No es eso, es sólo que no tienen pruebas de que yo haya matado a nadie. Ni siquiera van a encontrar las armas con las que se cometieron los asesinatos.

—¿Entonces su sicario le ayudó a escapar del Mirnoa con la niña?

—No se puede decir que esa sea una brillante deducción, ¿no cree?

—¿Y era necesario matarlos a los tres?

Mireia bebió un sorbo de agua antes de contestar.

—Ya sabe cómo son los soldados, uno los envía a solucionar algo y ellos hacen lo que saben hacer.

—¿No les tenía ningún cariño?

—Algo sí, claro. Lo que pasa es que le tengo más cariño al dinero.

—Hay una cosa que no me queda clara —dijo Ela—: ¿El negocio era de Jony? Quiero decir, él tenía el contacto para vender a la niña, ¿no?

—Eso es lo de menos, pero se puede decir que éramos socios.

—No me creo todo esto que nos está contando. ¿Usted es Mireia Puertas o quién demonios es?

—Digamos que soy un espejismo.

—¿Y qué va a hacer un espejismo en la cárcel tantos años?

—Venga, Minaya, no es para tanto. Piense que un día, dentro de varios meses, usted se acordará de mí, y le dará por buscar en los registros de la cárcel o en las bases de datos, y entonces verá que su espejismo ha desaparecido. Así, sin más.

—No puede sobornar a todo el mundo —replicó Ribas enfadada.

—Esa es la ventaja de todo esto, que no hace falta sobornar a todos, con uno o dos es suficiente.

—¿Pero tú sabes lo que estás diciendo?

El abogado de la chica entró de nuevo con su ayudante en la sala interrumpiendo la conversación.

—Señores, creo que ya han terminado.

—Danos diez minutitos, Pedro —dijo la chica—, por favor.

Los policías se quedaron un poco sorprendidos por la petición de la muchacha.

Cuando el abogado hubo salido de la sala, Mireia empezó a hablar de nuevo:

—Miren, si quieren saber de dónde viene todo, tienen que ir a por el doctor. Él tiene los contactos. Él es alguien más, él sí pertenece a una organización.

—Pero eso no puede ser. El doctor estaba al servicio de Jony, ¿no?

—¡No! Vamos, Jony era un mierda. El que manda es el médico, créanme.

—No lo entiendo. Hace un momento no había organización, ¿y ahora nos dice que Ramírez es un jefe de la organización?

—Yo no pertenezco a ninguna organización. Yo soy un enlace entre unos y otros, una conseguidora. Pero claro que hay organizaciones.

—¿Por qué nos lanza contra él? ¿Qué ha pasado en este rato?

—Supongo que me estoy ablandando. Eso, y que Ramírez es un hijo de puta. Él y su hijo, no se olviden del hijo.

—¿A qué se refiere?

—El hijo sigue los pasos del padre. De hecho, todo esto lo trajo él. Ese niñato viene con más fuerza, con más ímpetu. Por ejemplo, Estela le estorbaba, y la mató. Ni más ni menos.

—¿Podría usted declarar eso delante de un juez?

—No veo por qué no. Pero para que haya caso tendría que haber cadáver, ¿no es así?

—La chica está desaparecida oficialmente.

—Eso es porque no han buscado bien.

—¡Deje de jugar con nosotros!—dijo Minaya airado.

—Venga —respondió ella burlona—. ¿Dónde suelen estar los muertos?

—¿En el cementerio? —contestó Ribas intrigada.

—¡A la primera! Así es, pregunten a los funcionarios del ayuntamiento que cierran los nichos. Uno de ellos se aflojará con la primera pregunta. Ya lo verán.

—Cuéntenos más del tráfico de menores. Eso es mucho más grave, ¿no cree?

—No diré nada hasta que lleguemos a un acuerdo con la Fiscalía.

—Me temo que eso es cosa de los abogados —dijo Ribas—, no nuestra.

—Pues entonces tendrán que entrar en escena los abogados, ¿no cree?

Lo primero que hizo después de salir de la sala fue llamar a Alba para contarle lo que les había soplado Mireia. La chica agradeció la deferencia y le prometió invitarle a una cena en cuanto fuese posible, o en cuanto cobrase el primer dinero por aquella historia. Minaya se sintió recompensado con el simple hecho de comporobar la ilusión que a la joven periodista le quebraba la voz.

Luego llamó a Rendón y le explicó que con aquella información podría reabrir el caso y encontrar a la chica y a los responsables de su muerte. Quizás por ahí podrían atrapar a los Ramírez, que habían resultado ser un clan más peligroso que los Del Río.

El caso de Estela Tormo parecía encauzado, sin duda. Lo que no iban a poder enderezar era la causa mayor, la del tráfico de menores. Ahí los abogados no iban a ponerlo fácil, y las pistas

no eran suficientes.

Minaya llamó a Sandra, que tardó un tiempo en contestar.

—*¡Hola! Estaba en la ducha. ¿Qué me cuentas?¿Cómo va el caso?*

—Mal, la verdad. Esto es una mierda, cada vez la gente está peor. No hay más que mierda en este mundo. Es asqueroso.

—*Vaya ánimos, joder. ¿Se puede saber qué habéis descubierto?*

—Prefiero no entrar en detalles. Te llamo para avisarte de que pronto voy para casa.

—*Gracias por avisar, ahora le digo a mi amante que recoja sus cosas* —bromeó—. *¿Pero pronto es…?*

—Mañana mi jefa entrega el caso al juez y, hasta nueva orden, la investigación quedará en vía muerta. Yo creo que mañana por la noche estoy allí.

—*De puta madre* —contestó con su habitual efusividad—, *además mañana solo curro a mediodía. ¡Qué ganas tengo ya de verte, joder!*

—Yo también, cariño —respondió con ternura—. Yo también.

# 31

A la mañana siguiente, Minaya y Ribas quedaron para tomar un café. Cuando ella llegó, Minaya ya había pedido su café solo con azúcar moreno. Ella pidió un descafeinado de sobre con la leche templada.

—¿Tú también crees que ya está? —preguntó Minaya mientras esperaban el café de Ribas— ¿Que esto se acaba aquí?

—Para nosotros, sí. Hemos hecho lo que hemos podido y hemos salvado a una niña.

—Quizás se pueda volver a por el doctor Ramírez. Hay que apretarles las tuercas.

—Yo me borro, compañero —dijo Ribas—. Necesito descansar. Quiero unas vacaciones.

—Estoy seguro de que hay algo más. Algo que no sabemos. Esto es un caso muy importante.

—No creas que se va a ir de rositas. Será juzgado por conspiración para un secuestro. Mucho tiene que colaborar si no quiere pisar la cárcel.

—No sé, creo que hay una organización muy grande detrás de todo esto.

—Por mi parte, el tema se lo pueden quedar los periodistas conspiranoicos. Me vuelvo para Madrid. A primera hora de la tarde tengo un AVE.

Minaya sorbió un poco de café y miró a los ojos de su compañera:

—Oye, Ela.

—No te pongas sentimental, Eusebio, que te veo venir.

—En serio —explicó—, ha sido un placer trabajar contigo.

—Para mí también, Minaya. Hemos hecho un buen equipo, ¿no crees?

—Yo también lo creo, lo que pasa es que no soy muy bueno con las despedidas, a decir verdad.

—No es tan difícil —dijo ella—. Mira —se levantó de la silla y le extendió la mano—, se hace así.

Minaya estrechó su mano de manera amable.

—Adiós, jefa.

—No me jodas, Minaya, y paga esto, por favor.

La vio salir por la puerta y se quedó pensando en todo lo ocurrido aquellos días. Desde el tipo de la moto hasta Mireia Puertas. No había sido fácil, pero habían trabajado bien. Buen trabajo policial, en equipo.

Los ojos de la niña que consiguieron rescatar, apagados, casi inertes. Y no pudo dejar de pensar en aquella niña a la que no consiguieron salvar. Una niña de la que no sabían nada, absolutamente nada. Pensó que, quizás, algún día vería en los informativos la noticia del desmantelamiento de una red de trata de menores y pensaría que, en parte, habían colaborado en la destrucción de la red. Quizás, ¿por qué no?, aquel *oasiánico* caso había sido el principio del fin de una trama. Una más, una menos. «El tiempo dirá», pensó.

Entonces se dijo a sí mismo que aquello no podía terminar allí, en una cafetería de Barcelona, tan lejos de aquella desierta gasolinera a medio camino de dos pueblos semivacíos.

Pagó los cafés y salió a una ciudad plagada de turistas que se movían sin orden. Tan distinta

de aquel pequeño pueblo a medio camino de todo y de nada donde comenzó este caso.

# 32

Se podría decir que el coche de alquiler estaba recién sacado del concesionario. Y Minaya solo sumó unos setenta kilómetros al total.

Se sorprendió por la nitidez con la que recordaba el camino a la casa de los Ramírez. Se detuvo en un semáforo y observó la situación. En el siguiente cruce debía girar a la derecha.

Un familiar ruido de sirenas de policía le hizo mirar por el retrovisor. Cuando el patrulla se acercó a su posición reconoció a Rendón al volante. Se quedó quieto, dejando que el policía hiciese su maniobra sin obstáculos.

Le pasó a toda velocidad hasta que el coche se perdió en el siguiente cruce.

A la derecha.

Por supuesto, Minaya salió tras el patrulla sin esperar a que el semáforo se pusiera en verde.

Intuyó la siguiente callejuela por la que se fue el coche de policía y entró a duras penas por ella. La curva era de noventa grados, lo que le obligó a reducir la velocidad al mínimo.

Aquella pequeña vía daba paso a una plaza más vistosa. Un lugar que ya conocía, pero con unos tonos que nunca había esperado ver.

La casa de los Ramírez vomitaba fuego por todas sus ventanas.

Rápidamente, Minaya se presentó ante Rendón dispuesto a ayudar. El chaval estaba como en un sueño. Como si aquellos elementos no pudiesen coincidir en el mismo lugar en el mismo momento. La sorpresa por el incendio se vio acrecentada por la aparición de Minaya.

Una vez superada la conmoción, se dispusieron a acordonar la zona e intentar facilitar el acceso de los bomberos al lugar. Ya habría tiempo para las explicaciones.

Los bomberos llegaron por la parte de atrás de la casa, para ese momento los curiosos ya eran multitud, al menos si se cuenta en términos proporcionales a la población total del lugar.

Apenas habían desenrollado las mangueras y desplegado los utensilios cuando Rendón recibió otra llamada de la central de emergencias. Incendio y explosión en una estación de servicio cercana. Aquello no podía ser casualidad. Unas indicaciones más confirmaban las sospechas de Minaya: el Mirnoa estaba en llamas.

No podía entender aquella sucesión de hechos. Se sentó frente a la casa en llamas, en un lugar desde el que podía ver a los bomberos moverse sin respiro. De manera fluida, sin prisa pero sin pausa. Trabajo en equipo. Pero él no dejaba de pensar en cómo encajaban las piezas.

Un oficial de los bomberos se fue a hablar con el jefe de la Policía Local. Rendón estaba con ellos, situación que Minaya aprovechó para acercarse. Los dos hombres se miraron extrañados, hasta que Rendón les presentó al guardia civil.

—Hay cuatro cadáveres —dijo el bombero—. Dos varones y dos mujeres.

—¿Seguro? —preguntó el jefe—. No podemos dar noticias si no estamos seguros.

—Todo lo seguro que puedo estar. Hay que esperar a los forenses.

—¿Cuándo podrán entrar?

—Tenemos que asegurarnos, tardaremos un par de horas como mucho.

Minaya se separó del grupo y agarró el teléfono para llamar a Ribas. Justo cuando iba a

desbloquear el móvil, el nombre de Ela Ribas apareció en la pantalla acompañado de una vibración larga:

—¿Ela? —contestó— Justo ahora te iba a llamar.

—*Sí, seguro* —dijo la voz al otro lado—. *Ya me sé ese cuento. Seguro que se lo dices a todas.*

—Que sí, en serio.

—*A ver, ¿qué me ibas a decir?*

—No te lo vas a creer —comenzó entusiasmado—: el doctor Ramírez, su mujer y su hijo están muertos. Estoy frente a su casa incendiada.

—*Pues me dejas impactada, no te voy a mentir. Me has sorprendido, pero ahora me toca a mí.*

—Dime.

—*Me acaban de llamar del juzgado, el mismísimo juez, imagina. Me acaba de decir que Mireia Puertas ha aparecido muerta en la cárcel. Se la han cargado.*

—¿Y te llama el juez y todo? —preguntó sorprendido.

—*Recuerda quién era la jefa del grupo* —bromeó—. *¿Qué te parece la noticia?*

—Madre mía, no sé ni qué decir. Pues me toca: El Mirnoa también está ardiendo. ¿Qué te parece?

—*Huele a limpieza a fondo. A lejía en cantidades industriales. Están borrando todo rastro. Pues sí que va a haber una organización al final de todo.*

—¿Y no podemos hablar con alguien? No sé, Fonseca puede ayudarnos.

El silencio de Ribas le hizo reflexionar por un momento, lo que le llevó a un breve momento de desilusión melancólica.

—Ahora sí que se acabó, supongo. El espejismo se desvaneció al llegar septiembre.

—*Te dije que no le dieses más vueltas* —dijo en tono maternal—. *Todo se acaba*.

# 33

Pippo sabe que tiene uno de esos trabajos en los que nadie hace los encargos por ti. Por eso cuando ve a sus dos objetivos más dos cabos sueltos debidamente ajusticiados sabe que algo no va bien.

Aquello no le huele bien. Concretamente le huele a un acelerante muy específico, de un olor intenso e inconfundible. Los detonadores están perfectamente situados para lo que se quiere, dejar la casa como un solar.

Tiene que salir pitando de allí porque no son detonadores de película, con su cuenta atrás y todo eso. De hecho, es probable que se accionen con una llamada telefónica.

Todo se complica.

Se va de allí a toda prisa y se mete en el coche. Cuando sale del pueblo, todavía no se ha declarado el incendio. Podría quedarse a recabar información, pero sería inútil. Completamente inútil y peligroso.

Se detiene en una vía de servicio y llama a su clienta.

No obtiene respuesta, lo que no es del todo extraño, dada la peculiar situación de su clienta.

Se la imagina fuera de la celda, dando un paseo por el patio o charlando con alguna nueva amiga. Lo que no se imagina es que el teléfono al que llama vibra sobre una mesita y que es parte del inventario que los funcionarios del juzgado están elaborando en la celda de su clienta. Y que los funcionarios están allí porque su clienta fue hallada muerta en la lavandería de la prisión con un pincho casero ensangrentado a su lado. Como si de un personaje del *Cluedo* se tratara.

Pippo no volverá a llamar porque es escrupulosamente protocolario. Así que, después de un día sin recibir respuesta, destruirá el móvil desde el que ahora llama y dará por rescindido el contrato con su clienta. Y si te he visto no me acuerdo.

# 34

Tenía preparadas la llave del portal, pero no la usó porque una vecina salía en ese momento. Se saludaron de manera protocolaria, ya que la mujer no era la vecina más amable del bloque.

Subió por las escaleras a buen ritmo, algo que hace unos meses le habría resultado una odisea.

Sandra se levantó de un salto al escuchar la llave entrando en la cerradura y se plantó en la puerta en dos gráciles zancadas. Se abrazó a él sin dejarle soltar la bolsa y le besó en la boca y por la cara varias veces.

En ese momento, Minaya recordó lo que le decía su viejo amigo y mentor Juan Pedro:

—Eusebio, en esta vida hasy dos clases de policías: los que al final del día tienen un motivo para volver a casa y los que no. Y a veces no se puede decidir dónde está uno.

Minaya había elegido tener un motivo gracias a Sandra.

— FIN —

## Agradecimientos

Para empezar, me gustaría agradecer a David Gómez Hidalgo y Jesús Rabanal sus certeras opiniones y sus agudos comentarios, que me han ayudado, sin duda, a mejorar la obra. Ambos, grandes amantes de la literatura, se mostraron —como siempre hacen— dispuestos a ayudarme desde el primer momento en el que les propuse echarme una mano. Sin duda, los dos son de esa clase de personas que celebro haber conocido gracias a mi aventura literaria. A los dos, por igual, MUCHAS GRACIAS.

Por supuesto, quiero agradecerte a ti, lector, que hayas confiado en mi novela para entretenerte en estos días en los que el tiempo de ocio es un bien tan preciado. Espero haber devuelto la confianza con unas buenas horas de entretenimiento. Cualquier sugerencia sobre esta o cualquiera de mis novelas será bien recibida.

También te agradezco, de antemano, que valores la novela en Amazon y que dejes tu reseña para que otros lectores se animen a darle una oportunidad. Sabes que esto siempre es de mucha ayuda.

Lo dicho, muchas gracias por llegar hasta aquí.

**Sobre mí**

Soy Enrique de la Cruz y escribo novela negra porque es la excusa perfecta para contar historias sobre lo que realmente me interesa: la codicia, la culpa, el remordimiento, el amor y todo lo que nos hace humanos. Me gusta crear tramas que atrapen, personajes llenos de matices y giros que mantengan a los lectores enganchados hasta la última página.

Escribo para entretener, pero también para explorar el lado oscuro de la sociedad y de nosotros mismos. Porque al final, todos guardamos secretos.

Cuando no estoy escribiendo, seguramente estoy imaginando mi próxima historia.

Tienes información más detallada en mi web www.enriquedelacruz.com y en mis redes sociales.

En mis historias, los secretos siempre salen a la luz... excepto para mis suscriptores, que los descubren antes que nadie. Suscríbete y recibe novedades, relatos inéditos y más.

Lista de correo

**Otras obras**

***La espera*** (2020 Autopublicación)

¿Qué puede llevar a una niña a empuñar un arma para proteger su casa?

**La espera** es un cuento sobre la supervivencia y el instinto. Un relato en el que la joven protagonista tendrá que sobreponerse a las injusticias y al peligro que se cierne sobre ella. Para eso, tendrá que aprender a tomar las decisiones correctas y dejar a un lado sus propias creencias. Un viaje de un día hacia la madurez.

Un drama rural ambientado en la España previa a la Guerra Civil.

La espera

***Los Robles*** (2021 Autopublicación)

La primera aventura de Jim Dyson. Los Robles es una ciudad diferente. Es un lugar que se define principalmente por los personajes que la transitan, aquellos que le dan vida. Entre esos personajes está Jim Dyson, un buscavidas que se encontrará con la posibilidad de solucionar sus problemas de dinero haciendo un sencillo encargo.

Los Robles

***Una última apuesta*** (2022 Cosecha Negra Ediciones)

El detective Andrés Garet pasa por un momento delicado; el que ha sido su compañero durante años se ha jubilado y no termina de acoplarse al nuevo acompañante que le han asignado. Mientras tanto se cruza en su camino lo que en apariencia podría ser un caso más de suicidio. Garet tendrá que adentrase en la vida del fallecido, comprobar si el hombre optó por quitarse la vida de forma voluntaria o, por el contrario, averiguar si su muerte tiene alguna relación con el software que desarrollaba para hacer apuestas.

***La casa de la memoria. Borradores y bocetos*** (2023 Autopublicación)

Una antología de relatos y microrrelatos que te llevarán a través de anécdotas literarias y de palabras impensables; por cuentos de niños y curiosos amuletos; por sueños premonitorios y preguntas difusas.

Este libro es un compendio de pequeños textos en los que se pueden ver distintos estilos y géneros que transportarán al lector por nuevos senderos.

La casa de la memoria

***N-332. Serie Eusebio Minaya*** (2023 Autopublicación)

Dos versiones de una noche y un policía que trata de entender la verdad de aquel suceso que trae al presente una historia de venganza, ajustes de cuentas y amistades traicionadas. Una novela de persecuciones a orillas del mediterráneo español.

N-332